
OBRAS COMPLETAS DE
VARGAS VILA
De sus lises y
de sus rosas
RAMON SOPENA
PROVENZA 95 BARCELONA

Obras completas de J. M. Vargas Vila

DE SUS LISES Y DE SUS ROSAS

EDICIÓN DEFINITIVA

DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA

POR EL AUTOR

Published in Spain

OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Ibis
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas Muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

NOVELAS CORTAS

Copos de Espuma.
El Sendero de las Almas.
Gestos de Vida.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Aguilas
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.
Prosas Selectas.
El Canto de las Sirenas en los Mares de la Historia.
En el Pórtico de Oro de la Gloria.

FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.
Saudades Tácitas.
Antes del último Sueño.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos (Providenciales).
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.
Históricas y Políticas.
El Imperio Romano.

POLÍTICA

Laureles Rojos.
Clepsidra Roja.
Belona Dea Orbi.
Ante los Bárbaros.
Verbo de Admonición y de Combate.
En las Zarzas de Horeb.

TRAGEDIA

En el Huerto del Silencio.

CONFERENCIAS

Polen Lírico.

OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

DE SUS LISES
Y
DE SUS ROSAS

EDICIÓN DEFINITIVA



RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93-97
BARCELONA
1931

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona.

ESTE LIBRO CONTIENE

EN LAS CIMAS

Ernest Renán (Su Evangelismo). Hippolyte Taine (Historiador). Henri Fréderic Amiel (La Soledad). Prosper Merimée (Sus Cartas). Joseph de Maistre (Centenario). León Tolstoi (Su obra). Fréderic Nietzsche (El Crucificado). Gabriele D'Annunzio (Fedra). Henri Beyle *(Stendhal)* (Libros de Amor). Georges Rodenbach (Visiones de Bruges).

A LA HORA DEL CREPÚSCULO

Francisco Villaespesa (El Mirador de Lindaraja). Miguel Eduardo Pardo (Su Muerte). Pedro César Dominici (Tristeza Voluptuosa). Santiago Pérez Triana (Desde Lejos). Rufino Blanco Fombona (Letras y Letrados). Ramón Palacio Viso (Jardín Lírico). Manuel Antonio Matos (Prosas Ministeriales). Cipriano Castro (Sus Versos). Emiliano Isaza (Su Gaceta). Monsieur (Sus Críticas). Rafael Reyes (Prosas Oratorias).

PREFACIO

PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Los libros, como los pueblos jóvenes, no tienen historia;

se conservan al margen de ella, orgullosos de su gallarda adolescencia;

el tiempo, no ha ajado nada en ellos;

si triunfadores, el laurel que los adorna conserva el primitivo verdor de las plantas recién besadas por los húmedos labios de la aurora;

la pompa de oro de los otoños, y el ocre melancólico con que Véspero tiñe los follajes, les es desconocido;

felices esos libros, que permanecen jóvenes, mientras aquel que los escribió, se hunde lentamente en el ocaso envuelto en la cauda amatista de todos los crepúsculos;

y, este libro mío, es uno de ésos;

no data de vieja fecha, ni lleva en pos de sí, un cortejo de años, bastante a magnificarlo con un esplendor de lejanías;

y, hoy que me toca rememorar sobre él, y, ha-

cer su historia para introducirlo en la Edición Definitiva de mis Obras Completas, *hallo bien poca cosa que decir de su génesis;*

escrito fué en esta ciudad de París, y publicado en ella en el año de 1912;

el huracán de la guerra, me aventó lejos, hacia playas mediterráneas en 1914;

necesidades imperiosas me obligaron a desglosar mi libro, y, le di publicidad en dos volúmenes, que se llamaron: Las Cimas y, A la Hora del Crepúsculo, y, editados fueron en la Ciudad Condal;

aumentélos en varios estudios, y corregílos, agrupando en Las Cimas, los escritores europeos—a excepción de Francisco Villaespesa y Felipe Trigo, que forman con los escritores netamente americanos, en A la Hora del Crepúsculo.

hoy devuelvo a ese libro su primitiva unidad armónica, reuniendo esos dos volúmenes en uno solo bajo su antiguo título de: De sus Lises y de sus Rosas, para que entre ya, en condición definitiva y non variabitur, *a formar en la colección de mis* Obras Completas, *que la casa Editorial Sopena, de Barcelona, edita;*

... ...
... ...

hasta ahí lo que podríamos llamar, la Historia Editorial, del libro;

¿y, la otra?

¿la Historia Espiritual? ¿su viaje a través de las almas, recorriendo el peripleo azaroso reservado a los libros de Pasión y de Verdad?...

muy semejante a la de sus hermanos anteriores fué;

mis juicios sobre escritores extranjeros, muy por encima de la mentalidad embrionaria del servum pecus, *merecieron elogios de los pensadores, de esa escasa legión de solitarios, espíritus heroicos, consagrados al culto de la Belleza Estética y de la Meditación Filosófica, más allá del mar, entre las Urbes diminutas y las selvas colosales, en pleno Imperio de la Incomprensión;*

se me acusó de impiedad hacia Tolstoi, y gimotearon de lo lindo contra mi Violencia, los inmundos parásitos refugiados en la barba mosaica de aquel cándido apóstol de la Estepa;

un tonsurado con ojos de lince, creyó ver en mi estudio sobre Renán, síntomas de mi próxima conversión... y apoyaba sus conjeturas en que, según él, yo había sido seminarista, en mi niñez, como el párvulo desertor de San Sulpicio;

en esta feria de cretinismo, los que llevaron el premio, fueron los defensores de Taine...

su indignación llegó al paroxismo;

uno aseguró que mi rencor contra Taine, venía de que éste no me había acusado recibo de un libro mío...

y, Taine murió en 1893, mucho antes de que yo viniera a establecerme, definitivamente en Europa...

así se escribe la historia, por los historiadores tropicales... admiradores de Taine...

otro de esos historiadores, *me escribió una larga carta, tartamudeada de cólera, en la cual me hacía saber que me retiraba su amistad...*

por esa carta supe que él existía, que era historiador *y que me profesaba amistad...*

y todo eso lo perdí a causa de Taine...

y, sobreviví a ese desastre...

todo ese cotorraje epiléptico no tuvo trascendencia;

el que se hizo ferozmente agresivo fué el orangutanismo literario de aquellos países cuyos amos yo ataqué, como Venezuela y Colombia...

los defensores de Cipriano Castro, ensayaron ser épicos;

los de Rafael Reyes, quisieron ser clásicos;

ambos agotaron el Dicterio...

allende el mar...

aquende...

sólo un feto de chimpancé de esos que ciertos gobiernos americanos envían para ejercer el espionaje haciendo piruetas sobre un escudo consular, ensayó defender a su amo...

no repitió el gesto el simio concupiscente;

después...

todos hicieron el Silencio...

y, el libro siguió su marcha, huérfano de los últimos clamoreos de los antropoides en furia;

... ...
... ...

hoy, al revisarlo definitivamente en esta hora de mi vida en que ya todo tiende a hacerse definitivo, siento que nada tengo que añadir y, nada que suprimir en él...

no he querido agobiarlo con notas retrospectivas, y he dejado la parte anecdótica, tal como era en la época en que fué escrito;

he preferido que este Prefacio sea campo propicio a las aclaraciones, si algunas debieran hacerse;

los hombres y las cosas de este libro, guardan hoy una especie de quietud escenográfica inmutable...

el grupo de escritores europeos no vivían ya cuando yo de ellos hablé...

¿los de América?

viven casi todos...

de los serios, de los graves, sólo uno ha muerto: Pérez Triana...

murió de regreso de una jira oratoria, por los Estados Unidos, hecha al servicio de los ultramontanos de Colombia, para contar y cantar las excelencias del Peculado por el cual él, como sus poderdantes, tenía un fanatismo rabioso;

el oro, era la única pasión verdaderamente fuerte en Pérez Triana;

la única por la cual habría sido capaz de ser heroico;

yo sospecho que la tristeza aceleró su fin, al verse desposeído de esa Agencia de Negocios Ignominiosos, que era la Legación de Colombia en Londres;

se había habituado de tal manera a los arneses diplomáticos, que cuando lo desayuntaron del carruaje de la Dictadura Colombiana, al cual había estado uncido largo tiempo, se sintió morir de desamparo;

fué una crueldad de aquel gobierno de teólogos acéfalos prescindir del único hombre de talento que los servía, y el cual, aun prostituyéndose, estaba mil codos más alto que todas las virtudes *por ellos adoradas;*

seguro que el esclavo apaniaguado que recogió

la gualdrapa orifulgente, caída de los lomos grasos de Pérez Triana, no valía mentalmente, ni para ccpillar el uniforme de aquel enorme Cicerón de la Improbidad;

con la muerte de Pérez Triana, la América no perdió un gran escritor, pero, sí perdió su más grande orador; y sin duda, el más elocuente orador de lengua hispana;

la Libertad, no tuvo que guardar el luto de Pérez Triana;

pero, la Elocuencia, si alguna estatua suya hubiese habido en el trayecto que recorrió su cortejo mortuorio, debió cubrirse el rostro con un velo al paso de su cadáver para llorar la muerte de su hijo más amado;

y, sin embargo, Pérez Triana, habría sido un grande hombre, completo, si no hubiese sido un político colombiano y no hubiese por eso ignorado en absoluto la existencia de esta virtud: la Probidad Política;

hay que pensar que había nacido en Colombia, donde esa virtud proscrita ha sido declarada un Crimen;

y, él, no tuvo el valor de hacerse perseguir por ese Crimen;

¿fué culpable?

... ...
... ...

los de la recua...

ésos viven felices en su pequeñez corpuscular;

tengo entendido que Manolo Matos, privado ya por la vejez del sonoro placer de relinchar, pace silencioso en los prados aledaños al río Guaire, *en*

mudo coloquio con las moscas que exasperan las lacras de su lamentable esqueleto.

Cipriano Castro, empeñado siempre en copiar al Corso Funambulesco, hace de Puerto Rico su Santa Elena tropical, y guarece en esa isla sus nostalgias;

con la Dictadura, dejó también la Poesía;

tal vez sienta vergüenza de la prole versista que generó, la cual vaga huérfana de pastor, y anda desorientada sin saber donde guarecerse, desde que el señor Herrera Irigoyen cerró inopinadamente sus pesebreras del «Cojo Ilustrado» *de Caracas, y, expulsó de ellas los últimos asnos líricos que forrajeaban allí, en apacible promiscuidad.*

Coccobolo (1), *aquella cebra pávida, que asustó a su país con actitudes de tigre, continúa en jiras oratorias por las selvas colombianas, haciendo con su charlatanismo despampanante, desquijarar de risa los pocos monos que no han concurrido al Parlamento Nacional, y, por eso conservan la facultad de sorprenderse ante esa oratoria, de la cual ríen antes de practicarla, como sus congéneres ya electos para hacer ruido y visajes entre los frisos y artesonados del Capitolio, en Bogotá;*

aquel pintoresco y alambicado producto físico-filológico llamado Emiliano Isaza, parece que vive aún, admirablemente conservado entre incienso y escapularios, envuelto en la Sábana Santa, apretando entre los labios la ubre del Tesoro Nacional;

¿y... Monsieur...?

yo, no he sabido nada de Monsieur

(1) Rafael Reyes.

¿dónde estará Monsieur?...

muerto tal vez este hilarizante y cándido objeto polémico, que tanto supo divertir mis ocios,

suplico a los laceros y demás gentes dedicadas al abigeato en América, me den razón de este solípedo fugitivo refugiado en los interminables prados del Silencio...

los grotescos, *de este libro, quedan en él, como estaban;*

nada tengo que añadir ni nada que quitar en las páginas de zoología literaria que sobre ellos escribí;

ratifico;

no rectifico...

... ...

en cuanto a los otros, a los grandes, a los verdaderos escritores, a quienes hago justicia en este libro, quedan allí tal como estaban; en actitud definitiva;

los muertos engrandecen en el Silencio;

es la atmósfera que conviene a su grandeza, como a la de las más altas montañas...

silencio y soledad;

sobre la tumba de Miguel Eduardo Pardo en París, hay una gran sombra de Olvido...

el hálito de la Muerte, pasando por las páginas de este libro, como un soplo de brisa por entre los intercolumnios de un templo no tiene sino esas mortajas que besar reverentemente...

... ...

... ...

es verdad que últimamente he visto desaparecer

muchos escritores, sin que haya visto desaparecer ningún amigo mío;

es verdad que todos se dijeron tales hasta el último día de su vida;

los dejo responsables de esa sinceridad que me dijeron en sus cartas y que acaso llevaron al fondo de sus tumbas;

la Muerte, tiene eso de enigmático y de pavoroso: que conserva las máscaras sobre el rostro de los muertos;

yo respeto esas máscaras;

son las únicas que no me atrevo a aventar lejos con el pie;

las dejo inánimes sobre los rostros que ya no pueden enrojecer de su ficción...

si la Muerte es una aurora, toda aurora es bella,
aun iluminando el rostro de Pierrot dormido;

... ...

... ...

de todos esos muertos, el que más cerca estuvo de mí, fué Darío (1);

sólo él fué mi Epigono;

mi contemporáneo;

todos los demás, nos fueron posteriores;

de ese grupo que apareció con los albores del siglo, y a los cuales yo llamo los «Novecentistas», el más grande y más justamente glorioso fué José Enrique Rodó (2);

---

(1) *Sobre él, escribí un libro de recuerdos, «Ruben Darío».—Edición Vda. de Sanz Calleja, Madrid, 1917.*

(2) *Me limito a hacer alusión a él, sin detenerme en consideraciones sobre su personalidad literaria y*

es con un respeto enternecido que me acerco hoy a los legajos amarillos que contienen su correspondencia conmigo;

ella data de 1899, y va sin interrupción, hasta la publicación y envío de sus «Motivos de Proteo», en 1909...

después fué más intermitente y se hizo rara.

Rodó, es uno de los muy pocos espíritus hermanos que yo siento haber herido con mi silencio...

no olvidaré que él fué el primer expositor y defensor de «Ibis», en la prensa uruguaya y bonaerense el mismo año de su aparición (1899);

lo más nutrido y más artístico de su correspondencia está en la que me dirigió a Roma de 1900 a 1903;

todo un artista irrevelado que debía ser luego absorbido y deformado por el pensador, está allí.

Roma era entonces una obsesión suya...

un sueño que no debía realizar jamás;

le fué dado morir en Italia, y, no le fué dado ir a Roma...

una ironía del Destino;

yo, no tengo recuerdos personales de Rodó, que no vino a Europa sino para ir a morir en la Isla prodigiosa, cerca a los arrecifes, donde el mundo antiguo escuchó el gemido de los dioses que morían...

el alma de su amistad está viva en sus cartas

---

sobre su Obra, porque para ello habría de desflorar el largo estudio que sobre él tengo escrito, en mi libro inédito «Los Novecentistas», donde relato el movimiento literario y el alcance y trascendencia del grupo de varios escritores de los cuales él, fué el primero.—V. V.

que conservo y, que vivirán en el silencio mientras yo viva, y, entrarán conmigo en la muerte cuando yo muera, porque yo detesto esa traición cobarde que se hace a los muertos, publicando lo que nos dijeron cuando vivos, delatándolos cuando ya no pueden explicarse... ni defenderse;

... ...

aquellos que entregan a la publicidad las confidencias de sus amigos, hacen traición al espíritu de esos muertos, que vino a ellos en un suave murmurio de intimidad...; y es como si arrojasen al viento algo de sus cenizas...

el Reino Interior *de los muertos, aquel que radicó en lo más hondo de su pensamiento y no se tradujo sino por vagas palabras confidenciales, trémulas de admiración o de ternura...; ése no pertenece al Mundo...*

y, el Mundo debe ignorar el férvido encanto, la música suave de esas frases todas de Arte, de Ciencia y de Belleza, que no pertenecen sino a las almas de aquellos para quienes fueron dichas;

en la Vida Literaria, donde ciertos triunfos, no son sino una suma de traiciones victoriosas, traicionar los vivos parece haberse hecho una doctrina generadora del Triunfo, para aquellos que llaman tal, eso de marchar dando la faz a la Victoria y, vueltas las espaldas al Honor...

pero... tricionar los muertos...

vender el alma de los muertos:..

amonedar sus cenizas...

y, comerciar con ellas...

pobre José Enrique Rodó...

ya se empiezan a ver manos tendidas hacia su cadáver, en actitud de despojarlo...

ya empiezan a hacer hablar a este muerto, que fué tan parco y tan honesto, en eso de repartir el oro de sus palabras... y, el laurel de sus elogios...

y, ya aparecen coronadas por éstos, ciertas frentes, que el gran escritor había apenas ornado con el disco de una pálida sonrisa de desdén...

¡pobres muertos a los cuales no les es dado siquiera llorar sobre el dolor de su profanación!

su sudario no les protege contra aquellos que quieren arrancárselo, para hacerse con sus jirones un manto de Gloria...

... ...
... ...

cierra esa radiante procesión de muertos, que principia en Rubén Darío, otro Poeta Eminente; Amado Nervo, fallecido en Montevideo, cándidamente feliz bajo su plastroneante uniforme de Embajador;

en la hora de la Apoteosis;

... ...
... ...

¿recuerdos míos sobre ese poeta?

casi tan escasos como los versos que de él conozco;

uno...;

en París...

en 1900;

lo entreví más que lo vi en el obscuro zaquizamí, que Rubén Darío, recién llegado de América, y, no muy sobrado de recursos, habitaba por aquel entonces;

melenudo, esquelético, mal trajeado hasta la sordidez, con el aspecto de un bohemio romántico de tiempos de Gavarni;

sospecho que atravesaba ese período de novatismo bohemio, que hace pensar a ciertos poetas, que los parásitos en la cabeza, son una fuente de inspiración;

y, a veces, no tienen otra;

llevaba barba, una larga y desgreñada barba jeronimítica, que lo habría hecho apto para modelo de un Cristo de Ribera o de Zurbarán;

era magro, tan magro, y, con tal aspecto de abstinencia alimenticia, que parecía estar agotando el Método Succi, sobre el ayuno;

no recuerdo si habló algo;

lo perdí luego de vista;

y, conservé apenas un vago recuerdo del poeta, y de su nombre;

en 1905;

vino a Madrid;

me visitó;

desaparecida ya la barba tolstoiana y, renovada la sórdida vestidura de años atrás;

llevaba bigote y pera — de romántico a guisa— *y, se hacía una cabeza, de calco zorrillesco;*

caminaba ya por los senderos fructíferos del Porfirismo y, venía como adjunto a la Legación de Méjico en España;

no presumía aún en elegancias, pero hacía ya política;

encontró violenta y desmesurada mi actitud contra el Dictador Azteca, del cual él, empezaba a cantar las excelencias;

guardó silencio, ante mi Revista «Némesis», *escudándose con la amistad que decía ligarlo a mí;*

se conformó con no frecuentarme;

mi amistad ha sido siempre terriblemente comprometedora, para los aedas errantes, encargados de cantar las excelencias de los despotismos americanos, que nutren su frágil venalidad con el alpiste de los graneros nacionales;

y, Nervo, tenía entonces, como todos sus congéneres, el alma en el epigastrio...;

era un canario de Tiberio...

... ...

... ...

en 1908;

yo pierdo la casi totalidad de mis amigos, por mi incalificable desidia para contestar cartas y para hacer visitas;

esta vez hice excepción a lo último, visitando una familia venezolana, recién llegada a Madrid, y, de antigua data amiga mía;

encontré allí a Nervo;

no lo reconocí;

estaba transformado, elegantizado;

la vida diplomática había hecho de él, un dandy, de amabilidad profesional y de sonrisa inagotable;

me saludó cariñoso, me estrechó la mano, y me mostró al sonreír, hasta la última pieza molar, de una dentadura admirable en la cual el oro hacía mutaciones deslumbrantes, como había hecho ya, en la vida del Poeta;

los dientes, los mostachos kaiserianos y un chaleco de fantasía que habría podido competir sin

desventaja con el más rico de aquellos míos, que ciertos de mis biógrafos han hecho célebres, era lo que más sobresalía en él;

mi confusión subía de punto no pudiendo reconocer ni dar su nombre a aquel interlocutor tan elegante que sabía tanto de mis libros, y hablaba de mi Obra toda con tan perfecto conocimiento, cuado la encantadora hija de los dueños de la casa vino en mi auxilio diciendo:

—En este momento yo decía a Nervo que usted debía venir...

¿Nervo? ¡Ah! era Nervo...

hablamos de cosas fútiles y amables como correspondía al medio espiritual que nos rodeaba;

no recuerdo qué dijimos, ni de qué hablamos;

abandoné el primero la reunión;

al despedirnos me ofreció visitarme...

sonreí, pensando en don Porfirio;

y, me pareció que muchas alas de muchas águilas de oro se interponían entre los dos, y me evitaban su vista;

en efecto;

no volví a verlo;

me escribió luego presentándome dos compatriotas suyos, que deseaban conocerme;

retratos suyos, en periódicos ilustrados me lo mostraron luego, ya rasados los bigotes, y, con un aire eclesiástico, que le iba a ravir, *y, era una como exteriorización de su temperamento;*

ora en París, ora en Madrid, oílo nombrar mucho, con muy grandes elogios, y, sin duda con muy merecida admiración, por gentes intelectuales que me visitaban;

supe por ellas que se había hecho místico y visionario, y era presa de una religiosidad asisiana, que exteriorizaba en libros de encantadora simplicidad y raro candor;

y, supe luego, que huérfano de don Porfirio y expirado su duelo oficial, había entrado en gracia con el nuevo gobierno de su país, y, había sido nombrado Embajador de él, en Montevideo;

y, supe meses después, que apenas llegado allí había muerto en pleno esplendor de su uniforme y de su gloria;

... ...

... ...

así pasó ante mí, el amable Poeta, cuya muerte entristece con tan justa razón los fastos de las letras americanas y, el corazón de sus admiradores;

y, yo lamento no tener sino tan escasas flores, en el jardín de mis recuerdos, para dar a aquellos que me piden algunas para llevar sobre su tumba;

yo, amo mucho los muertos;

«Ces fantômes si beaux,
de nos cœurs tant aimés.»

si la muerte de Nervo no es un duelo de mi corazón, sí es un duelo de mi Inteligencia;

porque él era un Intelectual;

y, yo siento honda tristeza, pensando en esa sombra melancólica que se aleja con su lira en la mano por los senderos desolados de la Eternidad;

un poeta que muere, es una música que calla, una estrella que se extingue, un pájaro que enmudece;

si Amado Nervo no fué un gran Poeta como Almafuerte, el Poeta de la Libertad;

si no fué como Rubén Darío, un creador de normas y de ritmos... el Poeta de la Belleza;

sí, fué un Poeta de exquisita sensibilidad y bello decir, una fuente de Armonía que se extinguió, cuando más rico era el raudal de su corriente y un bello sol de Otoño daba reflejos maravillosos, sobre el terso moaré de sus olas luminosas.

*

Yo, no he tenido fácil la Admiración, pero he tenido fácil la Indulgencia;

ésa ha sido una debilidad de mi Vida Literaria;

yo, que en Política he sido Inexorable, no he sabido serlo en Literatura;

acaso porque encontraba muy frágiles los objetos que podía romper entre mis manos;

mi debilidad se ejerció en todo lo que alboreaba, en todo lo que nacía, pidiendo a mi pluma un punto de apoyo para romper la obscuridad;

a ese respecto puede decirse que tuve la pasión de las crisálidas; y, ejercí la Ginecología de las auroras;

yo, hice en Literatura más reputaciones que las que demolí en Política;

muchos de los que me debieron su celebridad, me guardaron gratitud;

otros... dejaron de ser mis amigos, cuando creyeron que podrían ser mis rivales;

a la hora de su fracaso yo no tuve el valor de reír de ellos...

los vi con lástima gesticular doloridos, bajo

la lluvia de cera de sus débiles alas derretidas en la ascensión;

y, hoy tiendo con dolor la vista hacia ese cementerio de Icaros;

¡qué vasto mar sembrado de naufragios!

de todos esos argonautas partidos un día a la conquista del Vellocino de oro de Celebridad... ¿cuántos llegaron? ¿cuántos vieron sus naves hundirse en el naufragio?

hoy, después de treinta y cinco años de diario batallar en todas las regiones del Pensamiento, veo la soledad extenderse en torno mío hasta las fronteras de lo Infinito;

ya no hay contemporáneos de mis luchas de ayer...

la Muerte y la Deserción, han segado el campo...

sobre los lomos de muchos de esos náufragos que las olas del Silencio llevan hacia las playas del Olvido, se ven jirones de libreas y entorchados de similor, que desenredan al sol, sus hilos de mercería; son sus uniformes de Ministros, Embajadores, Pretores, todas las formas del lacayaje, con las cuales quisieron cubrir su vergonzosa desnudez moral...

hasta hoy casi no ha habido día en que, no surja al lado allá del mar, un joven armado de todas armas para la lucha de la Libertad, tendiendo hacia mí sus manos y su pluma diciéndome: ¡Maestro, Maestro!... y, apostrofando al Amo del Momento, que azota las espaldas de su Patria desnuda;

pasan días...

meses...

casi nunca un año...

y ¿el rebelde?

¿por qué calla el rebelde?

tiene la boca llena de los mendrugos oficiales...

mañana, cuando los haya engullido todos, la abrirá para insultarme...

después, con un sello de Cancillería sobre los labios y otro sobre las ancas galoneadas, será ungido diplomático y enviado a Europa, para enriquecer la rica colección de papagayos ultramarinos que dan la nota pintoresca y grotesca, en la elegante sobridad de los salones de Embajadas...

et voilà tout....

la farsa acaba ahí...

... ...

... ...

entre los escritores americanos de los cuales hablo seriamente en este libro, no hay ningún náufrago salvado por mi barca;

todos son vencedores legítimos;

no me deben nada de su Triunfo;

al dejarlos en estas páginas, no les hago favor, sino Justicia...

la Justicia es la cima solitaria, sobre la cual no se siente sino el estremecimiento de un vuelo: el de las alas de la Verdad...

a la sombra de esas alas crecen los laureles de este libro;

victoriosos.

VARGAS VILA.

Enero, 1920.

PRÓLOGO
DE LA EDICIÓN DE PARIS

La Crítica dogmática, está muerta; y bien muerta;

restos soporíferos, de esta amable forma de cretinismo saurio, sobreviven apenas en el cerebro de los pedantes como una especie de Paleontología de la Fatuidad; y como no fué nunca un Arte ni una Ciencia, queda vagando como una superfetación del ridículo macabro;

la Crítica Impresionista, es ciencia de corseteras y modistas, muy en boga entre nosotros, donde los ambidextros profesionales de la pluma se empeñan en ejercerla, frunciendo el ceño contra los grandes escritores, lo cual hace deliciosamente encantadora, la actitud enfadada de sus cabezas de cucurbitáceos;

mentalidades paupérrimas y, rocallosas, suelen ejercerla también, con miras comerciales, lejos de toda intelectualidad, dando a sus infundios críticos, a falta de un solo grano de sal ática

toda la sal amoniacal de una columna mingitoria ;

están en su derecho ;

en los fracasados, eso se llama, el derecho al pataleo ;

y, hay ciertos derechos, que no alcanzando a merecer respeto, sí alcanzan a despertar la compasión ;

y, ese derecho de la Envidia, es uno de ellos ;

la Crítica metodológica, no tiene razón de ser, sino en asuntos de Ciencia ;

no existe, pues, sino lo que alguien ha llamado, el Emotivismo Estético ;

la emoción visual o auditiva, hecha en nosotros una sensación, y expresada armoniosa y férvidamente, tal es la sola teoría posible para escribir de cosas de Arte, fuera de todo pedantismo bergsoniano, o lachelierismo presuntuoso, y del tainismo pedagógico, extraído como un virus, de la sangre sifilítica de Sainte-Beuve ;

y, libre sobre todo del valbuenismo grotesco y vulgar importado a América por los primitivos y prehistóricos de la Literatura, como un derivativo a la bilis que acumuló el despecho en sus corazones selváticos ;

yo, he vivido muchos años en España, conozco su vida intelectual ; y todos los hombres de mentalidad distinguida que informan el movimiento de la época me son conocidos ;

pues bien, yo no he oído a uno solo de ellos, nombrar a don Antonio Valbuena como escritor, ni como unidad contable en literatura, ni siquiera como una mentalidad ínfima, de las que a diario se mezclan en la gresca periodística ;

todo lo ignoran allí, de su nombre y de sus libros;

éstos, si se editan, van todos para América...

ellos hacen el encanto y la alegría de los mediocres rencorosos de allende el mar;

eso, prueba toda la altura mental de nuestras turbas gramaticales, empeñadas en ser clásicas;

yo recuerdo, que rompiendo una vez los moldes de mi absoluta soledad, y por complacer a Pando y Valle, que tenía interés en concurrir a él, fuí a uno de los *five o clock*, que la antes célebre, y ya casi olvidada escritora doña Concepción Gimeno de Flaquer, daba en casa suya en Madrid;

vagando por los salones un poco *bariolé*, y cosmopolitas, me refugié en un gabinete de lectura, donde creí hallarme solo;

encontré allí, un hombre ya entrado en años, de aspecto absolutamente insignificante, el cual hojeaba unos periódicos;

la Señora de Flaquer, que casualmente llegaba entonces, me lo presentó:

—Don Antonio Valbuena;

al contestar a la presentación, me apercibí de que era *boquineto*, y hablaba tartamudo;

me expliqué entonces, toda la psicología de sus críticas: comprendí por qué había escrito sus *Ripios;*

como aquel otro, que siendo el más desmedrado grafómano de toda la América, escribió los *Grafómanos de América*, con el fin de pintar en otros, que no los tienen, los defectos que enriquecen su tosca prosa de plagiario;

un *amigo mío*, residente años atrás en Madrid,

y que era por aquel entonces, muy amigo del grafómano cubano, lo invitó a cenar en casa suya, y sabiéndolo malévolo, le deslizó entre las manos, un periódico que yo escribía entonces en París, y cuyo artículo de fondo principiaba así : «Es la hora fatídica del Caos» ;

no hubo necesidad de más, para que como un mono feliz de estrujar algo entre sus manos, el *crítico* antillano cogiese el artículo aquel, y sobre él escribiese, una de esas chirigotas fofas, que son habituales a su vulgaridad inagotable ;

y, eso, me recuerda, incidentalmente, cierto crítico montaraz y locuaz, de las altiplanicies venezolanas, que deseando obsequiar al *amo* suyo, con algo digno de ambos, levantó una especie de Censo Literario, que colocó a los pies de Cipriano Castro, su señor de entonces, y queriendo serle grato por completo, resolvió sacrificarme, colocándome a mí, que no soy venezolano, en aquella su «Estadística Florestal», que él llamaba con su orgullo de pavo oficial, haciendo la rueda al pie del Solio ;

y para eso, emprendióla contra mí, y mi arte de novelador ;

¿sabéis cómo?

citando a *Aura*, una novela mía de adolescencia, que yo he olvidado ya ; novela deplorable y lamentable, que yo, el primero, he condenado, con toda mi literatura y toda mi política de aquella época ;

¿se detuvo ahí?

no ; oídlo bien, citó como *novela* a *Emma*, un *cuento* llorón, sentimental y absurdo ; escrito en

una noche, para un periódico de una de aquellas localidades, en aquellos tiempos ya distantes de muchos lustros;

pero de *Ibis*, de las *Rosas de la Tarde*, de *Alba Roja*, de *Los Parias*, de *El Alma de los Lirios*, de la *Simiente*, de todas mis grandes novelas de los últimos veinte años, que han revolucionado el arte novelador en América y han recibido el juicio favorable y adverso de la alta crítica europea y americana; ¿habló siquiera? ¿las nombró?... nada;

no tenía alientos mentales para alzarse hasta ellas, y su vieja envidia rural, le impuso el silencio;

se conformó, con amenazar mis grandes libros, con un juicio crítico suyo, que aun espero;

desgraciadamènte para él, cayó el César bozal;

con la palmera restauradora, cayó a tierra el papagayo oficial;

y como no hubo ya, ni subvención oficial, ni papel de la Imprenta Nacional, para imprimir malas críticas venales, mis novelas permanecen aún, sin haber sido juzgadas, despedazadas, y definitivamente anonadadas por el dictamen, cerril de aquel ingenio parroquial, que da y quita patentes de celebridad, dentro del área minúscula de su toril;

merced a eso, mis libros se venden aún, y tengo lectores, y vivo literariamente en la conciencia de América;

aprovecho la existencia precaria que me deja, la penuria de aquel terrible contendor, para publicar éste y otros libros;

porque ¿qué será de mí mañana, cuando el juicio del *académico pastoril*, haya caído sobre mis novelas para aplastarlas?

¿qué quedará de mi renombre literario?

¿qué?...

nada, nada, nada... ;

amenazado así de tan violenta ejecución, quiero olvidar la suerte que se me reserva, y doy a mis lectores estas páginas ;

que no serán las últimas ;

*

Por que no gusto de dar, ni a mis cóleras, la forma plebeya y populachera, tan en boga en ciertas zonas mentales de nuestra remota América ;

porque con la aristocracia habitual de mi pensamiento, guardo aún en las rudezas del ataque, los refinamientos y exquisiteces de la palabra ;

porque en mi odio a la Vulgaridad, he aristocratizado hasta el insulto ;

porque el chiste bastardo y callejero, me es odioso ;

porque aun habiendo sido apellidado en son de elogio : «el primer libelista de mi época», no me he encanallado nunca ;

porque aun en aquellos escritos políticos míos, que podrían llamarse libelos, he ejercido la hegemonía de un gran gusto artístico, rimando mis cóleras y vaciándolas en el molde exquisito de un bello Arte sonoro ;

por todo eso, se ha dicho que mis libros de Arte, como *Prosas Laudes* y *Ars Verba*, no son libros de Crítica...

convenido;

yo, el primero en librarlos del ultraje de ese mote;

¿cómo se clasificará este nuevo libro mío, multicolor y accidentado, donde la Política entra en la Literatura, como las aguas de una cloaca que se infiltra en las baldosas de un templo; donde al lado de esa lira dórica que es D'Annunzio, hace visajes el *Mono de Capacho* (1), y al lado de la gravedad bíblica y la barba mosaica de Tolstoi, asoma sus orejas de asno, y su faz de *vaudeville*, Manuel Antonio Matos, el *Canciller Ninón?* (2);

¿no veis cómo, al lado de la triste y soberbia figura de Federico Nietzsche, aparece *Coccobolo* (3), como un caballo atado al pedestal de la estatua de un dios, llenando con su relincho estrepitoso, el mismo recinto en que sueña Amiel, reclinado a la sombra de sus rosales en flor, y pasa como un ánade de plata, en los canales de *Bruges*, la sombra místicamente grave de Georges Rodenbach?

¿por qué, pongo esas prosas bufas, y esas peroratas hípicas al lado de otras prosas, que el Genio y la Belleza, llenan con su divino resplandor?

---

(1) Mono de Capacho (Cipriano Castro, ex dictador de Venezuela).
(2) Canciller Ninón (Manuel Antonio Matos, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela).
(3) Coccobolo (Rafael Reyes, Déspota Colombiano, ex Presidente de Colombia).

¿es que quiero encanallar mi libro, introduciendo en él, estos elementos exóticos, llenos de una comicidad ruidosa, sin otro encanto, que el del ridículo?

¿es que en un democratismo humanitario, he querido encadenar el águila de Júpiter, al cuello de la burra de Balaám?

¿para hacer feliz la burra?

¿para hacer llorar el águila?

¿para mostrar, las dos extremidades de la Vía Intelectual, aquella donde el águila se convierte en dios, y aquella otra donde el hombre se convierte en mono?

¡armonía profunda!

¿es el deseo de vertebrar mi libro, robándole parte de ese hieraticismo solemne y sacerdotal, de que se acusa a mis otros libros de Arte?

la crueldad con que coloco aquí, el elemento bárbaro, ¿es una ternura?

¿lo hago para divertirme?

¿lo hago para divertiros?

¡cómo mi risa es triste!... ¿verdad?

... ...
... ...

lo hago, porque sé que el alma del Arte es la pasión;

que lo único que sobrevive en la tierra, es el Odio;

y, hay que sembrarlo;

que el Amor, es el hermano del Olvido;

que sólo el Odio no entra nunca en el Silencio;

y, el Odio, ha sido mi Musa;

hoy, entrado ya en esa edad de la Vida en que

todo se adormece, bajo el ala tenaz de los crepúsculos, el Odio vive en mí ;

lo siento y lo inspiro, con una intensidad digna de los primeros años de mi juventud ;

miro a todos lados y no veo sino adversarios ;

y, eso me regocija ;

yo, sé, que ellos me acompañarán con su Odio, hasta ese último destierro de mi cuerpo, que ha de ser mi tumba ;

¡ divina soledad, donde se dispersarán mis átomos, entre los gusanos y las estrellas, en una fiesta de luz y de penumbras !...

la muerte de un hombre que ha luchado así, es apenas una apariencia ;

la vida de un hombre que ha inspirado grandes odios, no acaba jamás ;

él, vivo, hizo nacer una Idea en cada Hombre ;

él, muerto, hace nacer un Hombre de cada Idea ;

y son, como la prolongación de su deseo ;

cada vez que se habla de él, aun para insultarlo, un águila alza el vuelo ;

es una fuga de astros, que se escapan de su sudario, de tal manera hecho rojo por el Sol de la Gloria, que extendido sobre su esqueleto, semeja una púrpura que cubriese una arpa, en la cual duermen inagotables melodías... ;

basta que una ráfaga cualquiera, aunque sea la de la Calumnia, levante una punta de ese manto, para que un huracán de lirismo se escape, y todo se hace sonoro en el espacio que lo rodea, y todo parece volar hacia cumbres infinitas ;

a los otros muertos, la Naturaleza les hace

una máscara de hojas secas, que ensayan cantar una letanía de recuerdos, bajo el azote de los vientos;

para el hombre que sembró el Odio sobre la Tierra, esa ronda de follaje no tendrá objeto; sus enemigos, se encargan diariamente de arrojar al viento sus cenizas inagotables, que caen sobre la frente de los hombres, como un divino óleo místico para ungirlos;

el Amor, se fatiga de cantar;

el Odio, no se fatiga nunca de rugir;

sobre la tumba de aquel que amó y fué amado, reinará un día el Silencio;

sobre la de aquel, que odió y fué odiado, no cesará jamás la Tempestad;

¿qué mejor música para aquellos oídos que siempre fueron guerreros?

el Amor no se hereda; el Odio, sí;

los herederos de aquellos a quienes hicimos bien, se apresurarán a olvidarnos, aun mucho antes que sus padres, porque el fardo de la gratitud es muy pesado para tomarlo en herencia; es una cadena que se rompe y no se lega; sus eslabones se entierran con el padre muerto;

en cambio, el Odio es una herencia gallarda que se lleva orgullosamente sobre los hombros, y los hijos de aquellos a quienes insultamos, se creen en el deber de pasar cerca a nuestra tumba, y escupir en ella;

y, esa saliva, se hace una flor;

yo, siento anticipadamente, la dulce voluptuosidad de esos ultrajes;

he amado y he sido amado tan poco en la Vida, que nadie tiene el deber de olvidarme;

en cambio, he sido odiado, y he sembrado el Odio, de tal manera, que esos odios que hoy me circundan como una selva, cantarán mañana sobre mi tumba como un pinar sonoro... ;

los perros rapaces y voraces que acompañaron a Caín, y que quedaron huérfanos sobre la tierra, después de haber devorado a su Amo, aúllan en la Noche, sobre el sepulcro de los grandes muertos, que el odio sepulcral cobija ;

no aspiréis a hacerlos callar ;

esos perros no duermen nunca, hechos son para centinelas agresivos de la Gloria ;

no pudiendo devorarla, se conforman con lamer su sangre ;

con el paso de los siglos, ese aullido llega a hacerse cordial, y se hace entonces un himno ;

el Gran Himno, que no calla jamás.

VARGAS VILA.

París, 1912

EN LAS CIMAS

ERNEST RENAN

SU EVANGELISMO

Tú, Sacerdos in æternum:

esas palabras que el Obispo deja caer como un óleo de fuego, sobre las cabezas tonsuradas de aquellos que ordena para Pastores de su Iglesia, los quema como un hierro en la frente, y les deforma para siempre el alma;

de todos los tatuajes, la tonsura, es la que tiene mayor perennidad de *Inri:*

el sacerdocio, es un virus, que como el de la prostitución, no se elimina nunca;

es una deformación, una gibosidad espiritual, que no desaparece jamás;

el que ha sido sacerdote, lo es siempre;

aun en el momento de abofetear la Iglesia, tiene conciencia de que su mano ha sido consagrada por ella.

Ernesto Renán, fué la prueba de eso;

oleoso, untuoso, amable y grave, como una vieja

Abadesa, sus gestos no perdieron nunca la pompa arcaica de los gestos sacerdotales ;

aquellas, que la Iglesia llamó sus herejías, tuvieron todas, una forma de Plegaria ;

y, cuando demolió los dogmas, hizo siempre el gesto de bendecirlos ;

la nube de azufre, que al docto decir, de monjas y de beatas envuelve a Luzbel y a todos sus hijos los herejes, era en Renán, un perfume de incienso, que un monaguillo invisible parecía quemar detrás de él, y las penumbras del templo, nimbaban siempre su cabeza prioral, aun bajo las cúpulas del Instituto o de la Sorbona ;

salido del Convento, no salió nunca del sacerdocio ;

escapado de la Iglesia, no supo escapar de la Religión ;

la falsa mansedumbre, y el gesto apóstolico del Sacerdote, lo acompañaron siempre, aun repartiendo las manzanas de la Herejía, con su equívoca sonrisa de Arcipreste ;

del Sacerdote, sólo le faltó la violencia ; y tuvo el Orgullo oculto de aquel que por no humillar sonríe ;

y, él sonreía, con la bonhomía de un viejo confesor, fatigado de absolver ;

el gesto de perdonar, le fué habitual ;

cuando abandonó el templo, dejó en él los rayos eclesiásticos que castigan, y no sacó, sino el hisopo ;

y, con él, hacía el ademán de bendecir y perfumaba las almas, con la esencia extraída de las

más bellas rosas de Jericó, y de los nardos ungientes de los jardines de Arabia ;

imaginaos a Marco Aurelio, hecho Escolapio, o Salesiano y salido del convento, adoctrinando niños en un camino de Judea, entre los senderos verdes y los limoneros florecidos, que la amatista de la tarde envuelve en el candor de sus violencias, y tendréis una idea de este Sofista amable y terso, lleno de bellezas y profundidades ; el más bello y seductor espíritu, que haya vivido entre los hombres, dado al apostolado, de la Negación y de la Sonrisa ;

iconoclasta tierno, que amortajaba con respeto, los ídolos que volcaba y sabía cerrar con un beso de amor, los ojos de los dioses que morían bajo su mano ;

cuando él se encontró el fantasma blanco del Jesús, en los senderos de Galilea, hacía ya mucho tiempo, que el pobre Nazareno había sido arrojado del cielo, por las violencias de David Strauss, menos crueles que las sonrisas de Voltaire ;

y, Renán, consoló al dios proscripto, en vez de ultrajarlo ;

fué una nueva Verónica, que copió el rostro del Mártir, ya sin aureolas divinas ;

y, compuso ese Poema, del destierro de un dios, que se llama : *La Vida de Jesús ;*

poema inmortal, que parece escrito con zumo de lirios y rayos de estrella, por la mano blanca de una Abadesa tierna, que llorara al escribirlo ;

creyente primero, Sabio después ; nunca en el Sabio, murió el creyente ;

aquellas manos de Abad, no se extendían para demoler, sino en el gesto untuoso de bendecir ;

ondeante y contradictorio, sus palabras, se pierden a veces, sin explicarse, en las lontananzas históricas que describe ;

desconcertante, a causa de su limpidez, como una Vía Láctea que se esfuma lentamente, en la pomposa soledad de un cielo muy remoto ;

embriagante, como el perfume de una selva Hindua, al caer la tarde ;

un bello río, fugitivo entre meandros, mostrando a veces al Sol la escama luminosa de sus olas, y perdiéndose luego en el silencio de la selva profunda, donde se oye apenas el rumor de su corriente ;

más que un conductor, fué un reflector de las ideas cambiantes, movibles, inciertas, de la época epicúrea y sabia, en que le tocó vivir ;

fué como un lago, en el cual se reflejaban todas las estrellas de un cielo turbado, y sobre el cual, la tormenta dejó la última púrpura de su paso ;

fué el espejo y no el Sol, del pensamiento de sus días ;

no modeló la imagen de su tiempo ; la devolvió intacta, luminosa, incierta, triste, agobiada por la nostalgia de la Fe, sin fuerza para destruir y sin fuerza para crear, habiendo dejado de creer y no queriendo aún renunciar a sus creencias ; llevando el Pasado como un cadáver sobre su corazón sin valor de darlo en pasto a los lobos del porvenir ; conformándose con herir al Cristo, sin atreverse a destronar a Dios ; permaneciendo religioso, a pesar de ser hereje, renunciando así a la Verdad, por el temor de renunciar a la Quimera ;

época, inconsistente y crepuscular, vaga y dolorosa, prisionera de los dioses, como todas las épocas de Incertidumbre.

Renán, no tuvo la burla de Voltaire, ni la elocuencia de Rousseau, pero fué superior a ellos, por la elegancia, el encanto, y la belleza de su estilo, lleno de placidez suntuosa, y extrañas morbosidades ;

en aquel estilo, nada es fuerte, y todo es bello, como en el alma de aquel que lo escribió ;

su fe, se desgarró sin dolores, como el himen de una virgen, desflorada por sí misma ;

como no dejó nunca de ser religioso, no sufrió las intemperies de aquel, que habiendo perdido la fe, vacila antes de orientarse por entre los huracanes de la Impiedad ;

él, abandonó el templo, pero llevando consigo a Dios, para erigirle otro en su corazón ;

no dejó entre los muros de San Sulpicio, sino su sotana ; todo lo demás del sacerdocio lo llevó consigo ; y fué un jesuíta laico, iluminado y amable, que hizo de la sonrisa un escudo, y se encargó de bajar al Cristo del cielo, con más piedad, que José el de Arimatea, lo había bajado de la cruz ;

todos los bálsamos aromados de su estilo, oliente a cinamomo, le sirvieron de sudario ; y lloró sobre él ;

el deber de mentir, es un deber de sacerdote ;

él, arrojó a las fauces de la impiedad su corazón, pero, no le arrojó nunca su Razón ; ella se adhirió siempre a un vago fantasma de Divinidad, que coronó con todas las rosas orientales de su fantasía ;

católico, durante veintidós años, protestante durante tres semanas, filósofo, retórico, y sofista el resto de su vida, quedó siendo el espíritu más amable, más suavemente luminoso, y más tristemente incierto, de cuantos se encargaron de ilustrar y acariciar el alma inquieta y tormentosa de su tiempo ;

en cambio, él; no tuvo tormentas, fué como uno de esos lagos galileos, que pinta en sus paisajes históricos, y que yacen dormidos en un seno de montañas, como un niño en el seno de su madre, copiando en su serenidad, las purezas del cielo desierto, como las pupilas extáticas de una monja, copian el cuerpo desnudo del Nazareno que adoran ;

como toda alma religiosa, tuvo en su juventud, necesidad de una adoración, y amó la Ciencia, y la amó con el amor ardiente de un novicio exclaustrado, que por primera vez, abraza un cuerpo de mujer ;

y, como quien canta su primera canción de Amor escribió su *Avenir de la Science* en donde como un ritornelo invariable, suena el mismo adagio filosófico que enloqueció luego a Nietzsche, *El Eterno Regreso :* Moisés, queda atrás con sus bárbaras teogonías ; Jesús, palidece y se borra en el horizonte, con su cesta de parábolas evangélicas, hechas ya rosas sin fragancia ; el cielo de Lamarck esplende, y bajo sus claridades inexorables, el mono de Darwin, aparece en las selvas de la Prehistoria ;

él, volvió ya en su vejez, contra ese libro, como Littré, contra su *Positivismo*, y Chateaubriand, contra su *Ensayo Histórico*, pero no lo demolió, se conformó con sonreírle ; y ese libro queda, como el

más leal de todos los suyos, porque fué el único en que tuvo pasión;

después de ese libro, Renán no afirmó ya; dudó siempre;

dudó de la Ciencia, que era su ídolo; dudó de Dios; dudó de la Libertad; dudó del Progreso; dudó de él mismo;

indagar, no realizar, fué su divisa;

¿y el ideal?

un dios doméstico; un dios de uso personal, que cada uno inventa y realiza a su manera;

dejó de afirmar, y se puso a soñar;

y, tuvo los sueños de un Platón, que se hubiese fundido en Epicuro;

el Profeta, murió en él, como un águila flechada por un Sileno reidor, y el Poeta se alzó del fondo de su corazón, como una alondra sobre todos los horizontes, cantando al Sol paradojal de la Esperanza;

y, fué el Poeta de la Exégesis, como Michelet, fué el Poeta de la Historia;

un Poeta, que tenía la pasión de embellecer sus quimeras, sin creer en ellas, y las acariciaba con un grande amor, porque las sabía frágiles, y sabía que en su corazón otras quimeras sucederían a ellas, como unas rosas, suceden a otras rosas en el seno de un jardín, y unas nubes suceden a otras nubes, en el espacio vasto de los cielos;

no fué un filósofo, en el sentido estrecho de la palabra, porque la arrogancia dogmática, fué extraña a la amabilidad de su pensamiento, hecho todo de elegantes ductilidades, y suaves negaciones;

fué un voluptuoso de la Duda, y de la indagación ;

su gran placer, su gran delectación, fueron siempre sondear en lo infinito ;

la Verdad unilateral, le parecía odiosa ; para ser bella a sus ojos, debía ser matizada ;

aquel pescador en el Misterio, no amaba sino los peces muy delicados, de escamas multicolores, que caían en su red ; los demás, los volvía al mar tenebroso ;

los tiburones, lo asustaban, y habría muerto de miedo, si uno solo hubiese mordido en el cebo de su anzuelo ;

creador de hipótesis, gustaba de prolongarlas indefinidamente, y enviarlas lejos de sí, como quien coloca naves de papel, sobre las ondas de un río... ; y esperaba que le volviesen transformadas en verdades... ; por aquello del *Eterno Regreso*, que le fué siempre tan amado ;

las naves no volvían ; y él era feliz de eso, porque odiaba toda realidad ;

él, sabía que la Verdad empequeñece la Vida ; y, que toda Realidad, nubla el cielo ;

el *cómo*, de las cosas, era todo para él ;

el *por qué*, de las cosas, le era casi indiferente ;

¿es que la Naturaleza, nos lo revela?

las soluciones de las religiones, son quimeras convencionales ;

las filosofías, sistemas personales ;

toda idea, un juego de emociones ;

el mundo, está en nosotros ;

decir Verdad metafísica, es decir dos errores ayuntados ;

afirmar, es errar ;

se puede tener una Filosofía, como se tiene un yate, para hacer exploraciones por el mar de lo Desconocido ;

y, como toda Filosofía es personal, toda Verdad, lo resulta también, por haberla visto a través de nuestra Filosofía, es decir, de nuestro temperamento ;

es bello, navegar como Renán, en los mares de los sistemas filosóficos, esquivando el único escollo que puede romper su nave : la Lógica ;

no es un nauta, es un Artista, encantado del matiz de las olas más que de su profundidad ;

frente al tenebroso oleaje del Pensamiento, aquel amador de matices en la Verdad, no sabía buscar sino eso : el Matiz ;

no se hundió jamás en la Afirmación, porque sabía que allí no había matices, sino un negro uniforme, de una negrura aterradora ; y eso repugnaba a sus pupilas, enamoradas del cambiante matiz paradojal ;

¿creía él en lo divino?

¿tenía una filosofía?

¿fué deísta? le sobraba sed de indagación para ello ;

¿ateo? le faltó valor ;

¿agnóstico? le faltó el desdén ;

¿epicúreo? tal vez sí, por aquello de que : «Dios es la categoría del Ideal» ;

¿pesimista? era demasiado amable, para tanta tiniebla ;

buscó siempre la Verdad, tal vez sin creer en ella ;

no profesó ningún sistema, y no fué adversario encarnizado de ninguno;

no gastó su dialéctica, en atacar ni en defender doctrinas; se conformó con exponerlas;

fué un explorador;

fué, el ecléctico; la mente abierta a todas las ideas, como el cielo por donde pasan todas las nubes y no se fija ninguna;

representó, la más alevosa de todas las pasiones: la Tolerancia;

nada más lejos del dogmatismo que él;

no enseñaba, insinuaba;

amaba el Mito convencional, llamado la Moral, no porque le pareciese útil, sino porque le parecía bello;

lo Bello y el Bien, le parecían una sola palabra, y no acertó nunca a separarlas;

por ahí, colinda con Ruskín, en ese mismo absurdo sueño, de hacer de la Etica una rama de la Estética, y de abonar con el estiércol cristiano, el árbol de una vaga Religión, que uno y otro no acertaron jamás a definir;

la Ética, como la Estética, se sienten, no se aprenden;

la Filosofía, no es sino el charlatanismo del Espíritu;

y la Moral, no es sino la Hipocresía del corazón;

¿cómo queréis hacer entrar esas deformidades, en el mundo de la Serenidad, donde impera la Belleza?

¿que no hay bello sino lo verdadero?

¡manes de Gœthe!

y ¿qué cosa es la verdad?

¿no sería mejor decir que no hay verdadero sino lo bello?

y, ¿qué es la Belleza?

¿la sentís? eso basta;

las cosas de esencia superior, no se definen;

la Verdad, como la Belleza, se llevan en Sí: nada, ni nadie, puede dárnoslas;

ellas, reinan en átomos, sobre nuestro corazón, y lo dominan;

la Verdad de cada uno, es la sola Verdad;

y, la Belleza, que está en nuestro espíritu, es toda la Belleza;

y, el mundo, no es a nuestros ojos, sino un reflejo de ambas;

¿cómo puede un Hombre, haber perdido la Fe, y ser sin embargo gobernado por ella?

ése es el extraño caso de Renán;

una oveja, que muerto su pastor, sigue en el llano las huellas de su fantasma;

y, llena el atardecer, con sus balidos;

yo no sé, si como quiere hacerlo creer, Edmond de Goncourt, en su *Diario*, Renán, fué un hombre desprovisto de la virtud pecórica del patriotismo; esa virtud sacramental y ornamental, tan querida a las almas del montón;

no creo la suya, bastante fuerte, para prescindir de esa virtud, aunque debía sentirla, sin las violencias vulgares, con que la externan los mediocres;

era, un hombre de demasiado buen gusto, de mucha delicadeza de ánimo, para mostrarla en esa

epilepsia disgustante, que los profesionales del patriotismo decorativo y teatral, suelen desplegar, en sus comedias, más carentes de desinterés, que de interés ;

no creo que el Minotauro de la Patria, devorara nada, en aquel Egoísta plácido, que todo lo que pudo arrojarle, fué su sotana hecha jirones, y la gloria de su nombre, que puso como una corona de estrellas, sobre la frente del cornúpeta, ebrio de sangre.

Renán, era el más bello espíritu de su tiempo, para entretenerse en disecar héroes, como aquel *garçon boucher*, de la Historia, que fué Hipólito Taine, pero no pudo librarse de la tara morbosa del sentimentalismo, al juzgar esa Epopeya de Titanes, que fué la Revolución Francesa ;

un hombre, de tal refinamiento intelectual, no podía amar la Democracia, ese reinado obscuro de la Incomprensión asoladora, de la Envidia vencedora, y del Odio ciego a toda superioridad ;

un Genio verdadero, no puede ser demócrata, sino por espíritu de Sacrificio ;

y, en Renán, la virtud del Sacrificio, no pasó nunca de sus labios, como el rayo espiritual de su sonrisa.

Renán reaccionario, hace reír ;

el prusianismo álgido de Hegel, traducido al francés, fué su Evangelio ;

más allá de los mares, hacia el trópico, la generalidad de las gentes, no conoce sino al Renán de la *Vida de Jesús*, estigmatizado por los curas ; y eso, hace que lo crean un espíritu liberal, al cual la Libertad debiera algo ;

sus herejías contra la Iglesia, han hecho olvidar sus herejías contra la Libertad ;

¿saben ellos, por ventura, el Ideal Político de Renán?

oídlo.

Odio a la República, y necesidad de su inmediata destrucción.

Restauración de los Borbones, proscriptos según él, por Ingratitud.

Establecimiento de una Monarquía militar, del tipo nobiliario de las antiguas rehenanas.

Supresión absoluta del Sufragio Popular, fuente de todos los males.

Alianza con la Iglesia, para entregarle la instrucción primaria, supliendo en el corazón del pueblo, por el espíritu religioso, el PELIGROSO *amor de la Libertad;*

hacer una casta intelectual ;

la Ignorancia, para los de abajo ; la Instrucción, para los de arriba ;

un pueblo de soldados estúpidos, gobernado por una casta de oficiales nobles y letrados ;

y, por sobre todo eso, un César Sabio, sonriendo al pueblo esclavizado ;

sueño de un Brahamín opiatizado, ante la sombra de un elefante conquistador, que viene de muy lejos, lleno de los prestigios de la fábula ;

es verdad, que luego, en sus *Diálogos* ensayó volver la cara al porvenir ; pero, la sonrisa de desdén con que habló entonces de la República, fué más ultrajante, que la sabia cólera con que la apostrofó al principio ;

el sueño de ese Imperio científico, lo obsesionó

siempre, y fué como un monje sibarita, soñando con una Corte de Sofistas, y de genízaros;

en ninguna parte, en libro algotro, la Democracia ha sido más insultada, que en *Calibán;*

y, ¿cómo negar, que en ninguno ha sido mejor pintada que allí?

lentamente, muy cautamente, Renán quiso aproximarse luego a la República, y ese solo gesto, bastó para que ésta lo cubriera con todo el oropel de sus honores;

¿hubo declinación de intelecto, cuando Renán, el antiguo enemigo del Sufragio Popular, fué a solicitar el voto nauseabundo de los comicios, para obtener una curul de senador?

la Democracia, se vengó, no dándosela;

y, ese homenaje, hecho a su superioridad, entristeció sus viejos años;

derrotado en esa arena, se refugió en el quietismo político y literario, haciéndose el cenobita de la exquisita gracia, y del ático decir;

en ese crepúsculo luminoso, el Exegeta, tomó toda su altura, y toda su amplitud;

vago e infecundo en filosofía, reaccionario y voltario en política, sentimental y arcaico en cosas de la Historia Contemporánea, su personalidad, es frágil a esos respectos; y, lo que vivirá siempre, para asombro de los pósteros, es su ciencia de historiógrafo orientalista, y su estilo maravilloso, tal vez, el más bello que haya habido en los últimos siglos de la literatura francesa;

estilo de extrañas suntuosidades y reflejos, que se pliega como un peplo de luz, sobre las bellezas que describe;

la atmósfera del pasado, que es por su naturaleza, una atmósfera de hipogeo, adquiere bajo su pluma, rarificaciones milagrosas y se hace respirable, como el perfume de un bosque de laureles;

es un gran Evocador, este benedictino sin lascivias, cuyo estilo, es sin embargo, un largo estremecimiento de voluptuosidad;

la exactitud de sus paisajes bíblicos, no quita nada a la sentimentalidad piadosa con que suele adornarlos, el candor siempre infantil, de las almas creyentes;

las sombras augustas, atraviesan por ellos, acompañadas de una bella música, como de olas serenas, que viniesen, del mar plácido y lejano de la Muerte;

en la música de aquel estilo, lleno de una extraña poesía fatalista, y del perfume exótico de los jardines de Betania; música que hace amable hasta el rumor dionisíaco de los pueblos guerreros, que atraviesan la escena, con la marcha acompasada, de un gran Poema lírico;

historiógrafo tierno, y sin patetismo, sus narraciones, tienen a veces, los perfiles inocentes de un bello cuento;

gravedades de abuela y ternuras de aya, tiemblan en su voz, que se hace en ocasiones, tan dulcemente monótona, que levantamos los ojos, temerosos de sorprender al Evocador, inmóvil, como un viejo dios dormido; inquietante en su palidez de estatua hindua;

el clasicismo, es una cristalización de tendencia romántica, y tal vez por eso, era caro a Renán;

su elegante sobriedad, llena de sortilegios encan-

tadores, vagaba cerca de las playas arcaicas, pero sin tocarlas nunca ; encantado, y no vencido, por el encanto de sus sirenas ;

su estilo, no cayó nunca en la suntuosa petrificación de los clásicos, y no fabricó como ellos, esas joyas matizadas de viejas pedrerías, arrancadas a los brazos de una dialéctica muerta ;

no fué, como otros, el prisionero de su propia perfección ; y su prosa, de espejismos orientales, se conservó ajena a toda estratificación ;

de ahí que, en él, si el Filósofo fué mediocre, el Pensador onduloso y desconcertante, el Político vago, retrospectivo, y voluble, el Escritor, fué desde el primer momento, la más alta culminación de su época ;

y, si todas las otras formas de su pensamiento, han de morir, rotas a causa de su fragilidad, o arrastradas por el tiempo, heridas de inflexible senilidad ;

su estilo, ese estilo iridiscente, hecho todo de matices y de reflejos ;

su prosa, esa prosa tersa y diáfana, llena de la más deslumbradora belleza ;

ésos, no morirán, mientras la lengua francesa tenga cultivadores, y llene el mundo con el rumor de su elegante eufonía.

HIPPOLYTE TAINE

HISTORIADOR

Nada detiene, el cortejo extasiado de los admiradores de Taine;

aquellos peregrinos del Santo Sepulcro, guardan las cenizas y el pensamiento del Maestro, con una candorosidad y un fervor fanáticos, que llegarían a imponer respeto, si no pasasen a diario las fronteras del ridículo.

Taine, ha dejado de ser un apóstol, y se ha hecho un dios;

el dios de los mediocres;

yo, no conozco un crítico, es decir, un mediocre, que no tenga una pasión desmesurada de respeto y de veneración, por aquel genízaro de los sofistas, que comparte con Max Nordau, el reino poco envidiable del Odio al Genio;

ne touche pas la Reine; parece ser la consigna de aquel imperio de hormigas, velando el cadáver de la suya;

pero he ahí, que Monsieur Audalart, del *Instituto*, rompe la consigna, y en su libro muy valiente y muy sincero, viene a hablarnos de Taine, como historiador, o dicho sea mejor, de Taine, como crítico de la Revolución Francesa ; que eso y no otra cosa, fué el tan mentado autor de los *Orígenes de la Francia Contemporánea.*

Monsieur Audalart, se encarga de probar despiadadamente, a los ojos asombrados de los pietistas del tainismo, cómo su Maestro fué desleal y sin escrúpulos, calumniando miserablemente los hombres y los hechos de aquella epopeya, por el placer servil, de contentar a los partidos reaccionarios, cuyos sufragios codiciaba ;

me complace enormemente este libro, que viene a confirmar mis ideas, sobre aquel triste panfletario, al cual, la admiración de los mediocres, quiere dar talla de historiador ;

estéticamente hablando, la obra de Taine, puede ser todo lo estimable que se quiera, pero, ética e históricamente considerada, es abominable ;

faltan a Taine, como historiador, los elementos primordiales de su misión : altura de pensamiento, y grandeza de concepto.

Taine, no puede ser un historiador, precisamente, porque es un crítico, o mejor, un difamador de la historia ;

su lado de crítico, lo inhabilita para toda obra noble, porque es el lado ruin de su talento ;

con Taine, se ve, cómo puede haber un crítico, no desprovisto de inteligencia, pero cómo a la Humanidad no le será dado nunca, ver un crítico de genio ;

el Genio y la Crítica, se excluyen;

el Genio, ha sido siempre criticado, pero no ha sido nunca crítico;

su grandeza se lo impide.

Sainte-Beuve, pudo encarnizarse en Víctor Hugo.

Víctor Hugo, no se ocupó jamás de criticar a Sainte-Beuve;

yo no he visto, otra lucha en que el mediocre y el Genio, estén más claramente definidos, que la de aquel caracol venenoso, y aquella águila, desdeñosa de las injurias del molusco;

el proselitismo de la Envidia, dará siempre discípulos a Sainte-Beuve;

el amor de la Gloria dará siempre admiradores a Víctor Hugo;

el crítico, es el gusano de toda Gloria; la mancha con su baba, ya que no puede devorarla;

el Genio, es el asombro de los siglos, y será la maravilla del tiempo, mientras el Hombre, sea el Hombre...

cuando la crítica semiarticula en su dialecto enconado, los fueros del mecanismo escrito, el Genio dice la Palabra Mágica, que ha de romper el Misterio de los siglos, por la Revelación Vital de la Verdad;

el pufismo imbécil de la Envidia convulsa—, madre de todas las abominaciones—, no puede embriagar los hombres, con el vino de su Iniquidad, y ellos, tendrán siempre, el amor a la Grandeza, a esa tragedia luminosa y viva que es el Genio, yendo solo e inexplicable, a través de la eternidad;

la crítica, es ciega: *va de Dan a Bethsabée et trouve tout stérile:*

ése es su castigo, ver en todas partes reflejada la esterilidad que lleva en su seno ;

estar privada de la admiración a lo sublime ;

no poder admirar ;

no ver nada en el laberinto grandioso y obscuro de los seres y de los hechos superiores ;

la Incomprensión, es el reino de la crítica ;

la cecidad mental, que le impide ver el lado luminoso y grande de las obras y de las almas ;

una absoluta imposibilidad espiritual, de levantarse hasta lo bello ;

una completa ineptitud moral, para alzarse hasta lo heroico ;

una miopía, que le impide ver, lo que de grande hay en los fastos o en los libros, y abarcar o percibir, las grandes líneas lejanas de un horizonte mental ;

se diría, que los profesionales de la crítica, tienen la facultad de *mirar*, pero no tienen la facultad de *ver*, el lado bello de las cosas que contemplan ;

lo sublime, escapa a lo limitado de su comprensión ;

tiene el horror de las cimas, porque la facultad del vuelo, les ha sido vedada ;

todo esfuerzo hacia la altura los fatiga, y tienen una pasión de rumiantes, por aquello que está a la altura de su hocico ;

su torpeza de vacas ciegas, no les permite ver más allá de los lineamientos materiales de las cosas muy cercanas ;

las lejanías incalculables del Ideal, escapan a

su vista ; e incapaces de percibirlas, se conforman con negarlas ;

el grito profético, los asorda, sin convencerlos ;

el gesto épico, los asusta, sin deslumbrarlos ;

todo lo desmesurado, los indigna ;

su Ética y su Estética, a ras de tierra, no tienen ojos, sino para las cosas pequeñas y rutinarias ;

la pasión de lo mediocre, los posee como una fiebre ;

el hombre mediocre, y la obra mediocre, los llenan de un regocijo cándido y admirativo, que les viene de su propia pequeñez ;

lo admiran, porque lo comprenden ;

tienen una misma talla mental, y su admiración, es una fraternidad ;

su mutua mediocridad, los avecina, los une, los liga a un solo juramento : el horror a lo grande, y la idolatría de lo convencional : que es el solo culto de aquellos geómetras de lo inútil ;

sorprenderse ante los esplendores remotos que irradia el Genio, desde sus cielos poblados de visiones, eso no puede suceder en los mediocres...

la avara naturaleza, les ha negado ese exquisito y alto placer del deslumbramiento ;

no poder admirar, es decir, no poder gozar el más puro goce intelectual que puede ser concedido al ser humano, ¿podría darse mayor tormento?

es una orfandad de luz, más profunda y más espesa, que la que rodea a aquellos que están privados de los ojos materiales ;

los críticos, tienen ese castigo, y no sufren de ese dolor, porque no logran tampoco, levantarse hasta él ;

la envidia, ocupa en ellos, el lugar que la admiración debería ocupar, y les produce goces bastardos, que tiene la perversa intensidad de todo goce solitario ;

esta imposibilidad de comprender, es decir, de igualar, los irrita contra la cosa comprendida, los encoleriza, y no pudiendo entrar en ella, se vuelven contra ella ;

su desesperación, no por agresiva, deja de ser conmovedora ;

los insectos, miran las estrellas ; sus mil ojos fosforescentes las ven, pero, no las comprenden ; ¿no se indignarán contra ellas?

si un topo pudiese escribir, los anales de la crítica se enriquecerían con las elucubraciones de aquel enemigo natural del Sol ;

el Genio, pasa como un cometa desorbitado, llevando una cauda de siglos ;

la crítica, es inmóvil ;

vive perpetuamente, con los ojos cerrados ante las realidades visibles, y los misterios invisibles ;

la crítica, no ha demolido nada ; no ha fundido nada ; estéril como una mula, su rastrera procacidad se ensaña en insultar los grandes hombres, y las grandes obras : es su homenaje ;

y, Taine, ensayando todos los géneros literarios, no fué y no alcanzó a ser, sino ese producto inferior de la literatura : un crítico ;

frente a la Revolución Francesa, que es a lo que quiero referirme aquí, la obra de Taine, sería una obra despreciable, si no fuera una obra culpable :

libro mediocrísimo y encolerizado, que no tie-

ne sinceridad en nada, ni siquiera en la cólera, y donde todo es falso, hasta el estilo, porque el colorista admirable y musical que hay en él, se eclipsa ante el reaccionario, inverecundo y sobornado, dispuesto a triunfar acariciando la cabeza de la reacción amenazante en su somnolencia mentirosa ;

la Codicia, que es el alma de este libro, no logra guardar su secreto, ni arbritar el espíritu mercantil que lo anima, bajo el manto del estilo sutil que lo decora ;

la idolatría del Becerro de Oro, que es el culto imperante allí, no logra ocultar su escoria, en la pompa de aquellos ditirambos contra la Gloria ;

el Idolo orgulloso y miserable, no soporta que se le oculte ; él, pide a su adorador el sacrificio de su honra ; y el mentido historiador hizo ese sacrificio al ídolo que no conoce la piedad ;

difamador de la Revolución, y calumniador de sus grandes hombres, Taine, no tuvo el genio de comprenderlos, ni el valor de admirarlos, creyó sepultarlos bajo sus diatribas, y sin embargo, el último de aquellos grandes calumniados, valía más que aquel escritor estipendiado, que hizo de su pluma una hacha, para cortar el cuello a la Verdad ;

su impertinente *persiflage*, carece de elegancias, y cuando quiere ser irónico, no logra ser sino burdamente cínico ;

fué incapaz de hacer justicia a la Revolución, porque fué incapaz de comprenderla ;

aullando en torno a los cadalsos, tiene el aspecto siniestro de un perro de verdugo, enloquecido al olor de la sangre ;

con más pasión que talento, hizo un libelo de lo que otros habrían hecho un poema ;

no pudiendo elevarse hasta la Historia, se arrastra por las cloacas del dicterio, y renunciando a toda forma de Equidad, fracasa ruidosamente ante la Posteridad, porque le faltó lo que salva y que redime ; el sagrado amor de la Justicia ; esa sed, que no se apaga jamás en los labios ardidos por la divina sed de la Verdad ;

hay, en este Torquemada del reaccionarismo, una gran cantidad de *charivaresco*, que hace explosión, bajo las austeridades pedagógicas, que pugnan por imponerse ;

él, que se empeña tanto en hacernos comprender el espíritu de la aristocracia, no tuvo nunca la aristocracia del espíritu ;

permaneció vulgar, sin dejar de ser clásico ;

a pesar de su bello estilo, lleno de impudencia, no logró nunca alzarse hasta la Elocuencia ;

y, como todos los que quedan dentro de la vulgaridad, odió con un odio cafre, la sublimidad ;

su maldad, carece de franqueza, y por eso carece de grandeza ;

hay en ella, más cólera que talento ; y por eso, es inofensiva sin dejar de ser siniestra ;

su entusiasmo ficticio, de retórico a sueldo, lo hace capaz de bellas frases, pero no logra hacerlo capaz de un bello pensamiento ;

la belleza de su estilo, no lo redime de la bajeza de sus ideas ; y se muestra admirable, sin dejar de ser miserable ; porque alzándose hasta la Belleza, no sabe alzarse nunca hasta la Justicia ;

la inferioridad de su criterio, hace olvidar la

superioridad de su estilo ; y apenas si se piensa en la grandeza de su prosa, ante el horror que nos inspira la bajeza de su pasión ;

¿qué valen las bellas palabras si son hechas para denostar las grandes acciones?

del gran drama, no supo ver sino el crimen, y la gloria se vengó de su mediocridad, no revelándose a sus ojos ;

en el despotismo de su odio, él no sabe acumular sino ruinas ;

el sentido profundo de la Revolución, se le escapa ;

no sabe asir el alma de los acontecimientos, y en su largo lamento cronológico, se cree dispensado de tener ideas, por el solo mérito de tener pasiones ;

su estilo sin alas, pero lleno de solidez brillante, semeja el dorso grasoso de un hipopótamo, visto bajo el sol ;

y, él tiene en su espíritu, la misma pesantez del paquidermo ;

es en todos sentidos, una alma refractaria al vuelo ;

su carrera de elefante en furia, lo fatiga y no lo eleva ; pisa los acontecimientos, no los ve ; tritura lo que debería juzgar ; y hace una enorme diatriba, de lo que un hombre de más talento, habría hecho, una bella obra ;

los historiadores de genio, son muy raros, pero una platitud tan menesterosa como ésta, es más rara todavía ;

un libro entero, dado a deformar los hechos, con ferocidad, y a calumniar los hombres con

método, vistiendo las pasiones más pequeñas, con el ropaje de las palabras más grandes, y cubriendo el vacío de las ideas con el brillo de las paradojas más absurdas, llenas de un extraño lirismo reaccionario ; es siempre un libro de cierta rareza ; tal vez a causa de su excepcional bajeza ;

los análisis, a lo Taine, tienen el encarnizamiento de un niño destruyendo la máquina de un reloj ; pero tienen también su incompetencia para reconstruirlo, y para explicarlo ;

el escalpelo, puede desgarrar la vida ; pero no puede crearla ;

es, el fracaso de los que se empeñan en escribir sobre grandes cosas, con un alma pequeña, y tratar de las vastitudes de la historia, cuando ellos no tienen vastos, sino sus odios ;

no fué con fango del Nilo, que se construyeron las pirámides ;

para juzgar los grandes hechos, no basta tener grandes las pasiones ; es necesario tener grande el alma ;

y, eso le faltó a Taine ;

hablando de los hombres de la Revolución, tiene la triste habilidad de silenciar sus virtudes, para extremar la crueldad de hacer más visibles sus errores ; y de todas sus pasiones, no les presta sino su odio, para abrumarlos con él ;

monta la gillotina, frente a cada gloria, y decapita, uno a uno, los grandes hombres, de los cuales la grandeza, no desarma su rencor ;

ninguno halla piedad ante él.

Robespierre.

Mirabeau.

Dantón.

Marat;

¿qué son ante sus ojos? criminales enloquecidos en una orgía de sangre;

pérfido o banal, cuando no calumnia sus acciones, calumnia sus intenciones; y donde les halla una virtud, si no puede silenciarla, se conforma con mutilarla;

sus injusticias nos dejan perplejos a veces por su bajeza; y siempre por su enormidad;

él, no sabe de ese arte del historiador, de ocultar a veces su disgusto, bajo el manto sutil de la ironía, y nó deja de ser brutal, sino para ser ingenuamente perverso;

su criterio, escolástico y ruin, no le permite ser la voz de la Historia, y se conforma con ser la conciencia de una secta;

en las revoluciones, se empieza por reformar y se acaba por destruir; he ahí, lo que no comprendió nunca la mente obsesionada de Taine, cuando criticó a los hombres los excesos de la Revolución, y puso en el rostro de sus tribunos, la mueca aterradora de su época;

¿de qué los culpa?

de no haber sido bastante razonables para evitar el martirio, y antes bien, haber sido bastante audaces para buscarlo, y bastante valerosos para sufrirlo;

he ahí, el crimen imperdonable a los ojos de esa alma de crítico, que no tuvo nunca valor, sino contra las cosas inermes, y que no perdonó a los otros, no haber tenido como su corazón, por toda norma el miedo y el rencor;

insultar el heroísmo, con énfasis, no es juzgarlo con razón ;

Taine, aplica a los grandes hombres de la Revolución, todos los sistemas pequeños, para empequeñecerlos ;

critica a los unos, haber fracasado, y a los otros, haber muerto...

que hayan fracasado con generosidad, o hayan muerto con el heroísmo, eso no le importa ;

aprovechar su fracaso para hundirlos, es su solo fin ;

burlar el esfuerzo, después de la derrota ;

silbar a los vencidos ;

profanar la cabeza, después de ser cortada por el hacha ; ésa es su misión ;

ser más cruel que la suerte, y que el verdugo ; ésa es su *gloria* ;

¡ desgraciados de aquellos que no han vencido ! ése es su lema ;

se puede ser así, severo, sin piedad, cuando se es cómodamente injusto. sin peligro ;

la cólera de Taine, se hace epiléptica al ver que con el patíbulo, las ideas se podan y no se extirpan ; y que muertos los revolucionarios, vive aún la Revolución ;

se encarniza contra los hombres, viendo que no puede devorar las doctrinas ; y queda anonadado de cólera, al ver que las ideas no se guillotinan ;

tiene el odio de la Libertad. espontáneo, y efervescente, y cualquira causa, aun la más pequeña, basta para exacerbarlo ;

en ese sentido, abusa de su talento hasta degradarlo, y hace del oro de su estilo, un uso semejante

al que se hace del oro real, en las bajas satrapías, comprando delatores contra la Virtud ;

exubera de literatura, y se divierte en poner con ella, banderillas a los caballos de los héroes, y a los furgones de los muertos ;

con una alegría de juglar profanador, sabe añadir a su ferocidad, un sentido macabro que desalienta ;

buscador incesante de hechos pequeños, para deducir pequeñas consecuencias, Taine se excede en eso ;

es un buscador de alfileres en la noche ;

tocado del *tic* analítico, no es sin embargo sino un metafísico brumoso, que no sabiendo separar los hombres y los acontecimientos, despliega una ineptitud, por debajo de toda ponderación, cuando trata de juzgarlos ;

tal es el espíritu pequeño, ruin, y sin penetración de ese libro, en el cual, la ausencia de toda justicia se agrava aún más, por la ausencia de toda razón.

Taine, no es el historiador, sino el contendor de la Revolución ; o algo más triste aún ; el difamador de ella ;

ignora los matices suaves del sarcasmo de la malicia de la fina ironía, que hacen tan deliciosos y tan vivos los cuadros revolucionarios de un Chamfort ;

no sabe de la gama lírica con la cual musicaliza la tragedia, aquel gran Poeta de la Historia que fué Michelet ;

su espíritu sin ductilidades y sin horizontes, no sabe sondear ni reproducir, las terribles profundi-

dades psíquicas, de un drama histórico ; carece de esas facultades maestras, que hacen de Quinet, el Príncipe del Análisis ;

su platitud sin entusiasmos, es incapaz de levantarse hasta la alta y serena conciencia que ilumina los más sombríos paisajes de la historia, en aquel Mago evocador, que es Louis Blanc ;

su mediocridad de académico dogmático, dictador de apotegmas vacíos, no logra alzarse del bajo nivel de sus pasiones, en su prosa lapidaria, sin lágrimas, y sin corazón :

insincero, como todo escritor artificial, traiciona sus emociones, y se encoleriza consigo mismo, cuando siente que ha cedido algo a la Equidad, o no ha sido bastante injusto con la Gloria ;

se ve, que sería capaz de apuñalarse el corazón, si sintiese en él una emoción noble ; pero no la siente jamás ;

su alma guijarrosa, es insensible a toda admiración, y a toda piedad ;

sus burlas, recias, bruscas, sin espíritu, son simplemente agresivas, sin llegar siquiera a ser aristofanescas ;

toda sal ática, fué negada a los labios y a la pluma de aquel hombre ;

cuando quiere ser irónico, es de una brutalidad espesa, y de un bufo tan vulgarmente grotesco, que parece la danza de un oso ebrio, martirizado por la fusta de un gitano ;

todo en él, es paquidérmico ;

y cubierto por las galas suntuosas de su estilo, semeja el elefante de un *Rajah*, enjaezado para una fiesta :

avaro de entusiasmo, como toda alma mediocre, es más que parco en el elogio, y aun dándolo, permanece rencoroso, como dolorido de aquel gran sacrificio de su parsimonia ;

como todos los escritores entregados a halagar a las reacciones, su odio a la Libertad, reviste caracteres inverosímiles, y formas inusitadas, que demuestran su inconsistencia, por la misma fuerza de su violencia ;

desapiadada y trivial, sin los grandes resplandores de genio, que los escritores sinceros ponen hasta en sus errores, la rabia de Taine, por ser artificial y comercial, es todo lo que yo he visto, de más abyecto, al mismo tiempo que de más disgustante ;

la animosidad de Taine contra los hombres de la Revolución, indica bien, que aquéllos no eran de su misma raza moral ;

su talla, que rompe todas las perspectivas, desconcierta y enfada al crítico miope, que sólo alcanza a ver las botas de los héroes en marcha hacia la Gloria ;

el crimen de tener genio, no prescribe jamás ante este criterio implacable, que no perdona la gloria, ni aun en los muertos ;

separa los hombres de los hechos, juzgándolos tan rudamente por lo que hicieron, como por aquello que dejaron de hacer ;

los aísla, para ultimarlos, así como a un hombre a quien se lleva a fusilar en la noche ;

cada página suya, es una ejecución ;

hay en Taine, del Marat, pero de un Marat sin probidad ;

es un Fouquier sin valor, locamente encarnizado contra los muertos ;

ser brutal, es el único género de libertad que no le repugna ;

su estilo, sin defectos, pero sin noblezas, tiene la tersura inhospitalaria del mármol, y su pureza sin calor ; pero tiene también su peso enorme, y su rígida inmovilidad tumbal ;

su filosofía, de un esceptiscismo católico, ocasional y raro, sirve admirablemente a la bastardía toda reaccionaria de sus miras ;

cuando un hombre, escribe así la historia, en ese tono, sin respetos y sin noblezas, se cree uno obligado a preguntarse, qué misión deja a los gacetilleros adocenados que calumnian a tanto por centésimo la línea, en los bajos fondos del diarismo estipendiado ;

este Tácito escamoteador, no logra disminuir la Gloria deshonrándola, y sólo logra envilecer un talento, que no supo levantar a la altura del asunto ;

enemigo de las ideas de la Revolución, no las ataca abiertamente, porque no conviene a su interés bastardo, pero se encarniza contra los hombres que la representaron, y rompiendo los ídolos cree romper el sortilegio ;

privado del criterio del historiador, no tiene sino el instinto del denunciador ;

en él, la ferocidad vence a la equidad, y la devora ;

sus odios de foliculario, fingen la indignación a falta de la dignidad ; son altaneros a falta de ser altivos, y fingiendo ser severos, son simplemente perversos ;

los acontecimientos, caricaturizados en perspectivas absurdas, deformados con un furor demente, por la necia pretensión de hacer temblar de horror a la posteridad, hacen de aquel libro un panfleto vergonzoso y vergozante, que habría firmado Swift, si Swift, no hubiese sido un hombre honrado ;

como en aquel libro no hay ideas, huelga el método para exponerlas ;

no siendo sino un estercolero de pasiones, sólo existen medios para hacerlas estallar ;

allí, no hay metódico, sino la Calumnia ;

es lo único que allí tiene talla ;

calumniarlo todo, hasta el horror, es el único método de Taine ;

y, ese método le fué fatal ; porque queriendo calumniar la historia, no logró calumniar sino su talento ;

queriendo caricaturizar la Gloria, no ha logrado mostrarnos sino la caricaturización de su propio espíritu ;

empeñado en hacer odiosa la grandeza de los otros, no ha logrado sino hacer odiosa su propia pequeñez ;

de todos los oprobios de su libro, no queda en pie, sino el de haberlo escrito ;

ese panfleto, escrito para deshonrar a tantos grandes hombres, no logró deshonrar sino a uno, que no fué grande : a Hippolyte Taine ;

allí, donde se insultan todas las honradeces, no se sacrifica sino una, la de Taine ;

sólo un hombre, queda sepultado bajo aquella montaña de acusaciones : el acusador ;

queriendo despertar el horror, murió devorado por el desprecio ;

justo castigo de haber estado por debajo de su tarea, conservándose únicamente a la altura de su corazón ;

ser inferior a todo, hasta a su propio talento, es el último castigo de un escritor ;

y, tal ha sido el castigo de Taine ; mostrándose inferior en todo, hasta en su instinto.

HENRI-FRÉDERIC AMIEL

LA SOLEDAD

Y, he ahí que es augusta la Soledad, como la angustia de los grandes crepúsculos, y la tristeza de los grises caminos en la Noche ;

el profundo valle, bajo el cielo desnudo lleno de una blanca luz de aurora ;

los cárabos, no se orientan hacia la cima luminosa ;

sólo las águilas dirigen a ella violentamente el vuelo rectangular ;

el Solitario, desarmado de sus cóleras, traicionado por sus pasiones, entra como un león vencido, en la Soledad ;

¡ ay de aquel que no halló el camino de la Soledad ! ése no hallará nunca el camino de su Libertad ;

la Soledad, guarda todo el olvido del Pasado, todo el encanto del Presente y todo el misterio del Porvenir ;

entrar en la Soledad, es alzar su tienda en los mismos desiertos de la aurora, a la sombra de las alas de los astros, bajo el beso nupcial de las estrellas ;

y, en el mismo rayo del Sol, prender su corazón ;

en la Soledad, la vibración voluptuosa de la luz, os llena de pródigas fecundidades ;

el éter amable, resplandece del encanto de vuestro Pensamiento ;

las formas suaves de las nubes y de las ondas, acarician vuestras Ideas, y les dan forma de aves, de soles, y de flores ;

la Esperanza, ese corcel alado de la Fantasía queda atado a un tallo de loto, en esos como jardines de Armida ;

el Recuerdo, ese mutilador del vuelo, yace opiatizado con un perfume de geranios ;

y, la Ambición, el Hipógrifo funesto, se ha hecho un gran cisne cándido, que prisionero en el lago del Olvido, arrastra la blancura de sus sueños como un sudario, y se mira en las olas quietas que retratan su inmóvil esterilidad ;

la Vida, se hace entonces la medida de nuestra Impotencia, y el Deseo, pierde el poder de atormentarla ;

sagrado es el retiro, de esos muertos que aun hablan, y en la miel de cuya boca liban los pájaros del Ensueño, en cuyas alas zumban todas las melodías del Sol ;

las ondas luminosas de sus sueños, van en la noche descabellada, como una sinfonía de estrellas ;

deslumbrado por el resplandor de sus soles in-

teriores, ebrio con el perfume de los rosales que se han abierto en su corazón, el Solitario goza en arrancarse, uno a uno, los dardos de los antiguos combates, clavados en sus flancos, y ve, que la sangre ha dejado de correr, y el Dolor lo ha abandonado ;

busca las lágrimas en sus ojos, y ve que el Sol de la Serenidad, secó las fuentes del cobarde llanto ;

los suspiros, que antes agitaban su pecho, ¿dónde están? han muerto, como las melodías del Céfiro en las ramas desnudas de los árboles ;

los viejos Sauces del Consuelo, ya no inclinan sus copas murmuradoras sobre él ; ¿para qué, si el supremo consuelo de la Soledad, llenó su corazón de las calmas austeras, que no tienen poniente ni confines?

en las sombras demasiado lejanas de la Vida, los recuerdos cantan la canción de los dolores vencidos ;

y, el Solitario, apenas si los oye ; todo eco murió en su corazón ;

y, su corazón también ;

yace amortajado bajo los largos velos púdicos del Silencio y del Olvido ;

y, ya no vive, sino para su nueva amante, la Soledad, tan serena y tan tierna, tan melancólicamente bella, como una rosa ajada por el Sol ;

una ventura sin alarmas, corona el epitalamio de ese Amor prodigioso y soberbio, que no llora como los otros amores, que no gime, que no implora, pero en cuyos labios, el oriente de la risa no dibuja el juego de sus nubes escarlatas ;

cerrados los ojos a los paisajes del mundo exterior,

el Solitario, vive de la contemplación armoniosa de su propio corazón, y en las aguas quietas del Silencio, contempla la imagen de su propio *Yo*, reflejarse engrandecida en el espejo taciturno, en medio de los lises rígidos del Orgullo, teniendo sobre su seno una águila domada ;

en ese Abismo, lento, se deslizan apenas los humanos ruidos, agitando las ondas del Enojo, que cubren la tumba de tantas cosas, sepultadas bajo el movible lago de aquella Soledad ;

domador de los mundos, fuerte para engendrar generaciones de dioses, el Solitario ama sin Amor y engendra sin Deseo, porque el soplo boreal de la Verdad, desgarró ante sus ojos, las entrañas pútridas, donde la Vida nace, y sus ojos se hastiaron del asqueroso hormigueamiento de los seres ;

sobre la cima de la Serena Contemplación, ante la Sombra fugitiva que rueda bajo sus pies, este amante de la Noche, sueña sobre las ruinas venturosas de su corazón, que no siente ya, la necesidad de las caricias, y ha muerto para la vergonzosa mendicidad de los besos ;

la Soledad, única dispensatriz de caricias sin bajezas, lo ha adormecido con las suyas, y sus labios sin lujurias, mataron en los suyos, la torpe sed de los ajenos ósculos ;

y, despojado del Amor, el Solitario, entra libre en el mundo del vuelo, dejando atrás la Vida, como una crisálida en pedazos ;

libre, como los astros y como los vientos ;

la dulce y clemente Soledad, corona de sonrisas su frente, y hace nacer un astro en cada punto de su horizonte donde antes nacía un deseo ;

y, en la majestuosa claridad de su Amor, el Infinito no tiene ya fronteras para sus sueños, y le entrega toda la virginidad de sus praderas ;

el torbellino de los huracanes, que hace temblar la frente de los más altos montes, pasa a sus pies, como un tapiz de nubes vencidas, que ha de acariciar sus plantas... tan alto así está, en la serenidad de sus esferas ;

los flancos de la Vida, se han hecho estériles ante sus ojos, después de haberle dado la maravilla de sus más altas creaciones ;

lejos de las odiosas batallas de los hombres, las muecas repugnantes de la ambición, no tienen ya eco en su alma divinizada, llena de la suprema alegría de su Obra ;

la Obra, de haber matado en Sí, toda pasión que no sea la de la Soledad ;

vencedor en su abrazo supremo a la Diosa intangible, ya no tiene otro afán que poseerla, ni otro culto, que ese culto inmortal de la Belleza ;

todo fué demolido por su mano, para alzar este gran templo de su nuevo amor ;

para eso desertó del mundo, y entró a la sombría selva, donde hizo a los nuevos dioses, el sacrificio de su corazón ;

para eso, castró su alma, haciéndola ajena a todo deseo que no fuese el de la Contemplación y el de la Meditación, las dos águilas de oro que hacen un casco guerrero, sobre la frente de la Belleza, dormida como un niño en el seno de su madre : la Soledad ;

la Soledad, cuyos brazos sin turbaciones, cuyos ojos sin rencores, cuyo corazón sin angustias, se

le ofrecieron como un refugio, y lo poseyeron como un amor;

las rosas áureas de una tarde que no tuvo poniente lo vieron entrar en la Soledad;

y, él, Astro-Humano, entró en su plenitud.

Y, Henri-Frédéric Amiel, fué eso: el Solitario;

el Enigma-Meditativo, en el bosque taciturno;

la fuente del Encanto, brota de su corazón desolado, y llega hasta nosotros después de haber retratado el silencio estupefacto de sus grandes paisajes interiores, llenos de una majestad druídica, obscurecidos por las alas de Dios, que pesa sobre ellos, con una pesadumbre de Fatalidad;

porque a causa de eso, Amiel no fué el Solitario Absoluto, el Solitario Perfecto, porque se empeñó en tener el fantasma de Dios, por compañero;

y, por eso, su fastuosa soledad, tan llena de maravillas psíquicas, y de suntuosas decoraciones mentales, se asemejó mucho al estercolero reverberante de Idumea;

pero Amiel, más resignado que Job, no interrogaba a Dios, no osaba mirar frente a frente el terrible fantasma que se había creado, y, hacía el gesto de besar con tristeza la mano que le hería;

todo culto envilece;

y, el de la Divinidad, prostituye;

«no hay, sino una cosa necesaria, dijo Amiel, y es poseer a Dios»;

y, a ese aforismo consagró su Vida;

todas las cosas, pasaron ante sus ojos, entenebrecidas por la visión fatídica de Dios;

¿de dónde pues, viene el encanto de Amiel?

¿de su religiosidad?

no; ésa es su enfermedad;

su encanto, viene de su Sinceridad;

viene, de la Tristeza tenebrosa y dolorosa que llenó su corazón, y que él vertió sobre el mundo como una ánfora de lágrimas, impregnadas del perfume, que les dieron los cinamomos de la Meditación y los rosales del Ensueño, cuando pasaron bajo ellos, retratando sus ramajes;

viene, de ese coro de armonías interiores, que pasa por los parajes de su alma solitaria, haciendo cantar los lirios adolescentes, y los nenúfares, hospitalizados en la vaga quietud de las lagunas;

viene, de esos éxtasis visionarios, de esos diálogos íntimos, que pasan por sobre todas las cimas, y hacen sonreír todos los cielos...

viene de su diafanidad espiritual, que parece una transfusión, una dilución de su alma en la luz...

Amiel, fué un Pascal sin tempestades, un Rousseau sin lascivias, un Leopardi sin amarguras;

ni estos grandes prácticos de la Soledad, ni los grandes teóricos de ella, como Chateaubriand o Sénancour, dieron nada a sus meditaciones;

sólo Leopardi, le fué superior en su *Zibaldone*, porque aquel solitario, erudito y rencoroso, escribía sus angustias para Sí Mismo, sin temor de ver retratado sobre el lago de sus auto-confesiones, el rostro indiscreto de la Posteridad;

la fascinación tenebrosa de Leopardi, es superior a la suave y dulce fascinación de Amiel, porque del *Zibaldone* de Leopardi, están ausentes Dios, y el Hombre, mientras ellos llenan todo el «*Diario*» de Amiel.

Leopardi, no escribía en presencia de Dios, ni para ser leído por los hombres, porque sus notas, no estaban destinadas a la divinidad, ni a la publicidad ; él no desnudaba su alma ante los otros, como no habría desnudado su pobre cuerpo deforme del cual sentía vergüenza.

Amiel, escribía, como una cosa «agradable a Dios», y para «vivir la Vida Eterna, que es el fin y la felicidad suprema del filósofo, del artista, y del santo».

Amiel, creía en la Posteridad, y, apelaba a ella, como el Supremo Tribunal, que había de casar la Sentencia del Olvido, a que lo condenaron sus contemporáneos ;

se le ha comparado con frecuencia, a Maurice de Guerin ;

yo, no encuentro de común entre ellos, sino el lado de dilettantes ; el uno de la Poesía, y el otro de la Filosofía ;

porque eso fué Amiel, en todo : un dilettante.

Amiel, fué el virtuoso de la Melancolía, el músico exquisito de la Soledad, el trovador del Misterio ;

antes que él, *Obermann*, Maine de Birán, Juan Jacobo y *René*, habían cultivado esta zona triste de la auto-contemplación, tan llena de prestigios, y de peligros ;

pero, nadie antes que él, ni aun después de él,

ha sabido dar a este vago e indefinible Ensueño, un tan irresistible encanto, y una tan rara fascinación;

él, no inventó como Chateaubriand, «una nueva manera de ser triste», y antes bien, hizo de la suya, la más trágica, la más honda, la más bella manera de auto-visión melancólica que hayan visto los hombres;

aquel. «verse vivir», de que habló Heráclito, ¿quién con más amor lo practicó, que este Benedictino laico, dado al cultivo de sus jardines interiores?

fué el Kempis, de su propia Soledad, y toda la Biblia de la Meditación reside en él;

¿fué un Poeta?

su estilo de suaves ondulaciones, como de colinas muy lejanas, vistas en el crepúsculo;

los horizontes de su visión, límpidos en su tristeza luminosa, como alumbrados por un Sol de Otoño, que envolviera los campos todos, en una lluvia de oro;

la pureza diáfana de su pensamiento, desflorando el Silencio, como un temblor de ala;

su voz de fuente glauca, corriendo en las soledades taciturnas, privadas de todas sonoridades;

las rosas de su dialéctica, como nimbadas de un ámbar flúido, abriéndose en el fondo turbado de una decoración de ensueños;

la calma florescente de sus paisajes anímicos, con livideces metálicas de aguas fuertes, vivas aún sobre la plancha; acremente impresionistas;

la consoladora música de sus palabras, llenas sin embargo de una armonía desesperada, por

la cual pasa el soplo de un vértigo trágico, todo hace de él un Poeta ;

el Poeta de la Soledad ;

lo que llamó Nerval, el *negro sol* de la Melancolía, proyectó en su horizonte los rayos azafranados de su alucinación ;

los contornos sutiles del Ensueño, lo encantaban, y se complacía en mirarlos, en acariciarlos, con una voluptuosidad de sibarita ; con la más peligrosa y la más vehemente de las voluptuosidades ; la Voluptuosidad Intelectual ;

los follajes taciturnos de su alma, cubrían de tal manera los jardines íntimos de su meditación, que apenas se le veía bajo ellos, soñador exangüe, morir en brazos de sus sueños, coronados de rosas ;

no habla, sino se habla, en voz muy baja ; dialoga con su propio corazón, y sus palabras, bordonean como abejas enamoradas sobre un prado de jacintos ;

y, se ve, que un cielo interior, lleno de maravillas, presencia el vuelo de esas imágenes, suaves como el de una bandada de ánades, trazando curvas de ámbar, en el topacio de la tarde pálida ;

soñador crepuscular y tímido, atravesó el mar de sus quimeras, en el esquife de ópalo del Silencio, y al suave esfuerzo de sus remos, se poblaban de perlas las riberas ;

creía en Dios, con la pasión atribulada del que tiene miedo de perder el único compañero de su Soledad ;

y, para aliviar su corazón inquieto, ponía en él, el bálsamo de la Plegaria, y lo ungía muellemente con sus manos dolorosas y graves ;

el árido mal del Enojo, devoró su vida, y fué como un tábano prendido al corazón de una flor ;

sentía subir las grandes olas del Deseo, del fondo de su corazón, y los gritos de Job, salían de él ; un Job vencido, que ocultaba su lepra bajo el manto de oro de las margaritas en flor ;

en una vida tan estéril como la suya, la fuente de los recuerdos no murmura, y esa canción hace falta a ese jardín en duelo ;

tampoco canta el Amor, en su prado sin ternuras ;

¿fué que no se conmovió nunca, ante la arcilla, luminosa y extática, que es el cuerpo de una mujer?

sin embargo, la llama ardía en su corazón atormentado, y por eso estuvo privado de ese gesto de los dioses que se llama, la absoluta Serenidad ;

las tormentas de su ascetismo, se disolvieron en éxtasis, y lloró sobre su corazón, que no pudo hacer florecer jamás ;

tenía conciencia de haber faltado a su Destino, y eso lo torturaba ;

y, decía : «yo acabaré en la arena, como el Rhin ; mi pequeño hilo de agua desaparecerá sin ruido» ;

y, gemía : «¡ tantas promesas, para tan pequeño resultado !»

¿no sentís, en este grito, sollozar toda una Vida fracasada?

¿no soñó nunca con la gloria?

sí ; como todo Poeta ;

y, ¿por qué no realizó su sueño?

porque fué incapaz de todo esfuerzo ;

la incapacidad de la acción : tal fué su mal ;

la intraducción de Sí Mismo : tal fué su angustia ;

la lucha entre su potencia de Ideación, y su impotencia de Acción : tal fué su vida ;

y, la de este mutilado del Esfuerzo, fué de un trágico mudo, espantoso ;

una tragedia, sin peripecias, lentamente insonora ; la lucha de una alma contra la impotencia de actuar ;

vida, monótona en su Dolor, como el coro de un teatro griego ;

pero, esa su monotonía asoladora, no careció de grandeza y de profundidad, como un lago muy hondo, perdido en las montañas ;

poeta, su musa no le dió magnas alturas, sino para inmortalizar su vencimiento ;

solitario, que devoró su soledad, y fué devorado por ella, no escribió su «*Diario*» sino para dejar al mundo el boletín de sus derrotas ;

faltaron tempestades a su Vida ; por eso le faltó grandeza ;

ignoró el triunfo ;

pero, ¿cómo triunfar, si no luchó?

el laurel es amargo ;

y, esa amargura le faltó a sus labios ;

y, fué inconsolable, de no tener esa amargura ; todos sus combates fueron dentro de Sí Mismo, y contra Sí Mismo ;

en la penumbra de Sueño y Vida, que fué toda la historia de su alma, se reservó para un porvenir, que según su propia expresión, «no vino nunca» ;

estatificado en el Ensueño, no supo fecundar sino el rosal de su Melancolía;

y, apoyando su Vejez sobre su Soledad, como un pájaro en un junco florecido, se envolvió en su duelo, y murió sobre él;

la fascinación, que nos viene de la Obra de Amiel, radica toda en su enorme poder de irradiación y de atracción;

y, más que todo, en su Tristeza, esa Tristeza bella y seductora, como unos ojos de mujer;

¿quién de nosotros no ha vivido un momento la Vida interior de Amiel?

¿no hay en aquella alma, fluctuante y tenebrosa, muchos átomos del alma nuestra?

todos nos hemos detenido, siquiera sea un minuto, a la orilla del mismo Abismo, y hemos interrogado el mismo Misterio;

todos hemos besado un día, los labios mudos de la Esfinge;

y, ¿cuántos de nosotros, no hemos sentido que nuestra Vida como la de Amiel, se hace estéril a causa del Amor al Ideal?

el contagio de Amiel, como el de *Hamlet*, está en nosotros;

y, en el lago tenebroso de sus infinitas melancolías, ¿quién no ha visto flotar su propia Imagen?...

... ...
... ...
... ...

Tal vez, el más perfecto parangón de Amiel, sería con Sully-Prudhomme;

era, como él, armonioso y preciso;

tenía el gusto de la plasticidad verbal, y los es-

crúpulos leales de los que no han llegado a la libertad del Genio ; ese profundo y doloroso escrúpulo que les viene de la impotencia de toda violación, por exceso de respeto al Ideal ;

eran dos sensibilidades enfermizas, tan semejantes entre sí, que si leéis acotándolos «los *Grains de Mil*», o «*El Pensaroso*», de Amiel, y las «*Vaines Tendresses*» de Sully, os veréis obligados a confesar el más estrecho parentesco espiritual, la más amorosa fraternidad de almas, entre esos dos seres, poseídos de la misma debilidad moral, que los hizo inútiles para todo Esfuerzo Heroico ;

la misma sensibilidad morbosa, aguijoneada por la sed de la especulación filosófica ; el mismo don del análisis ;

buzos incansables, descendiendo eternamente, al fondo de su propia alma.

Sísifos infatigables, subiendo y bajando a los abismos de su corazón, cargados siempre con su misma pena ;

porque Amiel, fué eso, el disecador constante de sus sensaciones, el contemplador extático de su emotividad, oyendo las límpidas fuentes interiores, que manaban de lo más hondo de su corazón ;

esa sensibilidad de la conciencia, que le impedía la serenidad olímpica, lo hacía refugiarse en esa zona neutra, que se llama la Resignación ; playa de esclavos, tan lejos de las playas de consuelo, como de las de la desesperación ;

su corazón, era como un cristal sonoro, de una engañosa fragilidad ; cualquier soplo bastaba a obscurecerlo, pero nada lo rompía ;

buscaba la calma en el seno de la Naturaleza, porque no la halló nunca dentro de su propio seno ;

los paisajes tentadores de las cosas espirituales, lo obsesionaban, y las calmas acariciadoras de ultratumba, no alcanzaban a serenar su corazón, inquieto ante los huracanes del Misterio, y empeñado en ver mundos subsecuentes más allá del horizonte final de los sepulcros ;

su claustración fría, amablemente desdeñosa, su amor a las abstracciones metafísicas, lo hicieron inhábil para todo lo que no fuera mirar en el abismo misterioso del corazón, y seguir el vuelo de sus sueños, en horizontes donde sobre el ritmo blanco de las ideas, las lágrimas hacían un arcoiris de Esperanza ;

y, dispersó su alma, en las borrascas que pasaban a lo lejos ;

su grande alma, que tuvo la consistencia rítmica, de un gran dogma musical ;

no tuvo la Gloria ;

pero tuvo la prueba a que el destino somete los grandes inmortales : el Aislamiento ;

esos seres, son como las alondras ;

anuncian el Sol, pero no saben cantar ante él ;

su resplandor, las hace enmudecer ;

¿debemos compadecer esta existencia triste, grave, y calmada, que no tuvo las energías divinas del Amor, que no sufrió los espasmos convulsivos de la pasión, y que huyendo las borrascas del mundo, agonizó y murió sola, clavada en la cruz de su Ideal?

bástanos amar esa alma que palpita en sus libros, como un corazón roto que solloza aún ;

y, tristes como él, de la locura de vivir, abramos los ojos sobre las desiertas vías que recorrió este solitario extraño, que ocultó su dolor como una virginidad ;

y, oigamos en el fondo del nuestro, llorar su corazón.

PROSPER MÉRIMÉE

SUS CARTAS

Cuando un grande escritor, cargado de años y de gloria, desciende al sepulcro, como desaparece un Sol suntuoso en el incienso de oro del Crepúsculo;

un vasto silencio, piadoso, que diría ferviente, se hace en torno de él, como si la Envidia y el Odio, adormecidos por el perfume de Gloria que sube de esa tumba, yaciesen inertes, inmóviles las voraces mandíbulas y mudas las gargantas para el aullar siniestro;

y, no son ellos, quienes rompen el silencio de ese suave sueño sin voluptuosidades, que es la Muerte;

es el tropel gozoso de los apologistas, el que cae sobre esa tumba, como una nube de langostas sobre los jardines pacíficos que duermen bajo los cielos;

no se trata ya, de las canonizaciones oficiales que

llenan los jardines y los malecones de malas estatuas, estorbosas, veras efigies de seres insignificantes, merced a lo cual, no hay farmacista anónimo, falso filántropo ruidoso, o flebotomiano rural, que no alcance el beneficio de legar a los pósteros, la imagen de su Vanidad, alzada sobre un zócalo ;

las Municipalidades, y los gobiernos, son incansables, en eso de decretar bustos y estatuas ; y no hay gloria municipal, o burócrata arcaico, a quien no se decrete la inmortalidad, en cualquiera forma calcárea, o molde de *zinc* barato ;

y, el gesto enfático de los grandes dioses electorales, se perfila bajo el cielo, tendiendo su mano cual si pretendiesen aún, violar una urna, en su graciosa majestad de ídolos de *terra-cotta* ;

eso, encanta, a los herederos de los filántropos, droguistas, y veterinarios, estatuificados, pero entristece enormemente al Arte escultural, que estaba habituado a ver en el mármol, la carne de los dioses ; e indigna enormemente la Gloria, que había hecho del bronce, la arcilla divina para modelar el busto de los héroes :

no es de esa profanación necrófoba, que yo quiero hablar ;

hablo, de esa neomanía chacalesca que viene a husmear en las tumbas, hozando en ellas, para dispersar al viento los más íntimos secretos de un corazón que debía ser sagrado, en sus sueños sin vibraciones ;

hablo, de esa delación póstuma y cobarde, de los secretos de un hombre que no puede ya defen-

derse, ni contradecir, ni explicar la verdad de su pensamiento mutilado;

hablo, de la publicación de la *Correspondencia* de los grandes hombres desaparecidos;

¿quién, viviendo ellos, habría osado publicar esos secretos?

¿por qué muertos ellos, se adquiere ese derecho, para enriquecer herederos ávidos, editores sin escrúpulos, o amigos indelicados, que venden las confidencias de un muerto, como un espía vende las confidencias de un vivo?

el billete perfumado, que escribisteis a un ser muy querido, y que parece guardar aún, el perfume exquisito y raro de una bella mano de mujer, recién desnuda del guante;

aquel otro, en que fatigado de una ardiente noche de placer, con el nuevo día, enviasteis rendido de emociones, a la mujer vencida, que dormirá todavía en los terciopelos espléndidos de su reposo, envuelta en las penumbras del lecho, como un sol, tras de los cortinajes de la tarde;

la confidencia picaresca y pueril, que hicisteis a un amigo, recordando los ritmos heroicos de una bailarina semidesnuda;

el grito de desaliento que se escapó de vuestro pecho, y que fué derecho al corazón de un amigo, buscando en él refugio, ya que no era posible hallar consuelo;

la dulce mentira, que dijisteis, a una alma que ya no amabais, para pagar con ese engaño, la intensa y fugitiva ventura que os dió, cuando su carne desnuda se abrazó a la vuestra;

el grito de indignación, o de piedad, que un

triunfo inmerecido, os arrancó, y que enviasteis como una flor, a una pobre alma vencida ;

la abeja ática, que escapándose de vuestro corazón, fué a bordonear en el cristal de la risa, viendo el fatuo candor de ciertas libélulas de la celebridad, que creen dejar su nombre a los futuros, en las alas de talco de un mal verso, o en el tapiz maculado de sus prosas de libertos, con la misma ingenuidad infantil, con que las bailarinas creen fijar su gesto para la posteridad, mientras su recuerdo desaparece, cadenciosamente con las curvas de sus cuerpos, devorados por la sombra, en las penumbras del teatro ;

el billete que escribisteis al casero, excusándoos con él, de no poder satisfacer ese día, su voracidad de Minotauro ;

aquel, en que solicitasteis de un judío avaro, algo de oro, dándole en hipoteca, fragmentos de vuestro genio ;

las disputas con vuestros editores...

todos esos pequeños gestos de amor, de angustia, de naufragios, que deberían morir en la intimidad en que nacieron ;

un día, apenas cerréis los ojos, serán buscados, esculcados, catalogados, comentados y publicados, con el infame fin de enriqueer... vuestra gloria...

y, el pequeño grande hombre, que hay en todo escritor, aparece, al lado del verdadero grande hombre que ha sido, para hacerle sombra ;

la exhibición de esta gloria, en ropas menores, es una violación y un impudor ;

eso he pensado siempre, viendo publicada la *Correspondencia* de un gran escritor ;

y, eso pienso hoy, viendo mutilada, deformada, envilecida, para fines de Librería, la *Correspondencia de Prospér Mérimée;*

no que sea yo un merimeísta *enragé*, como hay tantos, ni que profese un culto, por aquel filósofo de antecámara, sofisticando en *robe de chambre*, sobre el seno de sus queridas descotadas;

no; pero me duele ese ultraje al autor de *Carmen* y de *Colomba;*

éste epicúreo de antesala, feliz de su domesticidad, no me seduce;

ese Sigisbeo del Segundo Imperio, *viveur*, y dicharachero, funcionario palatino, y académico pedante, no me atrae, a pesar de su prosa castigada, y de su espíritu sagaz de observador frío, con tendencias a psicólogo profesional;

¿que Prospér Mérimée es afectado?

¿que pasó por el mundo con una máscara, ocultando su ateísmo frívolo, bajo las apariencias de un Maestro de la Acción?

convenido;

pero, ¡qué enorme atractivo, el de este ironista lúcido, que hace de su intuición un escalpelo, para poner al desnudo, la Humana Bestialidad, que es la entraña del Hombre;

¿es un pesimista?

pas du tout;

es un cínico letrado, lleno de delicadezas, del cual se ignoraría el alma, si no la hubiera entregado en forma de cartas, a las mujeres a quienes entregó su cuerpo;

nada más lejos del Genio, que este hombre del Triunfo fácil, cuya mediocridad no exenta de

insolencias, hizo de la Fortuna, una cortesana, que lo indemnizó con sus favores, de ser él mismo un cortesano de la Fortuna de los otros.

Mérimée, era un Ideófilo, como Napoleón, era un Ideófobo ;

él, que fué el argucista entre el Ser y el Parecer, fué muy poco y pareció mucho ;

su impiedad, era en él un gesto hereditario ; le venía de raza ; su madre hacía ostentación de ella, y por eso, él no había sido bautizado ;

pero, esa su Incredulidad, no era el águila de Heráclito, que extiende sobre el hombre sus alas tenebrosas ; era una abeja zumbona, prendida en el rosal de la Ironía ;

llegado a la Negación, por el exceso de su sensibilidad, la incredulidad, no fué en él un don, sino una pasión ; la pasión de la venganza ;

curado de la virtud del Entusiasmo, no tuvo el alma bastante fuerte, para alzarse hasta el desdén, y permaneció siendo tierno, sin tener el valor de confesarlo ;

su vida fué una *pose ;*

¿ fué el desengaño, lo que lo hizo cruel?

tal vez...

quince años de un amor, traicionado al fin, agriaron su alma en vez de fortalecerla ;

eso prueba, una vez más, que su escepticismo fué una máscara ;

vividor indolente y lujoso, cortesano feliz y cortejado, fué un observador atento y despiadado, que para despreciar al hombre, no tuvo que mirar, sino dentro de Sí Mismo ;

él, practicó la rara y exquisita aristocracia, que

es la única racional y posible ; la de la Voluntad ;

y, la alzó con un grande orgullo, frente al fariseísmo moderno, tan rastreramente perverso ;

conociendo al Pueblo, no lo amó ;

ese rebaño, que no sabe enfurecerse sino para devorar sus salvadores, le inspiraba el justo desprecio, que en almas más elevadas, se disuelve en una acre y tempestuosa Piedad ;

decía, amar a César por sus vicios, y a Bismarck, por su talento ; y eso, porque tenía necesidad de disculpar sus servidumbres mentales, adornando sus ídolos, aunque fuese con flores cogidas en un estercolero ;

de los conductores de pueblos, él tenía la idea racional, que inspiran a todo hombre superior ;

él sabía, lo que son esos charlatanes mendaces, sin otra elocuencia que la del foete ;

y, sin embargo, el pequeño Napoleón, lo contó, no ya entre sus súbditos sino entre sus cortesanos ;

no creía en el Progreso, y hacía bien ; él veía acaso, que quitando la máscara a esta falsa Esfínge, se vería el mismo rostro del Hombre primitivo y bestial, privado de oropeles ;

no fué un calumniador del Hombre, pues, que lo mostró, como es en Sí : monstruoso y fatal ;

la llamada Civilización, no ha hecho mejor el monstruo, sino más astuto ;

¿qué tiene de extraño que Mérimée, que admiraba a Bismarck, admirara también a San Pablo, que fué una especie de Bismarck del charlatanismo, pero rudimentario, retrospectivo, y bárbaro?

esa admiración, debía llevarlo naturalmente

hasta Joseph de Maistre ; ese verdugo teórico, le debía ser muy grato, como un espécimen raro de la Crueldad Inerte.

Mérimée, no era ateo, por creer a Dios malo, como Stendhal, sino por creerlo inútil ;

se reía de las metafísicas, en lo cual hacía muy bien ;

y, creía en el despotismo de la Ciencia, en lo cual hacía muy mal ;

como todo libertino, fué a veces incurable de trivialidad ;

¿no veis, con qué escrúpulo, se ocupa de la higiene, y los cuidados íntimos del aseo en la mujer?

era superficial en asuntos de pasión, como todos los profesionales del amor ;

para ser un gran pensador, le faltó profundidad, tristeza de ánimo, y esa exquisita voluptuosidad del Dolor, que transfigura las almas ;

fué anti-poeta, por impotencia, y por imitación ;

su amistad con Stendhal, hizo de él un Stendhal, de contrabando, que degeneró luego en un Brantôme de los salones de las Tullerías ;

tuvo el culto de la frivolidad, y cultivó esos rosales, para desflorarlos en los encajes y las blondas de la Emperatriz Eugenia, y de sus damas de honor ;

envejeció, como había vivido, entre mujeres y entre enaguas, como un falderillo que supiese raciocinar ;

nada le faltó para eso, ni siquiera el collar, porque tuvo el de la Legión de Honor ;

abrumado de distinciones y de años, se refugió

en la muerte, sin fuerzas ya para reír, pero con valor bastante para no llorar ;

no vivirá acaso mucho como filósofo, pero vivirá siempre por el perfume de sus cartas y de sus libros, en el corazón de las mujeres, reclinado sobre el cual, se pasó toda su Vida ;

inmortalidad de un celaje sobre el monte, y del beso de una playa con el mar...

JOSEPH DE MAISTRE

CENTENARIOS

He aquí que ha tenido lugar la «Apoteosis del Verdugo» ;

¿del Verdugo? dije mal ;

del amigo del Verdugo ;

se es verdugo por profesión ; o verdugo por inclinación ;

el Conde Joseph de Maistre, a quien me refiero, era esto último ;

no tuvo la mano de un Verdugo ; tuvo simplemente el corazón ;

a falta de hacha, tuvo la pluma ;

y, no pudiendo decapitar los hombres, se encargó de decapitar brutalmente las ideas ;

piamontés rocalloso y rencoroso, lleno de anfractuosidades, tuvo por la Revolución Francesa, uno de esos odios, que a fuerza de ser vehementes, tienen el aspecto de ser nobles ;

la odiaba con el odio de un Diplomático, a quien no han pagado su sueldo, a causa de ella ;

y, ya sabemos que un diplomático, en ese caso, es capaz de todo, hasta de ser heroico ;

el Conde de Maistre, se hizo escritor ; y no sabiendo qué hacer de su librea de diplomático sin dietas, se hizo un uniforme de Granadero del Dicterio, y salió en campaña contra el Corso Aventurero, que infestaba la Europa, con el humo de sus batallas ;

y, el Conde escribió entre otras cosas : «*les Soirées de Saint-Pétersbourg*», libro brutal, no carente de elocuencia ;

el criterio del Conde, era expeditivo como el de un juez de su terruño que decía : *Moi je pends toujours et ne me trompe jamais* ;

y, el Conde ahorcaba mentalmente, todo lo que fuera liberal, y creía no equivocarse nunca ;

y, hacía bien ;

el hombre que cree que se equivoca, termina por equivocarse siempre ;

el Conde no tenía un gran talento, pero tenía el bastante, para saber, que no son los hombres de gran talento, los que gustan generalmente como escritores, y por eso escribía, seguro de gustar ;

¿contra qué escribía?

contra la Francia, y contra los franceses ; he ahí por qué los franceses han celebrado su centenario ;

no era un francés, pero mereció serlo. porque escribió contra la Francia, con el furor de un alemán ;

razón de sobra, para que los franceses, celebren el centenario, de aquel que escribió su lengua, sólo para insultar sus conquistas ;

porque la generosidad, es eso, olvidar la afrenta, y no perdonar jamás el beneficio ;

el Conde de Maistre, no tuvo, sino dos divinidades : la Guerra y el Verdugo ;

desde luego que creía en Dios, porque si no, ¿cómo iba a amar estas otras dos divinidades subalternas?

él declaraba, que la Guerra, «es divina», y que la «institución del Verdugo, es de origen divino» ;

ni más ni menos, que como la de los reyes ;

y, nadie defendió estas dos ideas con más calor, que el Conde Joseph de Maistre ;

pero, hay que hacer una justicia al feroz defensor de estas dos bellas instituciones sociales ;

¡ él, glorificó la Guerra ! pero no fué nunca a ella ;

defendió con gran calor el cadalso ; pero no estuvo nunca condenado a muerte ;

eso da a sus ideas, cierto tinte de desinterés encantador, como todos los desintereses de la vida ;

tiene además su forma heroica ;

poque eso de alabar instituciones que no nos amenazan, es siempre heroico ;

y, el Heroísmo como la Providencia, tiene senderos ocultos a las miradas de los hombres ;

he ahí, por qué la Francia, ha celebrado el centenario de Joseph de Maistre ; y Monsieur Emilio Faguet, de la Academia Francesa, ha hecho su apología ;

esta frecuencia irrazonada de celebrar los centenarios, debe ser un gran consuelo, para los que aspiran a esa revancha póstuma ;

y, es, que la vida, se ha hecho de tal manera in-

soportable, que los hombres, ya no celebran en esos centenarios, sino el heroísmo de haber nacido ;

he ahí por dónde, todos resultamos héroes sin saberlo...

como el hombre de Molière.

LEON TOLSTOI

SU OBRA

La Teatralidad, es inseparable de ciertas actitudes;

y, la Teatralidad, hace dudar siempre de la Sinceridad;

tal sucede con Tolstoi;

esta alma de Profeta chino, enamorada por igual de la Notoriedad y de la Soledad, y que buscando siempre la última, lo hizo de modo de exasperar terriblemente la primera, es desconcertante y enigmática, en su aparente y luminosa Simplicidad;

este dios Pan de los desiertos rusos, este *Cakya Mouni* de la estepa, fugitivo de la ermita familiar, es complicado como todos los problemas de la fisiología, que un largo y pertinaz esfuerzo de espiritualidad, ha logrado descentralizar de su radio de acción, colocándolo en las movedizas y falsas perspectivas de la Metafísica, y de la Ética;

la asumalidad, es decir la humanidad, que es

la forma verdadera e invariable, por la cual se puede científicamente explicar y clasificar ese problema fisiológico llamado el Hombre, se había de tal manera extraviado, desvirtuado, en Tolstoi, por un esfuerzo violento y antinatural hacia la Idealidad, que como siempre que se contraría la Naturaleza humana buscando la perfección fuera de ella, el análisis queda perplejo, ante estos seres desperfeccionados por sed de Perfección, los cuales realizan inconscientemente el decir profundo de Pascal : *qui veut faire l'Ange, fait la bête ;*

este tártaro fenomenal y teatral ;

¿era un Reformador?

¿era un Pensador?

¿era un Cómico?

para Reformador, le faltó la novedad ;

para Pensador, le faltó la profundidad ;

para Cómico, le faltaban elegancia y agilidad ;

su doctrina era simple como un versículo de la *Biblia ;*

su Pensamiento, ligero como un pájaro ;

su comicidad, candorosa, como la de todo cómico oriental ;

sus gestos, eran pesados, como los de un oso ;

su alma, cándida como una paloma ;

su corazón, triste como una mariposa de Melancolía ;

porque lo que caracteriza la Obra de Tolstoi es eso, una gran tristeza ;

y, ése es su mayor, si no su solo elemento de Belleza ;

una Tristeza enorme, como la de un horizonte polar.

Tolstoi, no fué el alma rusa; Tolstoi, fué el alma tártara;

todo el Desierto estaba en él; fué el desierto en acción;

la Estepa en marcha;

¿hacia la Civilización?

no;

contra la Civilización.

Tolstoi, no fué la síntesis del Espíritu ruso; el ruso está más cerca del espíritu civilizado.

Tolstoi, fué el alma mongólica; fué un gran chino inconsolable;

¿no veis en él, la infantilidad, la falta absoluta de profundidad, que son los distintivos del Arte chino?

y, luego, aquel concepto de la Fatalidad, tan eminentemente faquirino;

toda el Asia estaba en Tolstoi; enorme, soñadora, y brumosa;

su sueño, era un sueño oriental, batido por huracanes de Occidente, que lo exasperaban, sin destruirlo, y, sin lograr embellecerlo;

era el sueño de un *Moujik*, que hubiese leído a Juan Jacobo Rousseau;

era ingenuo, como todos los primitivos, y escabroso, como todos los ingenuos;

rudo y cándido, como todo bárbaro, porque se conservó siempre bárbaro hasta la medula de los huesos: bárbaro su Evangelio, bárbaro su acento, bárbaro su estilo, bárbaro su pensamiento, bárbaro su concepto del Arte, por no decir, su furor terrible contra el Arte;

heroica alma de bárbaro, con osatura de cosaco,

embellecida, y endulzada por el sueño de la vaga poesía de un *Faquir*, que hubiese oído en la soledad de la Noche, los ecos de una música de Wágner, escapada de Bayreuth ;

así llegaban a él, los ecos de la Belleza : confusos, lejanos, incomprensibles, para sus rudos oídos de mongol ;

el alma y el pensamiento de Tolstoi, no entraron nunca en la civilización, y por más que en ocasiones llegaran hasta abrevar en las cabeceras de sus torrentes mentales... quedaron siempre al lado allá del Cáucaso, en pleno sueño asiático ;

su alma sacerdotal y patriarcal, no hizo nunca el viaje mental de la Grecia, y este filósofo embrionario y rústico, no soñó nunca con la conquista de Atenas, ni con hacerse coronar con rosas de Arcadia, en los jardines de Academo ;

fué el Antípoda del Genio Griego, hecho de ironía, de gracia y ligereza ;

ni un átomo de la concisión, de la elegancia, de la armonía del espíritu latino, había en él ;

algo de vulgaridad alemana, y brusco *humour* inglés, atravesaban su pensamiento, pero no constituyeron nunca modalidades, ni vicios de su temperamento de escritor ;

permaneció el oriental taciturno y hosco ; víctima de una fantasía enfermiza, de monje alucinado ;

tal vez, después de la de Pascal, no ha habido una alma, más trágica y más atormentada que la suya ;

tal vez el Tasso...

tal vez Leopardi...

pero, ¿cómo comparar esas dos grandes fuentes de lirismo latino, con aquel *Ganges* de Desolación, atravesando los desiertos, sordo a toda armonía, aun a la lejana armonía de las estrellas?...

más que el enemigo de la civilización, fué su prisionero;

un prisionero lleno de arrebatos de rebeldía, que lo llamaban desesperadamente hacia la Soledad;

este Prometeo con blusa, tenía el alma solitaria; y la sociedad era la roca, atado a la cual, sentía que el buitre de la Civilización, le desgarraba las entrañas...

la orgía de sus lamentos, llena el mismo ámbito que escuchó los gritos del Rebelde contra Jove Capitolino, y el mismo clamor de Justicia, llena el mismo espacio de la Tierra;

al través de una espesa procesión de siglos, la misma cadena de montañas, escuchó en la misma soledad, el mismo grito;

una sola pasión, la pasión de la Justicia, fué la Epopeya de aquel hombre, a cuyo paso, se sintió en el desierto como una cadencia de legiones...

ese Homero tártaro, ensayó todos los géneros de la Profética, queriendo subir por ellos, hasta la cima donde duerme el rayo, que era la codicia de sus manos;

en un Poema épico, lleno del Absoluto del Dolor, su Musa sin lirismos, expandió su verbo lleno de abruptuosidades visionarias, y lo fatigó en cantar, no las batallas de los dioses, sino una Gigantomaquia de jayanes;

¿por qué escribió novelas este San Pablo ruso,

en el cual parecía reencarnada el alma violenta y Apostólica, del Visionario de Damasco?...

escribió novelas, como sus antecesores los de Atila, montaban a caballo;

porque ese era el mejor vehículo, para ir a la conquista del mundo;

¿cómo este hombre, tan ferozmente enconado contra las artes, ensayó hacer cosas de Arte?...

¿recordáis su famosa requisitoria a ese respecto?

nunca la Suprema Belleza fué más brutalmente abofeteada que por las manos de ese bonzo epiléptico, lleno de una salvaje cólera;

¿recordáis la *Respuesta* de Zar Péladan? se diría el diálogo de un Mago y de un Juglar, a las puertas de un templo de Bizancio;

filósofo infantil, su elocuencia de falansterio, tenía mucho de charlatanismo; pero un charlatanismo sincero, no exento de grandeza... ni de sofisma...;

por momentos, se diría que su voz sonaba en un *carrefour* de Alejandría, entre un corro de esclavos y de sofistas;

su grito, que era como un huracán de la llanura en una selva de pinos, tenía a veces graves sonoridades musicales, de esas que tienen las selvas, cuando el dolor de las tardes canta en ellas...

su verbo, encrespado y guijarroso, está más cerca de las rudezas alpestres de Joseph de Maistre que de las dulzuras exquisitas de Bonald;

fué demasiado puro, para semejarse a Rousseau; y tuvo demasiado el respeto de su pensamiento, para ser comparado con aquél;

escritor de más valor, que valer, acaso extrajo gran parte de su valer, del exceso de su valor;

¿creéis que si no hubiera sido ruso, y escrito sus grandes llamadas a la Justicia, en las tierras de la Autocracia, habría hallado la mitad de su nombradía?

¿artista?

¿qué culpa tuvo si su mentalidad de escita no lo hizo bastante comprensivo de ciertos matices y ciertos fenómenos del Arte y de la Civilización?

como era un Sentimental, y no un Sensitivo, las bellezas del Arte, no hallaron en él un terreno vibratorio bastante a despertar su sensibilidad selvática, ajena a todo lo que no fuera los cielos de la contemplación; porque su naturaleza era ésa: la de un asceta impetuoso, ajeno a toda otra voluptuosidad, que no fuera la de su Ensueño;

fatalista, de un fatalismo seudo cristiano, propio a consolar el alma de esas razas vencidas, porque no han sido nunca libres;

su actitud profesoral y altanera de Apóstol, tuvo nobles gestos trágicos, dignos de impresionar por su grandeza, el corazón de estos pueblos occidentales, fatigados y desilusionados de los gestos sin fausto, y las palabras sin sonoridad, de esta época crepuscular y bizantina, tan semejante a la decadencia, y que parece anunciadora de una próxima extinción, lo cual sociológicamente hablando, quiere decir de una Renovación;

predicó la paz, con acentos de batallas, y habló del amor, con una voz en que tremaban todos los gritos del Odio, apenas asordinados, por una vaga Piedad Apostólica, que le subía del fondo de las en-

trañas, y llegaba lentamente, tardamente, hasta su corazón ;

era asceta, más por temperamento, que por virtud ; nació con sayal ;

su voz, alzada en el Desierto, no adquirió todo el diapasón de su sonoridad, sino cuando a sus gestos litúrgicos, añadió los acentos de la Plegaria ;

entonces llegó al más alto grado de Pureza y de Fuerza, que voz y Pensamiento de Hombre, hayan podido alcanzar sobre la fatal miseria de las cosas, y sobre las soledades de la tierra ;

fué un bello ejemplar de Humanidad ;

fué uno de esos hombres portentosos y luminosos, que el Destino suele colocar a veces, sobre la roca escarpada de los siglos, para iluminar con sus ternuras, el viaje misterioso de los hombres hacia la Nada ; el solo Hombre, que después de Hugo, hayá merecido ser llamado : un *Hombre-Faro ;*

murió buscando la Soledad ; extraviado en la propia noche de su alma, tanteando en las tinieblas, para buscar sobre el muro negro, la puerta de la celda donde quería entrar con su dolor ;

eso fué su vida ; un largo extravío en el mundo ;

y, su último gesto, fué un gesto de horror hacia ese mundo, que lo perseguía con sus aplausos ;

murió como un bárbaro, huyendo de la Civilización, que no había podido anonadar ;

y expiró, como un anacoreta, a quien han murado la puerta de su cueva ;

tendiendo sus brazos hacia la Soledad ;

¡ noble y triste Moisés asiático, en el candor de cuya barba fluvial, se anidaron todos los sueños del nihilismo !

su figura pánnida de Demiurgo, se alzará siempre en los campos de Yiasnaïa Poliana, como la de una Divinidad, amable y paternal, como la estatua de un dios fluvial, padre de un río de mansedumbres a veces huracanado y rugidor ;

y, esa figura, despertará siempre el resepeto, aun de aquellos que no quieran darle su admiración ;

los siglos, le disputarán su gloria de Reformador, su talla de Pensador, su derecho a ser llamado : un Artista ;

pero, lo que nadie le disputará, es su gloria de *Santo* :

porque eso fué él ;

ese tipo de mentalidad incompleta y morbosa, grande por su exaltación ;

ese producto de civilizaciones inferiores, nacido en el seno de todas las razas esclavas, y de todos los pueblos primitivos : un Santo :

FRÉDERIC NIETZSCHE

EL CRUCIFICADO

¿Cuándo se acabará esta carrera de búfalos por sobre un prado de rosas?

¿cuándo cesará el encarnizamiento idiota de estos Minotauros de Museo, invadiendo el templo de la Gloria, para patalear sobre el silencio de las grandes tumbas?

la raza lombrosiana, es inagotable e implacable, tiene una vitalidad de cucurbitácea, y una fecundidad parasitaria;

esa secta rencorosa y mendaz, que por no tener genio se encarga de calumniar el de los otros, no deja pasar un día, en que no nos regale con un *Sabio*, encargado de decapitar un Genio;

no se trata ya de la inocente manía gramatical de los críticos literarios, relegados ahora a la humilde condición de pinches, en ese banquete que la envidia sirve a las bajas pasiones de los otros;

se trata de la manía *científica* de los deshereda-

dos de la mentalidad, empeñados en encontrar un loco, dondequiera que hallan un Genio ; y que tristes de no poder enloquecer, se encargan de lapidar esa locura ;

ahora, toca su turno al doctor Fulster, de la Universidad de Heidelberg, con su nuevo libro : El *Neo-Cinismo de Nietzsche ;*

hasta ahí, se diría el título de un libro de filósofo aburrido, empeñado en ir río arriba de los sistemas filosóficos, más allá de Sócrates y de Calístenes ;

pero, el maníaco tonto, no tarda en aparecer en el subtítulo, inflado de ese soplo de falsa ciencia, con que el maxnordanismo imperante, ha inflado todos los *ratés* de la celebridad, y nos espeta su ex abrupto clínico, oliente a yodoformo en esta fórmula : «como caso de Degeneración Patológica» ;

son atroces estos sabios de *papier mâché*, en su deseo de envilecer el Genio, queriendo anatomizarlo ;

no seguiré yo al airado pedagogo, por el laberinto de su libro, donde las palabras son más obscuras aún que las ideas, y la Misericordia, no viene un momento a aquellos labios encargados de insultar la Gloria ;

con deciros que el universitario de Heidelberg, es católico, renuncio a deciros si será implacable, y de un rencor inepto ;

me quedo con la sombra lapidada de Nietzsche, ¿para consolarla?

no ;

para contemplarla, más bella aún bajo la lapidación anafrodita;

cierro el libro difamador, que tiembla en mis manos coléricas, y miro la sombra augusta;

ya había yo leído en muchos autores, y entre otros en el holandés, Moevius, eso de la degeneración de Nietzsche;

¿sabéis en qué descubre éste, síntomas de degeneración en el Gran Filósofo?... en que tuvo las orejas pequeñas...

¿cuál sería, según ese concepto, el animal más inteligente del mundo?; aquel que asoma sus orejas formidables sobre la frente de Moevius, y habla como su venerable antecesora, la burra de Balaam, en el libro del doctor Fulster;

miremos a Nietzsche, fijamente, tenazmente, en espera de que su gran locura, caiga un día sobre el cerebro del mundo para salvarlo;

poeta, músico, soñador, enamorado de formas vagas, y errantes armonías;

era, como todos los espíritus, muy altos y muy delicados, incapaz para la acción, y por eso se refugió en el Ensueño quimérico, luminoso, y tenaz;

y, fué a causa de ser un débil, que ejerció el apostolado de la Fuerza;

amó todas las formas de la Belleza, hablada, escrita, y vivida; los grandes pensamientos, las grandes prosas, las grandes maneras, y como todos los Espíritus Supremos, amó todas las elegancias;

¿cómo, ser un gran artista sin ser un gran aristócrata mental?

nuestras democracias mestizas, son muy celo-

sas de esta palabra, porque no comprenden otra aristocracia que la más absurda de todas : la aristocracia de la sangre ; es decir, la aristocracia del virus ;

pero, la aristocracia en que creía Nietzsche, y en la cual han creído todos los grandes pensadores, es la aristocracia mental ; esa misma en que creía Mérimée, y que proclamó Renán, en sus *Diálogos Filosóficos ;*

tenía la gran concepción aristocrática de la Historia, a saber : que las civilizaciones no son la obra de los pueblos, o de las razas, sino de un núcleo de hombres, es decir, de una aristocracia mental que las produce ;

por ese lado, colinda con Spencer ; y si un bajo sofista como Taine, puede compararse con un filósofo, se diría que colinda con él ;

clown y semidiós, al mismo tiempo, su bufonería triste, espanta, como su grandeza semidivina ;

nada hay más doloroso que el rostro de aquel payaso, en cuyas mejillas, las lágrimas hacen un surco tan hondo, que se diría, un río de lava, arando los flancos de un volcán.

Pierrot, crucificado y furioso, que hace muecas de risa por no estallar en sollozos ;

¿que su dolor fué individualista? sí, pero humano, tan humano. que su individualismo herido manó la sangre de todos nuestros corazones, y su dolor fué, nuestro propio dolor.

Diógenes-Proteo, cantor bufo y grave al mismo tiempo, tuvo la cabeza de águila, la cola de pavo, y el corazón de paloma ;

¿cantó? yo no sé alemán, pero si eso es cantar, ¿qué hacen entonces los cuervos?

un poeta traducido, es un poeta crucificado;

¿lírico?; en el más alto grado del lirismo homérico;

¿bíblico?; es el hermano gemelo de Ezequiel; el mismo cinismo asqueroso y divino los posee;

desconcertante en su proteiformismo simultáneo;

¿lo veis de ese lado?; es un tigre dando saltos en un zarzal incendiado;

¿lo veis ahora?; es un mono que hace visajes, prendido a la cola de un cometa;

enorme... ¿no lo veis que semeja el más alto dinosauro?; os va a saltar encima; y a aplastaros;

¿por qué se hace ahora tan pequeño? parece un insecto dormido en una flor;

¡qué ferocidad!; no hay mandíbulas de león, ni garras de pantera comparables a un apotegma suyo;

¡qué dulzura!; una abeja prendida al corazón de una paloma; ¿no oís sus ditirambos?;

¡qué soberbia elocuencia!; ¿no oís a *Zaratustra?*: es la tempestad que pasa;

¿qué es «Brand» junto a él? es el Hombre;

pero *Zaratustra* es el dios que sueña;

¿cómo pueden unirse el ingenio y la fuerza? caso raro;

ingenio y genio se excluyen;

y, sin embargo, en Nietzsche hay de ambos, pero sólo existe el ingenio allí donde no pone Genio;

nocturno y auroreal, profundo y claro; ¡cómo es bella la luz que brota de sus tinieblas!; ¡cómo es

clara y pura la fuente que se escapa de ese pozo de obscuridades y corre por el valle florecido!...

tenebroso es, como Heráclito, y sin embargo tiene a veces la cáustica simplicidad de Voltaire;

su epigrama, es un escarabajo de oro, mortal como el áspid de Cleopatra; no es la abeja de Anfiloquio, es la flecha de un salvaje; silba y mata;

él, no anda por las cimas, sino que vuela sobre ellas;

por eso, es tan mal conductor; porque el rebaño no tiene alas;

es, un vértigo de nubes en derrota;

¿cómo seguiréis ese huracán?; os hace señas con las enormes puntas de sus alas, y os muestra los abismos;

pero, no podéis ni abordarlo ni abordarlos;

cerráis los ojos, poseídos de espanto, y cuando los abrís, lo veis hecho un corderillo que juega a vuestras plantas;

a veces, se hace inconmensurable e indescifrable; ¿qué montruo es ése?

esperando que la Tetarología hable, lo veis convertirse suavemente, mansamente, en algo cándido, perfumado, tenue; se diría un lirio que duerme;

¿artista? sí; titánico, hecho a trabajar con bloques del Cáucaso; Miguel Angel lo habría llamado su hijo; cada frase suya es una cúpula gematizada de astros; su cantera está en el Sol;

no se le puede sondear, ni se le puede alcanzar; penetra en todos los abismos, y se pierde en todos los cielos;

su ubicuidad milagrosa, tiene del taladro y del ala ;

os habla a veces, y no podríais decir de dónde viene su voz ; ¿del cielo? ¿del abismo?... ¡ callad !... es el trueno... ¿ no escucháis cómo ese trueno se hace lentamente, dulce y musical? ; expira como un beso de madre, sobre una frente pensativa ;

¿ sugestivo? sí, de una sugestión desesperante, que os da siempre la sed de agotarlo ;

ha sido el más audaz buscador de la Verdad, que se haya visto nunca cruzar por los horizontes afanosos del pensamiento ;

como un minero, la buscó en las entrañas de la Vida ;

como un astrólogo ; fué a caza de ella, por las soledades del cielo ;

la Verdad... la Verdad... siempre la Verdad... y no la vió nunca ;

¿ es que la ha visto hombre alguno sobre la Tierra?

¿ por qué creyó éste ser privilegiado en la Verdad?

exceso de Sol en las pupilas ;

el oleaje del pensamiento, sube y sube en aquel cerebro, y cuando desciende, deja en descubierto un Sol dormido sobre una cumbre ;

cada ascensión vertiginosa suya, es para dar caza a un astro ;

su arco se apoya en los dos polos, y flechea a Dios ;

no queráis saber nada de la vida de este hombre, os dirán que fué un loco triste, que predicó

un Evangelio Nuevo por las selvas de Germania, cerca a los lagos de Suiza, y a los rientes mares itálicos ;

loco triste como Jesús, y colérico como Ezequiel ;

que, como todos los predestinados y grandes sensitivos, amó la soledad, y vivió en ella ;

que, no amó la Mujer, y no fué el esclavo de su sexo ;

lo calumniarán hablando de su amor por Wagner, como calumniaron a Wagner, hablando de su amor por Luis II de Baviera, el rey Silfo del Ensueño ;

contra el Genio, siempre hay razón ;

el mundo condesciende en admirar a un Genio, a condición de poder achacarle un vicio tan grande como su genio ;

¿quién robó la capa a Esquilo, en los suburbios de Atenas? un efebo seducido por él ;

y Sófocles, ¿qué uso hizo de aquella belleza adolescente, que encantó los ojos de los atenienses, mostrándose desnuda en las carreras de Nemea?

¡abominación!

Shakespeare ¿no fué el amante de Lord Southampton?

¿Fidias? lo mismo, y además corredor de mujeres.

¿Sócrates, no ha dejado su nombre al amor de los adolescentes?.

Ruskín, ¿recordáis la causa atribuída a la anulación de su matrimonio? defecto orgánico, dicen ;

porque este dulce y colérico Nietzsche, no fué un ente vulgar con alma de carretero, pronta a las ternuras maritales, no se esclavizó al amor, y no se llenó de hijos, y no exhibió una querida como un apéndice, grato a los ojos de sus amigos, y no quiso de las mujeres de los otros, despreciando el seducirlas, os dirán que no amaba el amor, ni la mujer, y peores cosas os dirán también ;

¿qué puede eso contra la gloria de Nietzsche? lo que pudo contra la de Esquilo y la de Shakespeare, contra la de Beaumarchais, y la de Ruskín ;

nada ;

inclemente como toda cima no profanada por el fiemo de los rebaños, y que sólo presta la crinera de sus rocas a la caricia alada de las águilas, provocó y gustó la soledad, esa prueba definitiva del Genio ;

la soledad de Lucrecio, de Dante, de Leopardi, de todos los enormes farallones que las nubes del Olvido, ocultan a su tiempo, y sólo el sol lejano de los siglos ilumina después, cuando los cadáveres de sus contemporáneos, se han podrido para abonar el árbol de su Gloria ;

porque fué imperioso, y orgulloso, os dirán que es odioso ;

todo escritor de fuerza es odioso a la debilidad mental de los mediocres ;

antipático, dicen ;

la simpatía... he ahí una virtud de la cual el Genio, ha carecido siempre... como el Mar ;

¿habéis oído decir a alguien, el simpático océano?

¿cuando ha pasado una tempestad, ¿habéis oído

decir a alguno, el simpático rayo que fulminó la encina? ;

¿creéis que las aves de corral encuentran simpática el águila, cuando vuela sobre ellas con las garras recogidas como un escudo, proyectando la cruz de sus alas sobre la tierra? ;

simpático león... he ahí, lo que no han dicho los rebaños todavía ;

ni los hombres han dicho : el simpático Esquilo, el simpático Dante, el simpático Nietzsche ;

la espuma de estos corceles del Apocalipsis, espumeantes y piafantes, asusta a la apacible yeguada de los mediocres, que se hacen a un lado, gritando : — ¡ cuidado !... ahí va un loco ;

y, suspiran diciendo para sí :—¡ ay ! ¡ quién pudiera enloquecer como él... de esa divina locura que se llama el Genio ! ;

pero, la Nauraleza es avara, en eso de escoger sus locos ;

si sois hombres superiores, inclinaos cuando pasa uno de esos sagrados dementes ;

el único dios posible va encarnado en él.

Nietzsche, fué así ;

luminoso, como un crepúsculo africano ;

profundo, como una selva asiática ;

lleno de risas y de misterios ; Sumo Sacerdote y *clown*, todo por Sacrificio y por Amor, este Mono-Esfinge, os mostrará de un lado de su rotro a Aristófanes, y del otro, a Esquilo ;

sus ditirambos os recuerdan, los ditirambos órficos ;

y, en algunos de sus apotegmas, ¿no veis la obscenidad sacerdotal de Aristófanes? ;

su genio, habría podido hacer *Los Persas* y *Los Etiopidas*, y firmar *Lisistrata* y *Las Nubes;*

su *Zaratustra*, no es inferior a *Prometeo*, tal vez le es superior, por el amargo desdén de su misión, que no tuvo el otro;

cuando en las riberas de la Engadina, veis a Nietzsche, saltando y riendo sólo, como lleno de una apolínea infancia, ¿no os parece que oye la voz del mar que dice a Prometeo; «parecer loco es el secreto del Sabio»?

el secreto de esa locura, lo buscan siempre los exegetas de la Infamia; y terminan por hallarlo en el estercolero de su propio corazón;

porque Nietzsche dijo: «¿vais a casa de una mujer? no olvidéis el foete»;

por eso, todos los exegetas que tienen alma de mujer lo azotan con ese foete;

y, eso recuerda, la manera como los *souteneurs* hacen respetar en París, a sus mujeres; apuñaleando al pasante que no quiere seguirlas;

así los apaches de cierta crítica, tratan a los grandes escritores, que han dicho alguna palabra contra su Idolo;

¿no habéis visto, como la Imbecilidad cascabelera, explica el Misogenismo de Schopenhauer y su *Fémina Caviat?;*

por la *avarie;*

según ellos, el filósofo de Francfort, no era sino un averiado de... Brieux...;

¿sus teorías ascéticas? falta del 606;

pero confesemos, que eso de llegar averiado hasta los setenta y dos años de edad, y morir de apoplejía, es un *avarie* bien rara, capaz de desconcer-

tar al más emperejilado beocio, de la tribu Lombrosiana ;

escribid libros, sostened teorías, fundad sistemas, para que cualquier ayudante de farmacia venga un día a diagnosticar vuestro genio ;

desde el día, en que Lombroso y Max Nordau, herederos bastardos de Martín de Tours, para vengarse de no tener genio, establecieron esta Clínica de la Envidia contra él, no hay mequetrefe de trastienda que no aspire a diagnosticarlo ;

convengamos con los curas y los idiotas, en que Nietzsche, era loco desde antes de nacer, pero a condición de convenir, en que ninguno de los que han nacido con juicio, ha sido igual en belleza mental a él ;

yo estoy con este loco, que amó la distinción física o intelectual, con una pasión de aristocracia espiritual, digna de un Genio ;

eso disgusta al canallaje mental de los zarrapastrosos del pensamiento, pero, ¿qué queréis? lo primero a que renuncia un Hombre Superior, es al sufragio de los lacayos ; lo contrario equivaldría a arrodillarse ante sus botas y adorarlas ;

yo, amo aquel que despreció la Vanidad, porque tenía Orgullo ;

la Vanidad, es pasión africana, y él era el *hiperbóreo ;*

que condenó la Piedad, porque como toda alma delicada, no la necesitó jamás ;

que buscó la Verdad, con una indiscreción brutal, que era como una violación a la Esfinge, que se resistía a entregarse ;

que negó a Dios, por medida de *decencia,* por

no encontrarlo en todas partes, hasta allí donde por aseo no debía estar;

que tuvo el orgullo de los elegidos, y el egoísmo exuberante de aquellos, muy pocos, que saben tener un *Yo;*

que amó la Soledad, como el preservativo de toda infame promiscuidad;

que tuvo la serenidad del que vive en las cimas, y la profundidad del que ha sondeado los abismos;

porque fué un espíritu libre, y un corazón aprisionado en el Dolor;

porque fué el alma más rara, más profunda y más dolorosa, que hayan visto los hombres de los últimos tiempos;

porque, lo que se llamó su Cinismo, no fué sino esa heroica y proscrita virtud, de la Sinceridad;

porque fué una voluntad viril, contra la cual se rompió el Destino, sin romperlo...;

porque al resucitar, el Mito del Super-Hombre, se encarnó en él;

porque podrá ser siempre el espanto de los necios, pero no será nunca el dios de los mediocres; por eso lo amo;

su Ateísmo;

su Amoralismo;

su Neo-Cinismo...;

gestos de su personalismo, de su autoctonismo; lo contrario del pecorismo imperante por el mundo;

¿un raro? seguro, puesto que era un Genio;

¿excéntrico? así se llama la Fuerza, que huye del laberinto de la vulgaridad;

su avidez de Indagador, consumió su Vida; lo quemó la pasión de la Verdad;

ése fué su Error, él creyó en la Verdad... y le dió su vida ;

me diréis que otros hemos creído en la Libertad y le hemos dado la nuestra ;

sea ;

cada uno tiene el derecho de deshojar su vida como una rosa, ante un altar querido ;

perderla, pero no envilecerla ;

la más grande pasión de Nietzsche, después del amor por la Verdad, fué el Odio contra su Patria ; odio violento, en el cual eclipsó a Heine, que es decir mucho ; y superó a Schopenhauer, que es decirlo todo ;

el Mito sangriento, no lo devoró, pero lo hizo llorar amargamente ;

ésa fué otra debilidad suya ;

insultar la Patria, es ya una forma de amarla ;

despreciarla, es la única forma que el Genio encuentra para libertarse de ella ;

el Olvido, he ahí, el único ácido que corroe y rompe la cadena miserable ;

sin Dios, sin Patria, sin Hogar ;

así vivió Nietzsche ;

y, no pudo morir así ;

el Minotauro de su patria, devoró su cadáver ;

el Manicomio de Wéimar, donde agonizó y murió, ¿no era una prisión? ;

un Genio, no es nunca un ciudadano de su Patria, es siempre un proscrito, o un prisionero de ella ;

y, de todas las prisiones, tal vez la más odiosa es aquella que nos vió nacer.

GABRIELE D'ANNUNZIO

FEDRA

El talento, puede tener críticos; el Genio, no tiene sino adversarios;

¿recordáis aquellas tempestades de cóleras que el teatro romántico de Hugo, despertó en 1830?

¿no os parece ver aún prendido a las piernas del Coloso, a ese Cuasimodo de la Envidia, a ese mimo de la mediocridad, que era Sainte-Beuve, empeñado en estorbar con sus brazos la marcha victoriosa del León?

nada iguala al horror que por la grandeza, sienten las multitudes, y, los espíritus inconsolables de todos los fracasados que las guían;

¿quién igual a aquel creador de Belleza, aquel gran Evocador del Alma antigua, aquel Supremo Exaltador de la Vida, cada uno de cuyos gestos, es un ritmo de Meditación y de Armonía, y, cada una de cuyas palabras, llenas de la innumerable y profunda significación de los grandes Símbolos, y,

palpitante de las cosas inexpresables e irrevelables del Espíritu, pasa por esta edad rencorosa y estéril, como el último soplo de la grandeza antigua, trayendo intactos y frescos hasta nosotros, las innumerables palpitaciones del alma helénica, llena de la extraordinaria sublimidad de sus creaciones? ¿quién igual al Imaginífico, al Supremo Artífice, al *Poeta* d'Annunzio?

del Genio, no se cuentan las victorias, sino los fracasos.

Genio que triunfa, es Genio que muere.

d'Annunzio, ha fracasado por la centésima vez: ha fracasado con su tragedia: *Fedra;*

no os dejéis deslumbrar por los triunfos ficticios de la *Nave* que apenas interrumpen la derrota estruendosa de *Más allá del Amor.*

d'Annunzio, no ha triunfado sino con la *Figlia di Iorio;* ¿por qué? porque aquélla es una obra menos que mediocre; esa tragedia rústica, tocando el fondo del alma nacional, despertó el aplauso... ¡triste aplauso, que más ultraja al Genio que lo salva!...

el teatro de hoy, no es un Arte, es un negocio; no son los artistas, son los mercaderes, los que triunfan;

¿no lo veis en ese bazar de adulterios que es el teatro francés?

todo teatro, es literatura para porteros;

entregar vuestro pensamiento y vuestro corazón al populacho, hacerlo juez de vuestra obra; ¿no es ésa la más cobarde humillación a que la sed del oro, pueda llevar a un hombre que se siente artista?

vuestro ayuda de cámara, será juez, y, tendrá el derecho de silbaros o aplaudiros en el teatro... ¡qué abdicación!...

quien escribe para el teatro, no ha amado nunca la Gloria;

el teatro, no da sino la popularidad; y, la popularidad, es la gloria de los toreros; gloria de género chico;

en el teatro, pueden triunfar los hombres de talento; no triunfan nunca los hombres de Genio.

Maeterlinck, ¿ha triunfado en Francia? ¿triunfaría Valle-Inclán en España?

¿triunfó Benavente mientras fué el Artista aislado y selecto, produciendo sus obras maestras, incapaz de ninguna concesión a la vulgaridad?

no;

fué cuando renunciando a levantar el público hasta él, resolvió descender él hasta el público, y puso sus obras al nivel de la claque; que aquel que era un gran dramaturgo, se hizo un comediógrafo aplaudido; fué, dejando de ser genial, que se hizo popular;

cada vez que un Genio, sufre un fracaso en el teatro, yo aplaudo;

¿por qué?

porque el fracaso es el justo castigo a la abdicación del Genio;

un Genio, que no tiene el valor de ser impopular, no es un Genio completo;

en Arte, en Literatura, y aún en Política, la impopularidad es la atmósfera natural al Genio;

todo hombre superior, es y debe ser un aislado;

debe entregar su obra al odio de sus contemporáneos, nunca a su aplauso ;

el hombre que busca en cualquiera forma, el amor o el aplauso de sus contemporáneos, podrá ser un buen hombre, no será nunca un grande hombre ;

sólo el odio y la soledad consagran ;

el triunfo, es el lote y el consuelo de los mediocres... ; disputárselo, es igualarse a ellos ;

ver fracasar a d'Annunzio en el Teatro, es un gran consuelo ;

eso prueba que el Gran Poeta, hace aún Obras Maestras ; y que el Genio no ha muerto en él ;

bendigamos a los porteros, a los tenderos, a los propietarios, a los renteros, a todos los gremios respetables de la burgesía, que no han aplaudido a *Fedra ;* ellos la han salvado ; y, merced a ellos, podemos decir que aun tenemos una Obra de Arte.

HENRI BEYLE (STENDHAL)

LIBROS DE AMOR

Se dice, generalmente, de Stendhal, que no sólo no era poeta, sino que era anti-poético;

y, sin embargo, ese hombre, amaba por sobre todas las otras horas del día, aquella del *angelus;*

esa hora delicuescente y crepuscular, llena de una vaga y dulce tristeza, en que los cielos y la tierra, se unen en un solo beso de angustia, como para llorar la muerte del Sol;

¿cómo negarle un alma de poeta, a él, que amaba la música de Cimarosa, y los cuadros de Correggio, con una pasión tan grande como la que ponía en amar a sus queridas; y se deleitaba en ellos con toda la voluptuosidad de su sibaritismo?

no creáis en el cinismo de Stendhal: es el gesto de su sensibilidad desencantada;

lo que os arroja al rostro, como un perfume obsceno, son las cenizas de sus más bellos sueños realizados;

en aquel Sileno conquistador, más que el alma de don Juan, duerme la angustia de Byron ;

pero no lo dirá ;

el mal de *Werther*, está en él, pero para ocultarlo hará el Mefistófeles convencional, forzando al Escepticismo, a hacer guardia a su Dolor.

Stendhal, como todos los grandes escritores, reprodujo, aun sin quererlo, su propia imagen en el fondo de sus libros ;

la cabeza cortada de Julián Sorel, tal vez le hacía sentir el frío de la guillotina, sobre su cuello de Fauno, tal así debió ver en ella su propio rostro, como en el fondo de una alucinación ;

¿fué un filósofo, aquel dilettante avaro de expresión, y tenazmente triste en el fondo de su amor inagotable?

¿es el *beyleismo*, una doctrina?

tal vez, si así pudiera llamarse, un credo personal, extraído de lo más hondo de un temperamento ;

y, me auto-cito ;

yo dije en alguna parte, que no hay sistemas filosóficos, sino el sistema nervioso de cada filósofo, es decir : su propio temperamento ;

y, eso es, la fiosofía de Stendhal ;

un hombre como él, eminentemente carnal y lascivo, ¿qué podría ser sino un filósofo epicúreo? ;

su epicureísmo, fué refinado, exquisito, y triste, ennoblecido por una melancolía elegante, que le venía de su lado de artista, tan a menudo desconocido, y al cual debemos las más bellas páginas sobre Arte italiano, a las cuales, después, Taine, puso música, con la impudicia habitual a los imitadores ;

el escepticismo de Hobbes, toma en Stendhal, las proporciones de una doctrina, pero no logra dominarlo, como no domina ningún imperativo categórico, en la aridez de su obra, donde las más bellas rosas de Arte y de la dialéctica, se abren raramente, como para embellecer su soledad ;

«la caza a la Ventura», tal fué sin duda la divisa de su Genio y de su Vida ;

y, fracasó en su empeño, como todos los cazadores de esa mariposa de luz, que huyendo siempre ante nosotros, corre al fin a refugiarse en las estrellas ;

el analitismo, en Stendhal, era una manía, de la cual se propuso hacer un sistema ;

cándido, como todos los enamorados profesionales, se empeñó siempre, en hallar una alma en las mujeres que amaba, y, desilusionado en su empeño, cambió su campo de observación, y miró tenazmente en el corazón turbado de los hombres ;

psicólogo por profesión y por aburrimiento, fué una especie de Alcibíades, sin belleza, venido al mundo para fundar el más deplorable de los *snobismos* : el de la Sabiduría ;

su ateísmo en *frac*, es seductor, como todos los gestos de su dilettantismo de salón ; muy culto, acompaña a Dios hasta la puerta, y lo expulsa, renunciando al báraro placer de hacerlo expulsar por sus lacayos ;

¿por qué expulsa a Dios?

porque él, es malo :

«*Ou Il n'existe pas, ou Il est méchant ;*»

y, con ese dilema, azota la sombra de Dios, en las espaldas ;

su obra fragmentaria, inorgánica, es por su caren-

cia de cohesión, y aun de trascendencia, la Biblia del Dilettantismo Filosófico y Social, escrita por un dilettante de genio, para aquellos que no lo tienen ;

su *snobismo* hermético, le da el misterio y la majestad de un dios indio en su Pagoda, y en efecto, es eso : el dios de los *snobs ;*

pero, en puridad de Verdad, lo que Stendhal será para siempre, es : el Evangelista del Amor ;

él, no vivió sino en esa pasión ; de esa pasión ; y para esa pasión ;

él, se absorbió en su culto, como un faquir ;

como aquéllos, mirando su propio ombligo, él consumió su vida en mirar su bajo vientre, empeñándose en tomar por movimientos de su corazón, los diarios ímpetus de su sexualidad ;

yo no critico, y antes aplaudo, ese culto de la sensualidad, que hace radicar el Amor, en la única parte que el Amor existe ;

y, amo mucho la voluptuosa actitud, de ese Sileno semidesnudo, ocupado en leer a un corro de mujeres, frágiles y tentadoras, un diálogo de Platón, comentado por Boccaccio ;

ese filósofo, digno del *Decamerón*, me es muy grato, porque me enseña a despreciar mucho, todas las filosofías ;

él, escribió el *Amor*, y lo vivió ;

hizo de ese libro, como una cristalización de su vida ;

pero, ¿cómo un hombre de genio, que así amaba el Amor, no había de amar también el Arte?

y, él lo amó, con una pasión cándida y triste,

y lo cantó sin adornos, en su prosa escueta, rígida como un teorema ;

como todos los grandes espíritus, él no cortejó la canalla triunfadora de su tiempo ; se hizo a un lado para dejar pasar los mediocres, ebrios de su fácil victoria, corriendo a ser coronados en el Capitolio del Suceso, antes de ser precipitados por la roca Tarpeya del Olvido ;

no los envidió ;

escribió para los pocos y para los mejores ;

presintió su triunfo lejano ;

y, profetizó el medio siglo de eclipse que había de envolver su Gloria ;

como Esquilo, que habiendo dedicado su obra al Tiempo, el Tiempo dió cuenta del Olvido, y lo vengó ;

él, dedicó la suya, a los menos, y a los mejores, *to the happy few ;* a la Élite ;

y, la Élite, lo ha vengado ;

yace en un Cementerio de París, al cual no amaba, con esta inscripción italiana :

Qui giace Arrigo Beyle, Milanese.

Milán era su patria de adopción ;

¡ gran Hombre aquel que tuvo el valor de escupir desde su tumba, al rostro de su patria, su desprecio !

gran país aquel que ha perdonado al Genio su desprecio, ya que sus contemporáneos, no le perdonaron su Genio ;

los que han de hacer justicia al Genio, no han nacido cuando la Injusticia clava al Genio en una cruz.

GEORGES RODENBACH

VISIONES DE BRUGES

Ser herméticos y suaves, como la sinfonía que suena tras las rejas en un coro cerrado de novicias, es el encanto de ciertos poetas crepusculares, que se dirían hechos de nubes y de cánticos, hermanos gemelos de la tarde, diáfanos musicales y luminosos, como una estrella lírica, a la cual le fuese dado cantar en el corazón de la Noche;

el Príncipe de esos Poetas del Misterio y de la Soledad, ¿no os parece ser Georges Rodenbach?...

alma claustral llena de tristezas y de reflejos, como las aguas de un canal dormido, donde pasara un vuelo de cisnes...

alma hecha de cosas exquisitas y dolientes, como una agonía de rosas: se diría un paisaje nostálgico en el crepúsculo;

nadie mejor que él, ha sabido decir la poesía inmaterial, que se desprende del alma incomprendida de las cosas, y el silencio anonadado de los corazones;

ese Poeta, ¿no os parece el ruiseñor de los beaterios flamencos, posado en el alero de un claustro, desgranando sus notas de cristal, sobre las tocas blancas de las monjas, que desfilan en el crepúsculo, fantásticas y lentas, como un cortejo de nubes, que el viento de la tarde extiende sobre el azul cristalino de los lagos neerlandeses? ;

su ritmo, lleno de vaguedades armoniosas, y musicalidades misteriosas, romántico y místico, tal un monje de leyenda que se hubiera hecho pájaro, ¿no os parece la voz de un clavicímbalo sonando bajo los dedos de una novicia soñadora en el silencio aromado, de una capilla conventual, a la hora de nona?

sus matices imprecisos y algodonados, bajo la agonía de cielos violeta o de un blanco-azul de crisófano ; ¿no os dan la sensación de pureza de un vuelo de palomas, sobre un estanque en donde los nenúfares se abren al rayo de la luna, en su indefensa y casta palidez?

el Silencio, es la atmósfera natural, a la Musa de ese Poeta, nocturno y taciturno, hecho de preciosidades y de suavidades, tal la mano de una mujer que acariciara en la sombra ;

el Silencio, azul y luminoso, amado de los cisnes y de la luna ;

los silencios lunares, los silencios lagunares, los silencios en los cuales se envolvía para pasar, por las selvas shakespereanas y los lagos del Walhalla, aquel cisne coronado, aquel último Caballero del Ensueño, que se llamó : Luis de Baviera ;

la lira de Rodenbach, ¿no se os aparece en la forma de un arco de luna en creciente, brillando so-

bre el cristal brumoso de los canales de Bruges, mientras al lado allá de ese moaré acuático, tras los cristales místicamente historiados de la ventana de un beaterio, asoma el rostro soñador de una novicia :

...sans ôter sa cornette et ses voiles,
bien avant dans la nuit égrène avec ses yeux,
le rosaire aux grains d'or des priants étoiles?...
... ...

yo, nunca he entrado al divino Jardín de esos Poemas, sin sentir el éxtasis imprevisto, del beso de una monja sobre mis labios blasfemos.

A LA HORA DEL CREPÚSCULO

FRANCISCO VILLAESPESA

EL MIRADOR DE LINDARAJA

Lo que es a la prosa de la España actual, aquel Mago del Verbo, admirable e inimitable que es Valle-Inclán, lo es al Verso, este extraño y sugestivo Poeta, que es Francisco Villaespesa;

espíritu significativo de la raza, en el cual se hallan, mejor que en otro alguno, los vestigios y el determinismo de las épocas pasadas, pero no estancados y desdeñosos, como en los viejos clásicos, sino movimentados, actualizados, en un vuelo atrevido para evadirse del sueño ancestral, e impregnados siempre de un orientalismo morboso, lleno de perfumes de harén y del de las rosas penetrantes de los jardines del *Generalife;*

pensamiento indiferente, si no hostil, a las influencias de afuera, y siempre soñador, como un joven *Kaid*, a la sombra de un rosal;

porque la musa de Villaespesa, no tiene peplo, como la de los jóvenes poetas seudo-helenos, sino

blancos velos de Sultana, que ocultan apenas a medias, los ojos tentadores de la hurí;

su poesía, es revelatriz de un estado de alma, soñador y plácido, con murmurios de un surtidor en un patio árabe, y un meditativo clarobscuro de ajimez;

porque la musa de Villaespesa, es así: oriental y clásica, con la plástica admirable de un espíritu móvil hasta lo infinito.

Villaespesa, no es un poeta orquestral y huracánico a lo Hugo;

su arte, aunque polífono y rico hasta la prodigalidad, lo es en colores y matices suaves, no en grandes ritmos timbálicos y asordadores: su caudal musical, no es el de Wagner, es el de Verdi;

el tecnicismo de su música verbal, exquisito y profundo, lleno de intensidades sonoras y apasionadas, lo hace un mágico de la sintáxis y un evocador de la sensibilidad, que nos hace sentir por igual, la emoción artística de sus rimas y la emoción sensual de sus pasiones;

porque es Villaespesa, un emotivo exquisito e intencionado, lleno de esa devorante sinceridad, que hace a los grandes artistas, mostrarse moralmente desnudos, a la sola luz ritual de su pensamiento;

no que Villaespesa, sea un vesánico de esos atacados de psicopatía sexual, que nos dan en el desnudo de sus creaciones, el olor y el horror de la carne en orgasmo;

no; la sensualidad en Villaespesa, no viene de la expresión acre y brutal de la palabra, es una rara y exquisita voluptuosiadad, que se es-

capa, más de la música de la estrofa, que del pensamiento del verso, lleno de una arcaica y delicada rareza ;

arcaica, más que clásica, se diría la musa de Villaespesa, porque ella representa como la prosa de Valle-Inclán, un regreso consciente y sabio, hacia las fuentes luminosas y sonoras de la vieja poesía española, pero no para imitarla servilmente, como los poetas, o escritores sin genio, sino para rejuvenecerla y modernizarla, con los elementos líricos, y los ritmos nuevos, que el andar de los tiempos ha traído como sano caudal, a la antigua métrica castellana, y de cuya alianza sutil, viénele un nuevo esplendor, y una extraordinaria potencia de color y de sonoridad ;

porque eso, y no otra cosa, ha sido el modernismo, entre nosotros, iberos e ibero-americanos, un suave y disimulado regreso a las formas de verso de la ya olvidada métrica del siglo de oro ; regreso espontáneo y por imposición de imperiosas evocaciones étnicas, en algunos, muy pocos como en Villaespesa ; e inconsciente, mezclada de fiebre gálica y con mucho de mixtificación, en otros ;

en el dominio de algunas de esas rimas de Villaespesa, ¿no os parece hallar, mucho del preciosismo añejo, de Juan y Jorge Manrique, de Juan de Encina, o Padilla, el Cartujano? vagas, muy vagas reminiscencias, pero ciertas son ;

y, en el manejo del endecasílabo, ese metro todo de gracia y armonía, metro italiano traído a España como una cautiva galera de Venecia, por ese caballero de la rima, que fué Andrea Novagiera,

y aceptado el primero por Boscán Almogaver, ¿no halláis en Villaespesa, el apropiado manejo, la gracia y la soltura, con que manejáronlo luego, aquellos grandes petrarquistas, que fueron, Hurtado de Mendoza, Acuña y Cetina?

y, el *habitarunt di quoque silvas,* el sabor de la égloga, de que habla Virgilio, ¿no lo sentís con un olor de miel, en todos los versos de Villaespesa, en que evoca el campo y sus paisajes, con tal pureza de contornos, y tal idealismo geórgico, que recuerdan el de aquel gran guerrero, que era sin embargo, como un pastor de Tíbulo, y que se llamó Garcilaso?

leyendo nuestros más amanerados modernistas, ¿no se os vienen a la mente muchos cantares de viejos maestros, desde Cetina a Hurtado de Mendoza, de Garcilaso y Villalobos a Juan de Mena y Santa Teresa, pasando por el *divino* Herrera, aquel que *fablaba perlas?*

la ciencia del efecto, la severa plenitud del vocablo rítmico, pocos como Villaespesa las poseen, de tal modo, que se diría que una música verbal preside la armonía de las rimas y la virtuosidad sabia del vocablo;

los ritmos habituales, que en ciertos poetas preciosistas sirven como recurso a una técnica pobre, adquieren en Villaespesa, una elegancia personal tan rara, que se dirían nuevos, tal es la fluidez, la sobriedad, el alto sentido artístico con que los maneja;

la crítica, incomprensiva de sí, no ha querido ver en Villaespesa, el Poeta significativo que es, como no ha querido ver, la verdadera trascenden-

cia, que tiene ese grupo aislado de nuevos poetas, que con los Machado, Díaz Canedo, Jiménez, Carrere, Zayas y otros, forman una fuerza nueva, y han hecho cambiar de rumbo, el pensamiento poético de España, grupo excelso, que aun siendo revolucionario, permanece clásico, clásico del siglo de oro, del cual es un rosal en retoño;

la España, que hace algunos años no tenía nada digno de atención que ofrecer al espíritu inquieto de nuestra América, tiene hoy, ese grupo de poetas, que con el arte inimitable, y la prosa única de Valle-Inclán, y las gallardías artísticas de Manuel Bueno, marchan a la reconquista del pensamiento americano, y son dignos de ella;

entretanto, vayan esos libros de Villaespesa, a encantar las mentes jóvenes, con la fascinación irresistible de sus tristezas, y el perfume de perfección que se escapa de ellos, como de un jardín oculto, en el cual cantara un pájaro, la orquestación invisible de sus poemas musicales, llenos de coloración y de armonía, cerca a las zarzas en flor de los cármenes de Granada;

allá, hay un grupo de almas, llenas de sensibilidad meridional, y de cultura estética, que sabrán recoger y admirar, estas misteriosas canciones, que subiendo de las profundidades aisladas del corazón de un Poeta, van a perfumar el nuevo mundo, con el olor de la vieja encina lírica, la vieja encina española, súbitamente reflorecida y poblada de jilgueros; que cantan la vieja canción en ritmos nuevos.



MIGUEL EDUARDO PARDO

SU MUERTE

¡ Qué denso, qué injusto olvido, ha envuelto el nombre y la Obra de aquel bello y noble espíritu, que fué Miguel Eduardo Pardo ! ;

ahogado por esa bruma, parece más triste el monumento, que un corazón amante y romántico, levantó a su memoria, en un riente y verde Campo Santo, que en los alrededores de París, lo hospeda ;

¡ qué opaca y melancólica mañana de un naciente otoño, aquella en que lo llevamos a enterrar ! ;

éramos pocos, los que llegamos con él, hasta el lejano Cementerio ;

pero, mentalmente, éramos : Legión.

Gil Fortoul, Pedro César Dominici, Manuel Ugarte, Mariano José Madueño, y yo ;

el pobre viejo Madueño, se reclinó ya en la fosa, cargado de años, de cóleras y de dolores...

yace en el Cementerio de Alicante, muerto por el mismo mal que mató a Pardo;

bien merece un recuerdo aquel raro y amargo espíritu, tenebroso y colérico, lleno de pasiones pequeñas, pero no exento sin embargo de personal grandeza;

era, el último jacobino muerto en espera del cadalso;

agrio, rencoroso, rechinante; su prosa hablada y escrita, producía la sensación de escuchar el ruido de una sierra, manejada por un carpintero epiléptico;

era el último ejemplar, de aquellos liberales del 48, tan ideal y toscamente incompletos y confusos;

idealistas coléricos y retóricos, iluminados, y cándidos, tradicionalistas de un odio vago, que se habrían visto desconcertados si se les hubiese pedido la exacta definición de sus doctrinas;

de todas las pasiones liberales, tal vez no tuvieron sincera y alta, sino el anticlericalismo;

pero, el anticlericalismo, cuando no es el antirreligiosismo, no es una doctrina, es una manía;

un hombre que cree en Dios, y persigue los curas, es absurdamente ilógico;

acabad la Religión, y el cura no existirá;

matad la idea de Dios en las conciencias, y el Sacerdote habrá muerto con el Mito;

pero, eso no lo comprendían aquellos venerables antecesores nuestros, seducidos por el deísmo robespieriano, sentimental y atroz, a la vez;

ellos, no fueron responsables de eso, como no lo fueron los dinosauros de haber precedido a los

grandes vertebrados, en la escala zoológica sobre el planeta;

uno de los más raros y exquisitos especímenes de esa fauna filosófica, era Madueño;

pero, en política, hundía sus raíces ancestrales, en terreno más fuerte y más profundo;

era un hijo legítimo de la Convención Francesa; un maratista embalsamado, llegado intacto hasta nosotros; revolucionario sin ternuras, lleno, sin embargo, de los romanticismos ferozmente sentimentales del terrible Comité de Salud Pública;

era una alma noble, con candideces de niño;

desconcertante en sus ingenuidades rencorosas;

palidecía de cólera, si veía pasar un Sacerdote, y se descubría con respeto, si veía pasar una procesión;

recordaba en eso, a Don Juan Montalvo, que creía en el Diablo, rezaba al Angel de su Guardia, y no podía ver un cura, con tal que fuese ecuatoriano;

y, como Montalvo, Madueño tenía también la manía del clasicismo;

en literatura, amaba los moldes viejos, con una pasión afrodísiaca de anticuario;

los cacharros de la coroplastia académica, le parecían los más acabados modelos de Belleza, y adornaba con ellos su periódico, como las viejas Señoras, adornan con flores de trapo los retablos de sus santos;

tenía un desdén inagotable, por todas las formas nuevas de la literatura;

a mí, me toleraba por mi política ;

mi ateísmo, le parecía monstruoso ;

y, era de un cómico, encantador y conmovedor, discutiendo sobre esto ;

porque Madueño, era pintoresco, de un pintoresco arcaico, tal vez único ; si os hacía la distinción de una visita — porque no salía a la calle más de dos o tres veces en el año—se os presentaba envuelto en una levita prehistórica, de un color indefinible, que ceñía su pequeño cuerpo, muy bien proporcionado ; de hombros fuertes, y erecto a pesar de su tarda edad ; pantalón a grandes cuadros, y diminutas botas de charol, con pies de bailarina ;

el rostro imperioso y noble, los ojos movibles, inquietos, desconfiados, atravesados a veces por resplandores tiernos, como los de todos los grandes combatientes ; la color cetrina del cutis, casi desaparecía bajo las patillas y los bigotes, multicolores, sobre los cuales habían llovido todas las tintas y cosméticos baratos, inhábiles a cubrir las canas rebeldes, hechas de un azul violáceo, o de un tornasol maquiavélico, lo cual hacía aparecer al terrible escritor, como si tuviese dos camaleones prendidos a sus mejillas ;

la voz, era imperiosa e impetuosa ; inagotable ;

porque Madueño, no hacía visita, se hacía visita ; no conversaba, se conversaba ;

era un monólogo en lévita, que condescendía en andar, pero en callarse nunca ;

murió a los setenta años, y durante su larga vida, no dejó dos minutos de fumar y de hablar ; era una chimenea parlante ·

peripatético incansable, no se sentaba nunca; conversaba andando, midiendo la estancia a pasitos menudos de gorrión; los enormes tacones de las botas, lo hacían vacilar a veces, pero sentarse jamás;

para contradeciros, que os contradecía siempre, echaba atrás la cabeza, y cruzaba sus manos sobre la espalda en gesto napoleónico; era una actitud habitual en él;

entonces, aparecía el *Coronel* Madueño;

su aspecto de militar, no lo abandonó nunca; y estaba orgulloso de eso;

yo no sé, si en el Perú, ser Coronel será una cosa muy rara, pero Madueño miraba su coronelato, como un don semidivino, del cual no les era dado gozar a los otros hombres;

cuando se le hablaba, de Piérola, o de Cáceres, decía:

—Esos, no son sino Generales;

y sonreía con una sonrisa cavernosa, que hacía más triste su boca, de la cual huían los últimos dientes, con una rapidez de epidemia;

él era el *Coronel* Madueño, y por nada del mundo, habría cambiado ese título contra todos los Imperios de la Tierra;

había llegado muy tarde al periodismo: después de una revolución fracasada, que lo había arrojado a playas europeas;

había ejercido una Dictadura militar, transitoria, sobre no sé qué selva peruana; y derrocado de ella, había venido a España;

cayó, en la madre patria, como un pez en el agua;

él, tenía el alma hidalga de un viejo castellano, y al entrar en España, no hizo sino encontrar su patria; porque en España no hay destierro para aquel que de América llega a ella; es una patria más noble, sin hostilidades, y sin bajezas;

la vanidad cándida de Madueño, halló en Madrid el gran alimento, que la gentileza burlona y en el fondo despreciativa de los hombres de letras, concede allí, al que va en busca de aplausos gacetilleros, y glorias fotográficas;

él, tomó en serio todo eso, pero sin degradarse, como los poetastros trogloditas que a diario llegan de nuestras selvas, para hacerse banquetear en la Corte; bárbaros que aspiran a hacerse coronar en Atenas; él hizo selección de sus conocimientos, y fué el amigo de Pí y Margall y de Fernando Lozano, y de las más altas personalidades del mundo académico y político;

y, fundó el *Mundo Latino*:

como hasta entonces, había vivido, lejos del movimiento intelectual de América, creyó descubrir un yacimiento virgen, en la idea de unión de todos los pueblos de la América Española, para contrarrestar la influencia yankee;

es verdad, que muchos otros antes que él, habíamos predicado eso, hasta la saciedad, pero él lo ignoraba primero, y fingió ignorarlo luego; a ese respecto, fué un antecesor de Manuel Ugarte, y el *Mundo Latino* fué uno como Prólogo involuntario, al *Porvenir de la América Latina;* sólo que en Madueño había inocencia del plagio, y copiaba, otras actitudes ignorándolas.

Madueño fué un muy alto, muy noble, muy leal Apóstol de esa Idea;

un día, la América le hará justicia;

murió solo, miserable, proscrito, pero fuerte y digno en Alicante, a donde había ido a buscar la salud, bajo las palmas;

hereje invulnerable, duerme allí en una tumba sin cruz;

la tumba de ese crucificado, inspira más respeto a las almas libres, que la sombra de todas las cruces que hay sobre la tierra.

Madueño había venido a París, al Congreso Universal de Libres Pensadores, donde con Magalhaes Lima, Fernando Lozano, y yo, firmamos los cuatro, esa llamada a la América Latina, que fué menos que un grito en el desierto, una ráfaga de tempestad sobre un estercolero.

Madueño, no conocía a Miguel Eduardo Pardo, y fuí yo quien lo invitó a sus funerales;

yo, había venido de Madrid, donde llenaba ciertas funciones diplomáticas (desde luego, no de mi nativo país) al Congreso de Libres Pensadores, Delegado por varias Sociedades Españolas y Americanas;

ya había recibido en Madrid muy tristes nuevas, de la precaria salud de Pardo;

peregrino en Arcachón, primero, y en Pau, después, asesinado por los cirujanos, y por el implacable mal; de todas partes me había escrito, y por todas partes mi inquieta amistad lo había seguido;

«no hay esperanza; Miguel Eduardo se acaba; Miguel Eduardo se va»: me decía en su última car-

ta, con la tristeza resignada, de aquel que mira frente a frente, su destino inevitable ;

obsesionado por esa dolorosa queja, llegué a París ;

dirigíme a la Rue de Lauriston, y Pardo no vivía ya allí ; pero su noble compañera se ocupaba en los últimos detalles del *déménagement :*

—¡ Ah ! Monsieur Vargas Vila—me dijo enjugándose las lágrimas que humedecían sus ojos, fatigados de insomnios y de llantos— ; Miguel Eduardo lo espera ; anoche no ha cesado de preguntarme por usted ; esperaba un despacho suyo ; lo esperaba a usted por minutos ; toda la noche me repetía : «Vargas Vila va a venir ; yo siento que va a llegar, el corazón me dice que no moriré sin verlo» ; es raro cómo ha presentido la llegada de usted ; vaya, vaya cuanto antes a verlo ; eso lo hará feliz ;

y, fuí a la Rue de Wáshington ;

allí encontré a Miguel Eduardo Pardo inmóvil sobre su lecho ; era una ruina ; ya no vivía, se sobrevivía ; la enfermedad lo había devorado por completo, y la Muerte espiaba el instante de apagar el último aliento de aquel gladiador vencido ;

no hablaba casi, su voz no tenía ya sonido, pero su inteligencia, estaba intacta y vivaz ; no se obscurecía sino por momentos, bajo la acción de los narcóticos, pero volvía a lucir, más fúlgida, cual si desafiase las tinieblas definitivas que la acechaban ;

ni la sombra de un amigo, había en torno al le-

cho de aquel hombre tan lleno de ellos, en el apogeo de su vida luchadora ;

porque Miguel Eduardo Pardo, era sin duda, el tipo acabado del diarista combatiente y gallardo ;

sus actitudes presuntuosas, su verbo desafiador, su talento de polemista, su valor personal, y una extraña y elegante nobleza de alma, hacían de él, el modelo cumplido de esos sagitarios de la Idea, tan raros en nuestras democracias turbulentas, donde los estomacales de la prensa, han deshonrado todo, hasta la tipografía, con su inmundo pataleo de cerdos en orgasmo.

Miguel Eduardo Pardo, era con Pedro Vicente Mijares, el más completo diarista de su tiempo ;

y no digo, que era el primer periodista, por que sería decir demasiado, en un país donde lo han sido, aunque no profesionales, Laureano Villanueva, Tosta García y César Zumeta ; la Elocuencia, el *Esprit*, y la Profundidad.

Pardo, moría, en días de absoluta acefalía mental en Venezuela, cuando los expósitos de todos los matices, fatigaban la Infamia, desde esa Cloaca Máxima llamada el *Constitucional* y los acerebrados del dicterio, se encargaban de disgustar la decencia con su prosa excrementosa, virgen de todo hálito intelectual, y en su audacia de colilleros del diarismo, no tenían otro placer, que el de lanzar el estiércol de su insulto a la frente de los más grandes nombres de su época.

Pardo, no perteneció a ese grupo de carreteros de la Adulación, encargados de llevar todos los detritus del alma nacional, como abono al árbol de la Tiranía, ocupando sus ócios en macular cuanta glo-

ria intelectual pasaba al alcance de sus manos;

eran menos viles, es verdad, que ciertos monos onánicos, venidos luego con los *Nuevos Tiempos*, de las zonas limítrofes con Colombia, al diarismo capitolino; últimos Samueles del histerismo, más o menos mal donados por la Inepcia a la Celebridad, para dar mordiscos a los talones de las glorias consagradas, antes de precipitarse abiertamente en cualquier Ministerio, y revolcarse en él; la repugnante cobardía de esos acéfalos versificadores, exigía, eso sí, como condición precisa, que la gloria insultada estuviese lejos, porque el gran temor del mono, es el del foete.

Pardo, estaba muy lejos de esa crápula inabordable, que tiene el alma, no de fango, sino de *fanger* (1), que es la más ideal ignominia que se pueda imaginar, tratándose de este monaguillo cacotimio, polucionado por el vicio, en un antiguo lecho episcopal;

y, tal vez por eso, Pardo agonizaba solo;

¿solo?

he dicho mal, lo rodeaba una gran ternura, heroica y conmovedora; la de aquella noble y abnegada y bella mujer que fué la compañera asombrosa de piedad y de valor, en aquellos últimos días;

el respeto más profundo y más reverente, se impone, pasando cerca esa blonda y augusta figura de mujer, inclinada sobre el lecho de un mori-

(1) Alusión a Enrique Fanger, viejo sacristán, jefe de Serrallo en Venezuela, el más asqueroso tipo que haya deshonrado jamás los de una imprenta manejándolos, el ser más abyecto que haya tocado los fondos nauseabundos de la Infamia.

bundo, como el Símbolo viviente del Sacrificio y del Desinterés ;

porque Pardo, no era rico, agonizaba en la más noble pobreza, lleno de altivez y de decoro ; pues desde que la enfermedad le había hecho abandonar su pluma, vivía de la pensión que su padre le mandaba :

—*Quel dévouement! quel dévouement!* — me decía con su imperceptible hilo de voz, refiriéndose a ese inagotable vaso de ternuras, a esa noble mujer, a la cual acababa de dar su nombre, apenas cumplido el luto de su primera esposa ;

días se pasaron así, días angustiosos y lentos, en que sólo yo visitaba al moribundo ;

y, uno de aquellos días me dijo :

—Yo quisiera que viniese a verme el Doctor Dominici ;

y, su Señora añadió :

—Qué feliz sería Miguel si el Doctor Dominici viniese ; es una obsesión que tiene ; capricho de enfermo ;

y, con sus ojos tristes me decía : capricho de moribundo...

el Doctor Santos Dominici, había llegado por aquel entonces a París, fugitivo de la dictadura de Cipriano Castro, del cual había sido amigo, y no perdonaba a Pardo, que continuaba aún en serlo, con una obcecación indisculpable ;

condescendí en visitar al Doctor Dominici, para llevarle el voto conmovedor del moribundo :

el joven y sabio médico, fué muy amable conmigo, sin duda porque además de su alta y habitual cultura personal, sabía las relaciones de ver-

dadera amistad y compañerismo literario, que me unían a su hermano Pedro César, el célebre escritor ;

expuse al Doctor Dominici, el motivo de mi visita, interesándolo para que accediera al inocente deseo, de un hombre que iba a morir ;

el Doctor, me escuchó sonriendo, pero, triste en el fondo, y me prometió que iría, no sin zaherir un poco, la impresionabilidad que nos posee siempre a las gentes de letras, olvidando, que a pesar de ser Médico, él entra en la Intelectualidad por todas las puertas, y el ser Galeno no lo libra de ser un intelectual ;

imposible pintar la alegría de Pardo y la impaciencia con que esperaba la visita de Dominici, después que yo se la anuncié ;

los días pasaron ;

y, Dominici, no fué...

entretanto, continuaba en ser yo el único amigo que estaba cerca al lecho de Pardo ;

el Otoño avanzaba, y yo comprendía que con las primeras hojas, y las úlimas rosas desfloradas, se iría también el infeliz amigo.

... ...

Aquel mediodía, cuando llegué a su lecho, Pardo parecía más calmado :

—¿Y el Doctor Dominici? — me preguntó.

—Vendrá luego — le respondí para consolarlo ;

después, me habló de literatura, de la zambra mental en que se agotaba Venezuela, y se complació, en recitarme, enteros, los pasajes que según él, Manuel Díaz Rodríguez, había hurtado a los libros de d'Annunzio ;

él, era implacable, contra esta literatura canaria, que ya empezaba a tomar vuelo, merced al rebajamiento espiritual de esa época venezolana; literatura de abalorios y oro *fix*, carente de ideas y de profundidades, buena para halagar la mentalidad de razas tropicales, amantes del reflejo y colorido, y para cosquillear el sentimentalismo innato, en cierto negraje cerebral, nostálgico de yugo y coloniaje;

el *mochismo* (1) en política, le parecía espantoso, pero en la literatura de su país, le parecía aún más lamentable, y lo exasperaba;

eran, esos tiempos, muy tristes para la intelectualidad venezolana, en que Gumersindo Rivas, imperaba en la prensa política, y ciertos negritos lacustres, escapados a los palmares de la Chiquinquirá, peinados y almizclados, olorosos a aceite de coco, bogaban hacia el fracaso, pontificando de críticos, en las columnas del *Cojo Ilustrado*, ejerciendo desde ellas la Pedagogía de la Asnalidad;

con el candor africano, de simios que han leído a Taine, en traducciones baratas, manoseaban los grandes nombres, insultando aquellos ya consagrados por la Gloria, queriendo así, por el exceso de su audacia, salvarse del fracaso del Olvido;

no recuerdo bien, el nombre del cuadrúmano inferior, que así causaba las furias de Pardo, pero supongo ya enterrada su efímera reputación de libélula nubia, bajo los árboles de la Plaza Bolívar, o en algún médano costanero de su patrio

---

(1) Alusión a cierta facción política de Venezuela, que tenía por jefe uno a quien llamaban: el Mocho.

lago, que habrá devorado su obscuridad, de la cual su agresiva desvergüenza no logró sacarlo nunca;

paréceme, que vi después el nombre de *titi*, difamador, en un libro de Pío Gil;

pero no lo recuerdo;

hay gentes tan insignificantes, que aun antes de conocerlas, ya las hemos olvidado.

Pardo, me hablaba de todo eso, con pasión; con una tan gran pasión, que un turbamiento muy grande le sobrevino;

creí que iba a morir, porque yo vi la muerte en sus ojos;

su esposa, vino a él, le hizo una inhalación de oxígeno, le limpió el sudor del rostro, lo compuso sobre el lecho, con una piedad de madre;

y cuando ella se alejó, Pardo, ya vuelto en sí, me decía con un hálito que no era ya una voz.

—¡Qué abnegación! ¡qué alma! ¿habría escrito usted «Ibis» después de conocer a Margarita?

Margarita, era ésta, su última esposa.

Pardo, entró en una somnolencia profunda, tranquila, sin las inquietudes de otros moribundos;

rebelde a toda idea religiosa, no pensó siquiera en solicitar los auxilios de ninguna religión;

se extinguía dulcemente, casi sin agonía, sin debilidades y sin tristezas;

volvió a hablar para recordar a Macuto, en Venezuela, donde pensaba ir, «si escapaba de ésta»;

ésas fueron sus últimas palabras conmigo; cerró los ojos, como para conservar la visión de la divina playa en las pupilas... y entró en sopor;

me retiré, sabiéndolo dormido, y prometí volver;
cuando regresé a mi casa, hallé a Pedro César Dominici, que había venido a verme, y hablamos de Pardo, de su enfermedad, de su agonía...

Pedro César Dominici, llevaba entonces en París, la más heroica y más digna vida de destierro, que pueda llevar un hombre;

era el enemigo encarnizado de Cipriano Castro, y en su periódico *Venezuela*, cogía mensualmente, por la cola, al mono lascivo y feroz, y lo sacudía contra el muro;

él y yo, éramos los únicos que por aquel entonces, nos ocupábamos en Europa de castigar el castropotismo parlanchín y pendenciero, frente a la legión consular de lacayos galoneados, que lo defendían en periódicos estipendiados, de un *gumersindismo* rastrero;

por esa razón, y por las vehemencias del carácter de Pardo, exacerbadas y no domadas por la enfermedad, Pedro César, no lo trataba; pero su gran corazón, ajeno a toda bajeza, se conmovió hondamente, cuando oyó de mí, la soledad en que moría aquel que había sido su amigo, y que era siempre un escritor de mérito:

hablábamos melancólicamente de todo esto, cuando me llegó un despacho telegráfico que decía: «*Priez venir tout suite; monsieur Pardo est mort; Marguerite*»:

Dominici, se conmovió hasta las lágrimas;

tomamos el primer coche que pasó, y fuimos a aquella que era ya la casa del duelo.

Miguel Eduardo, yacía sobre su lecho mortuorio, las manos cruzadas sobre el pecho; una gran se-

renidad se extendía sobre su rostro, como que ya había pasado para él, el gran dolor de la Vida, y había entrado en esa calma divina, que no se acaba jamás;

había muerto en brazos de su esposa, y ella sola lo había amortajado;

al verlo, yo sentí la envidia que siento siempre por un muerto, y la cólera sorda contra mí mismo, porque aun me empeño en vivir.

Pedro César Dominici, rompió en sollozos;

su corazón de proscrito, desbordante de cóleras y de dolores, sollozaba ante el despojo de aquel compañero de juventud, ido ya para siempre...

... ...

Era necesario avisar a la Legación de Venezuela, con la cual, ni Dominici ni yo manteníamos ninguna clase de relaciones, y al Consulado General en París, que lo desempeñaba entonces, Gil Fortoul, nuestro amigo personal;

la Legación, estaba a cargo de un francés aventurero, que como peón en el ferrocarril de Caracas a Valencia, había hecho lo bastante, para poner en aquella ciudad una posada, a la cual Cipriano Castro, llegó en una de esas mil derrotas que precedieron a su victoria final;

en gratitud a las atenciones del posadero, y por poseer éste, dotes de bajeza y de espionaje, lo tenía Castro, empleado en esos menesteres en Europa, cuando no sé, por cuáles razones, vacó la Legación, y hubo de caer en las manos rapaces del peón-posadero, por nombramiento de su amo de elección;

y, así la desempeñaba;

hicímosle Dominici y yo un despacho al beocio afortunado; despacho muy despectivo, en el cual al participarle la muerte de Pardo, le preguntábamos qué actitud pensaba asumir la Legación, en esa emergencia;

el estilo del telegrama, y el nombre de los dos firmantes, eran bastantes para hacer saltar del lecho, al analfabeto galoneado:

Gil Fortoul, estaba ausente, y era ya más de media noche, cuando fuimos a la Plaza de la Bolsa, a hacerle un despacho amigable, anunciándole el triste fin, de aquel que era amigo de los tres;

al día siguiente, muy temprano, estábamos en la casa mortuoria.

Dominici, había llegado el primero;

y cuando yo entré, ya el *Ministro*, estaba allí;

presentómelo Dominici y díjele yo:

—¿Recibió usted nuestro despacho?

—Sí.

—Usted sabe bien, que yo no soy venezolano, y ha sido a simple título de amigo personal, de Miguel Eduardo Pardo, que he hecho a usted ese despacho, porque es necesario que aquellos que oficialmente representan a su país, dicten las medidas que crean del caso, para honrar la memoria de aquel que fué, en él, un escritor, un diputado, y lo representó con honor en la Diplomacia; ¿cuáles medidas piensa usted tomar, Señor *Ministro?*

—Yo venía—dijo el bárbaro—, a poner en la puerta a esta *mujer*, incautarme de los bienes de Pardo, y poner en el apartamento los sellos consulares.

Dominici y yo, nos miramos estupefactos, ante tanta barbaridad, acumulada en unos labios.

Margarita de Pardo, la viuda, que aunque no hablaba el español, comprendió lo bastante, enrojeció hasta la raíz de su blonda cabellera, que aureolaba un pálido rayo de sol, que caía también sobre la cara del muerto.

—¿Ignora usted, Señor *Ministro*—le dije—, que quien usted llama *esa mujer*, es la esposa de Miguel Eduardo Pardo ; que los únicos bienes de que usted podría incautarse, es el cadáver de Pardo, vestido, porque es lo único de su pertenencia que hay aquí? ¿ignora usted que esta casa, donde la Señora de Pardo tiene su taller, es de ella y está alquilada en su nombre? ¿no sabe usted que Miguel Eduardo Pardo, ha agonizado, y ha muerto con decoro, sin necesidad de acudir a nadie, porque su esposa lo ha querido así ya que su venerable padre, ausente, ignora esta situación y no la sabrá el digno anciano, sino cuando le hayamos participado la muerte de su hijo?

—Y, ¿Pardo era casado?

—Su Señora, podría darle a usted las pruebas de ello ;

—Entonces que costee ella el entierro.

—Eso no — le dije — mientras Miguel Eduardo Pardo tenga amigos, no será enterrado por los cuidados de una *modista*, como dice usted, la cual ha agotado hasta el último ochavo en la enfermedad de su marido ; si usted no puede, o no quiere afrontar a nombre del Gobierno, los gastos que ocasione el entierro, díganoslo usted, que nosotros los

afrontaremos en nuestro propio nombre, o en el de su padre ausente ;

felizmente, el pobre muerto, que estaba a nuestro lado, nada oía de esa polémica humillante, ni escuchó insultar a su esposa, ni amenazarla de expulsión, ni se sintió desdeñado cuando el *Ministro* dijo :

—Yo no tengo instrucciones de *mi* Gobierno a este respeto, ¿a qué título costearía yo esos funerales? Pardo no era empleado de Venezuela.

—Bien está, repliqué interrumpiendo su intemperante discurso ; me explico bien su desdén ; usted no tiene ningún deber para con este muerto ; Miguel Eduardo Pardo, era un venezolano, y usted no lo es ; Miguel Eduardo Pardo, era un escritor liberal y usted no sabe lo que eso quiere decir ; Miguel Eduardo Pardo, era un intelectual, y usted no colinda con él por ese lado ; lo que yo pido a usted, es que me diga francamente si el Gobierno costea o no los funerales.

—Yo, personalmente, podría ayudar en algo.

—No se trata de eso ; si Miguel Eduardo Pardo, hubiera de ser enterrado por suscripción no lo sería por la de usted ; si usted no quiere hacer eso en nombre del Gobierno de Venezuela, dígamelo usted, y yo tomo ahora mismo un coche, levanto una suscripción en el Cuerpo Diplomático de París, y a las dos horas, tendremos para hacerle a Pardo, funerales de Embajador ; pero felizmente no tendremos necesidad de eso, porque sus amigos nos bastamos ; y, abandoné el salón sin despedirme.

Pedro César Dominici, continuó el debate, has-

ta conseguir del bárbaro, que accediese a costear por cuenta del Gobierno, los funerales de Pardo, a condición, eso sí, de que fueran los más baratos ;

y, así se hicieron...

... ...
... ...
... ...

Era una mañana brumosa, aquella siguiente, en que lo llevamos a enterrar ;

ya fuera de París, Dominici, Ugarte y yo, montamos en un coche ; Gil Fortoul vaciló un momento, miró los espías consulares que lo seguían con los ojos y entró en nuestro coche :

—Mañana sabrá Castro, que yo he andado con ustedes—, dijo refiriéndose a Dominici y a mí, que éramos los adversarios caracterizados del grotesco déspota ; y miró sonriendo a aquellos que lo espiaban ;

hablamos entonces, de Pardo, de Venezuela, de la generación a que éste había pertenecido, esa generación que Gil Fortoul, César Zumeta y Luis López Méndez, habían orientado, violentamente hacia los más nobles ideales ;

habían sido en política una generación de fracasados, como sus Maestros ;

éstos, habían sido los grandes crucificados de su ideal ; los grandes náufragos.

López Méndez, más feliz que los otros dos conductores, había muerto.

Zumeta, hosco, triste, incurable de desdén, combatía contra Castro en New-York ; sintiendo en su vencimiento, las más nobles adhesiones consolar su corazón.

Gil Fortoul, era Cónsul, en una ciudad y en un país, en que un hostelero cosmopolita, era Ministro ;

y, él, primero, si no el único diplomático venezolano, sentía sobre su frente de pensador, la sombra del peón caminero, empenachado de Embajador ;

ésa era la Venezuela de entonces ;

menos triste, menos desgraciada, menos envilecida ; es verdad, que la Venezuela de hoy ;

aquello, era ya el Bajo Imperio ;

pero no era aún, el Imperio Infimo.

... ...

Llegados al Cementerio, Gil Fortoul, dijo ante el cadáver unas bellas palabras, dignas de su talento ;

y, Pardo, entró en la tierra ; y nosotros regresamos tristes, silenciosos a París ;

nos detuvimos para comer juntos, Gil Fortoul, Dominici, Madueño y yo ;

nos separamos después, y fué una dispersión.

Madueño, en su marcha acelerada de viejo granadero, cayó en el sepulcro.

Gil Fortoul, fué Ministro Plenipotenciario en Alemania, y luego fué gobierno en su país.

Pedro César Dominici, fué Ministro de Venezuela en España ;

¡ ay ! todos ellos tenían patria ;

esa dispersión, me recuerda aquellos años ya muy lejanos, en que José Martí, Eloy Alfaro, y yo, nos sentamos por muchos días a una misma mesa de yantar en Nueva York ; todos proscritos, todos tristes, todos soñadores.

Martí, soñaba con Cuba, libre.

Alfaro, con libertar el Ecuador ;

y, ¿yo?... yo soñaba con Colombia esclava ;

ése fué el sueño de mi juventud.

Alfaro, partió el primero ; fué directamente a la Victoria, como un águila hacia la cima.

Martí, partió luego, y murió, como dijo Zumeta, que también era de los nuestros «prendiendo una estrella, en el Cielo americano» ;

y, ¿yo?

yo, quedé soñador sobre la playa, como aquel día en que se dispersó aquel grupo de pensadores, que enterró a Miguel Eduardo Pardo ;

y, preparándome a entrar por el portal de la vejez, consuelo mis derrotas escribiéndolas, como otros escriben sus victorias ;

y, me conmueve el recuerdo de esas horas, como ésta, en que cayendo en mis manos una edición de *Villa Brava* de Miguel Eduardo Pardo, pienso en él, en su noble talento, en sus luchas, y en sus tristezas ;

y, pienso en el día en que lo enterramos ;

una mañana de Otoño, llena de Melancolía ;

una hora muy triste, en que cinco pensadores, nos congregamos en torno a su sepulcro y le dijimos adiós...

¡ cómo temblaba en el cielo un poco de claridad !

PEDRO CESAR DOMINICI

TRISTEZA VOLUPTUOSA

Los recuerdos de los besos, muy remotos, son las llagas mal curadas, que llevamos en el alma y en el cuerpo;

¿qué llama voraz, es esa llama del Recuerdo, que brilla y no ilumina, que quema y no destruye, y sin embargo alienta el vuelo del Deseo?

la llama es movible; la llama es taciturna, como un fuego fatuo en un Cementerio;

os sigue, y os huye;

es una llama, que *habla* en el silencio;

y, su lenguaje es malo; su lenguaje es perverso;

¿por qué os recuerda con tenacidad, los viejos besos, de labios que ya no existen, de labios que ya han muerto?

y, sobre el cielo pálido, se deshoja el rosal de los recuerdos;

una lluvia de rosas amatistas, cayendo en los follajes del Misterio;

para adornar la frente de los lejanos muertos, que yacen insepultos, sobre los campos yermos;

los recuerdos, son seres que andan, se alzan del sepulcro y toman cuerpo;

y, vienen a nosotros, y nos persiguen siempre,

cuando estamos dormidos, cuando estamos despiertos, cuando velamos tristes, cuando entramos en sueños ;

se acercan suavemente, con sus alas de insectos, que tienen los perfumes de muy remotos huertos, que nos fueron queridos ;

nos miran muy tristes, con sus ojos perversos, y nos muestran la copa repleta de los besos, que dimos en los labios ardientes, en los tiempos lejanos, que son idos ;

de tiempos ya pretéritos, que sepultó la nieve de tanto y tanto invierno...

entre ellos brilla uno como un carbunclo inmenso, que ilumina la noche voraz de los recuerdos ;

es, el primero de la amorosa vía ;

aquel que dimos a unos labios de fuego, cuando los nuestros se secaban apenas, del néctar candoroso de los labios maternos ;

el beso adolescente, primero que nos dieron, cuando al mismo tiempo que los labios, se desfloró temblando nuestro cuerpo ;

de ese beso primero, nadie mata el recuerdo ;

él, vibra en este libro, Breviario del Deseo ;

y, brilla en sus páginas, como un áspid de fuego, como sierpe de llamas, enroscada en el cuello de un Ganimedes virgen ;

se siente el aleteo de todas las pasiones ;

las músicas dolientes de las angustias sabias, de aquellos corazones que todo lo supieron, porque en amar gastaron sus fuerzas y su tiempo ;

las almas de los grandes exegetas del beso, los viejos taumaturgos que fatigó el Deseo :

¿por qué este Evocador del divino Misterio, este

lírico audaz, de cuyo rojo verbo, surgen las mariposas vibrantes de los sueños, todas ebrias del néctar — de ese néctar sedeño que todos conocemos, porque lo hemos bebido en los labios perversos—, por qué este gran Poeta, por qué no escribe en verso?

Tristeza Voluptuosa, tristeza de lo acerbo, tristeza de las cosas perdidas en el tiempo, donde solloza el alma de los ideales muertos ;

este libro pedía, las alas de la estrofa, y el ritmo y la música del verso ;

¿estáis tristes? pues leedlo ;

es un lago montañés, que retrata muchos cielos, altos cielos, donde pasan muchas almas ;

sombras de alas y de nubes desgarradas por los vientos ;

¡ cuántos lirios en la orilla ! los Príncipes del Ensueño ;

¡ cuántos cisnes en sus olas ! los lirios son gemelos ;

¡ cómo canta la Tristeza, bajo el ala del invierno, en el seno taciturno de ese lago limpio y quieto... ; la Tristeza Voluptuosa, de los años que ya han muerto !

la Tristeza, coronada con las flores del Recuerdo, y trayendo entre sus manos, las cenizas de los besos ;

¡ oh ! los besos olvidados ;

¡ oh ! los besos de otros tiempos ;

al conjuro de este libro, en el alma surgen ellos ;

¿fueron malos?

¿fueron buenos?

¿quién dirá si esos besos fueron malos?

¿quién dirá si esos besos fueron buenos?

sabemos que ésos labios fueron nuestros; sabemos que esos labios nos besaron; y después de eso beso, no hubo ya nada puro en nuestros labios; ya no supimos de los besos vírgenes; ya no supimos de los besos castos; y no supimos ensayar los besos, sino en la frente negra del Pecado; porque bebimos el acíbar turbio, la copa de fuego de esos labios;

¡oh! libro que has entrado entre mis venas; ¿qué despiertas en ellas? se han secado;

dejad pasar el viento del recuerdo por entre los guijarros que antes fueron el cauce de un torrente;

dejad soñar un poco al Solitario;

y, dejad la *tristeza voluptuosa*, envolver su dolor;

mi orgulloso corazón es un estuario, donde vienen las olas del Recuerdo, a cantar su canción, cuando anochece;

es bello, en el crepúsculo sereno, ver el perfil brutal de lo Pasado, alzarse como un monte en el Silencio;

dejadme en el topacio de la Tarde, desgranar mi rosario de recuerdos; y resurjan las rosas pensativas, que ornaron mis jardines otro tiempo;

dejadme acariciar con mano trémula, la melena de luz de los Ensueños;

¿de qué viven los niños?

de esperanza;

¿de qué viven los hombres?

de recuerdos;

recordemos;

y, ya que no esperamos, vivamos y soñemos.

SANTIAGO PEREZ TRIANA

DESDE LEJOS

Santiago Pérez Triana, publicó un libro político, de asuntos colombianos: «DESDE LEJOS»;

título y sub-título de un terrible decir, sugestivo y profundo, porque sólo desde lejos puede hablarse de asuntos colombianos;

he ahí un libro oportuno de un oportunista.

Pérez Triana, no fué un político profesional;

fué un hombre de mucho saber, que escribió política como escribió literatura, y como hizo versos por *sport*, y todo con propiedad: prosa y versos, clásicos, de un sabor no moderno, pero de un encanto apasionado, rebosantes de noble actitud serena;

era un *dilettante*, lleno de prestigios mentales, que gustaba de dar, a muchas cosas a la vez, el brillo seductor de su talento;

sus amigos de la Banca y las Finanzas, se empeñaron en no ver en Pérez Triana, sino un finan-

cista, un Napoleón de los números ; el gran descuajador de las selvas intrincadas de las cifras....

yo, ni contesto ni constato la afirmación ;

el mundo de los números me es desconocido ;

yo, no sé contar ; y no acierto a entrar ni a empellones, en las fronteras de ese Imperio, del cual Santiago Pérez Triana era Soberano ;

para mí, la verdadera personalidad de Pérez Triana, donde culminaba, y se aislaba sin iguales, y sin rivales, era como orador ;

era allí, que sobrepasaba, el más alto nivel de sus contemporáneos ; ·

la actitud, la voz, el gesto, todo en él, era oratorio, de una oratoria clásica y sonora, que igualaba y supera los más altos modelos de la Elocuencia antigua ;

la Elocuencia, estaba en él y fluía de él, como de un manantial de Pensamiento, y de armonías, que a distancia inmediata se hacía un río ;

era un océano que trinaba ; era una selva que cantaba ;

la enorme mole de su cuerpo, reposaba en la tribuna como en un pedestal ;

el gesto grave y lento de sus manos, tenía una rara nobleza de expresión, cual si marcase con ellas extrañas orientaciones a las almas que lo escuchaban ;

sus ojos de miope, casi ciegos, parecían reconcentrarse en una mirada interior, como para contemplar en su corazón, el río de Bellezas Espirituales, que pronto iba a fluir por sus labios, caudaloso de majestad y encantamiento ;

su elocuencia, no era la de Castelar, un tenor ligero a lo Caruso ; era la de un bajo profundo, tan

profundo como su pensamiento, al cual prestaban extrañas alas, los recursos de una dialéctica, elegante y sonora ;

no era un Tribuno ; el Tribuno es un producto oratorio, más cerca del pueblo ;

era un Orador ; y el Orador es una síntesis intelectual, más cerca del Arte ;

circunscribiéndose al círculo estrecho y mezquino de la oratoria de su país ; de él puede decirse, que era la reaparición agigantada de Rojas Garrido ;

así, se lo dije en Madrid, cuando discurrimos ambos, en el Paraninfo de la Universidad ;

y, lo repito, era un orador maravilloso, el más maravilloso, que mis oídos hechos a cosas de belleza, hayan escuchado hasta hoy ;

y, ese prodigio oratorio, había venido muy tarde a la tribuna ;

¿por qué?

contento con su fama de *causeur* insuperable, se había retardado en los predios amables de la conversación, sin querer — tal vez por ignorancia de su fuerza — trepar el escalón que lo separaba de la celebridad ;

llegó a ella a los cincuenta años ;

de un solo gesto, conquistó el Reino todo de la notoriedad ; conquistó la admiración ;

¿la notoriedad dije?

pues, dije mal ;

con un solo gesto conquistó la Fama ;

él, fué toda la Elocuencia americana, en la Conferencia de la Haya ; la sirena conquistó el mundo ;

¿por qué no lo felicité, yo entonces?

porque su elocuencia con librea, logró indignarme, más que cautivarme ;

él, hablaba allí bajo el uniforme rojo de cosaco, que *Coccobolo I* (1), ponía a aquellos que se arrodillaban para representarlo ;

sus perífrasis, empenachadas de coccobolismo, exasperaban mi natural rebeldía, y eran como un nuevo dolor en mi soledad ;

porque yo no acepto el sofisma palatino, de que servir a la Tiranía, no es servir al Tirano ; y que la Diplomacia, es un terreno neutro en que se puede un hombre prostituir, quedando virgen...

la diplomacia coccobolesca, se había hecho el Hospital de inválidos, donde todas las nulidades del pancismo liberal, se habían dado cita ;

los que se habían prostituído en aquel lecho de protocolos, no tenían como otros, la disculpa del hambre...

se habían prostituído por histerismo político, por ingénita corrupción del corazón, por una necesidad vil de corromperse ; porque sentían dentro de sí, el infame clamor espiritual de ser mancillados ;

conservarse puros, les parecía un crimen ; la pureza, era un gesto violento de sus almas meretrices ;

todo el viejo *cocottaje* radical, que no quería morir, sin sentir sobre sus ancas la caricia profanadora del despotismo, pidió al tirano el dulce honor de ser prostituído por él ;

---

(1) Nombre con que Vargas Vila distinguió a Rafael Reyes, ex Presidente de Colombia.

y, el viejo tirano forestal, exportó la yeguada impudescente, para mostrar al mundo, lo más nulo que tenía en el infinito *attelage* de sus cocheras imperiales...

y, se les vió así, de Corte en Corte, es decir, de fracaso en fracaso, fatigando el ridículo, donde no fatigaron la ineptitud ;

sólo Pérez Triana, supo vencer ;

él, fué toda la Delegación de Colombia, en la Haya ; porque Jorge Holguín que le acompañaba, era un molusco parlamentario, que tenía la elocuencia de una ostra ;

y, Marcelino Vargas, delegado también, era un chafarote bárbaro que tenía la mudez de una hoja de puñal ;

esos dos peces diplomáticos, elocuentes como una sardina, alzaron la tribuna de la mudez al lado de la tribuna de la elocuencia, que alzaba Pérez Triana ; ellos dieron a la Conferencia el único homenaje de respeto que podían darle : el del Silencio ;

la palabra humana, les debe gratitud ; porque por ese pudor de bestias, tiene una página menos de que avergonzarse ;

si Pérez Triana, fué toda la elocuencia americana en la Conferencia, ¿cómo no había de entristecerme, ver esa gran fuerza al servicio de la Tiranía?

si yo acepara el sofisma cortesano, de que Pérez Triana, en ese puesto había servido a la República y no a *Coccobolo*, sería aceptar que la verborrea churrigueresca y álgida y la comicidad hilarizante de Uribe Uribe, en su jira por las repúblicas del Pacífico, habían sido agotadas al servicio de Colombia, y no de *Coccobolo;*

que las misiones y dimisiones de Diego Mendoza en Wáshington, sus abdicaciones de siervo y sus delaciones de lacayo, tenían que ver algo con la República y no con *Coccobolo;*

y, finalmente, que aquel otro, poetastro, ex radical, policía secreto, al servicio del Consulado colombiano, era espía de la República y no de *Coccobolo*, en New York;

esa locución de caballerizas reales, no puede tener lugar, tratándose de hombres intelectuales, como Pérez Triana;

he ahí, por qué no pudiendo felicitarlo por su elocuencia, me limité a llevar el duelo de ella;

y, lo llevo, todavía.

... ...
... ...
... ...

El libro de Pérez Triana, que hoy releo, ¿es una rectificación?

mi juicio encadeno; y, nada digo.

Pérez Triana, era desconcertante...

no hacía gestos definitivos;

pero, su prefacio sin librea, me ha desarmado;

su prosa oratoria, prosa oceánica y ciceroniana, corre allí elocuente y sonora, como un gran río, que baja a la llanura y se explaya en ella, cargado con el oro de las montañas, armonioso y luminoso, bajo el gran sol ecuatorial, que lo corona de un resplandor igniviscete;

y, él dice así, como en *crescendo* confidencial, al oído de la dictadura, grandes verdades, que son grandes admoniciones;

hay en la abyección colombiana, algo que so-

brepasa a la indignación y aun el desprecio, y que casi obligaría al silencio, si hablar, no fuera el deber imperativo de aquellos a quienes ha sido dado el alto don de la palabra escrita.

Pérez Triana, que tenía un alma noble, cualesquiera que fuesen las ductilidades de su carácter, había visto bien, que era la hora de la palabra, en esa ruta hacia el poniente, que llevaba su patria camino de la desaparición ;

y, dijo amigablemente, pero dignamente, grandes cosas al oído de la Tiranía ;

y, así, vestido de amigo, deslizó en el corazón del César, el puñal de la verdad ;

el César, lo oyó tal vez ;

y, el César, rió ;

la primera condición de ese César, era el cinismo ;

el despotismo de la desvergüenza, es el de las decadencias ; y ése es el despotismo de que muere Colombia ;

cuando la corrupción de un pueblo llega a ese grado de bajeza que ya no tiene nombre en ninguna lengua, produce ese despotismo.

Coccobolo, estaba por debajo del último vocablo ;

toda palabra, aun el dicterio más rudo, lo coronaba ;

todos los déspotas americanos, aun los más viles, están dentro de la civilización ;

sólo él se conservó tenazmente fuera de ella, en plena selva, como un tigre ;

fué siempre el salvaje montaraz y bravío, en guerra contra el Derecho y contra la Humanidad ;

ya, que a los sesenta años había aprendido a leer, ¿leería el libro de Pérez Triana?

¿qué efecto haría en ese espíritu inculto y taciturno, ese libro amigable, lleno de admoniciones severas?

el que hace al oído de un tigre, el canto de un pájaro en la selva;

fué en vano, que los amigos más o menos ilusionados de ese despotismo, trataran de atraerlo hacia la civilización.

Coccobolo, fué y permanecerá siempre bárbaro;

para él no había más que los dos términos de un dilema: la dictadura en la selva, o la selva en la dictadura;

durante su juventud, ejerció la primera; y siendo poder implantó la segunda;

ese hombre no se civilizó jamás;

permaneció siendo siempre, el Tirano en estado primitivo;

su desnudez de gorila omnipotente, no se cubrió sino con la hoja de parra que el diarismo estrafalario de sus *seides* puso sobre el oprobio de su bestialidad;

de los estudios fiscales que contiene el libro de Pérez Triana, se desprende una ruda lección para Jorge Holguín, que queriendo hacer el Moltke de las Finanzas de Colombia, no logra ser sino el Pirro del Desastre; un Pirro lamentable y grotesco del cual cada batalla era una derrota y cada derrota un río de sangre hecha oro, que se escapaba del corazón de la República;

la Improbidad, que era el lema coccobolesco en las finanzas, fué suave y gravemente denunciada por la prosa fiscal de Pérez Triana.

Coccobolo y C.ª hicieron la liquidación de la patria ;

a detener esa quiebra fraudulenta, o a denunciarla al menos, tendía el libro de Pérez Triana ;

nada detuvo la caída del muro que él quiso apuntalar con mano de sabiduría ;

el Abismo había abierto sus fauces enormes y no soltaría ya su presa ;

devorada sería ;

cuando un pueblo ha muerto, nadie disputa su cadáver, y todos se disputan su herencia ;

el libro de Pérez Triana, fué la *Oración Fúnebre* del Crédito Nacional ;

ya que no pudo salvarlo con los esfuerzos de su talento, cumplió el triste deber de amortajarlo con las rosas de su elocuencia ;

su libro guarda una tristeza imperfecta, que hace pensar las almas ;

no es un libro de pasión, ni un libro de oposición, es un libro de reflexión ;

sereno, como la melancolía que se apodera del ánimo en la hora de las grandes liquidaciones ;

el libro no mató al Monstruo ;

el Monstruo lo devoró ;

y, rió, con una risa innoble, que fué tal vez la mueca de su cólera ;

y, el elocuente delegado a la Conferencia de la Haya, vió la inanidad del esfuerzo contra la fuerza, en un pueblo que cerrados los ojos al porvenir, consentía en que el pasado lo devorara ;

un pueblo así, no merece ningún esfuerzo ;

ni el de redimirlo, ni el de matarlo.

RUFINO BLANCO FOMBONA

LETRAS Y LETRADOS

Vive tu Vida;
vive tu Instinto;
deja tu pensamiento expandirse y evolucionar, según la ley íntima de sus elementos constitutivos;
Sé Tú Mismo;
Ser Sí Mismo;
guardar su Yo integral, con toda la virtuosidad de sus pasiones y toda la culminación de sus defectos, he ahí el deber de todo escritor, la característica de todo genio; lo que hace la vida y la gloria de los grandes hombres y de los grandes libros;
conservar íntegra y externarla con sonoridad, esa aglomeración de elementos, difusos y complejos, pero de una absoluta aunque invisible Unidad, que es nuestro Individuo; he ahí la fuerza de los grandes triunfadores, destinados a la conquista y al dominio, de ese Imperio ilimitado y tenebroso, que es la Conciencia de los Hombres.

Rufino Blanco Fombona, es, como todos los verdaderos escritores y poetas, antes que todo, y por sobre todo : un temperamento ;

y, es ese temperamento, exhibido con una lozanía y un vigor de tigre joven, lo que hace el encanto y la sugestión poderosa de sus libros ;

fuera de sus dilecciones académicas de lenguaje, que son en él una espiritual herencia, no hay en aquel cerebro autóctono, una sola partícula del pecorismo que alinea y empequeñece al mismo tiempo, las grandes masas aún amorfas, de nuestra literatura tropical ;

escritor personal y agresivo, no escribe sino para combatir, aun en esos estudios de Arte puro, en los cuales, los mediocres suelen poner como un lujo, toda la delicuescencia morbosa de su Impersonalidad ;

el hombre que puede escribir libros apasionados, no está nunca solo, porque está con sus venganzas ; no está nunca triste, porque está con sus odios ; no está nunca en el Silencio ; sus enemigos, están allí, para corear su nombre ;

cuando hablo de libros de pasión, es de libros de noble pasión que trato, y no hablo de los libros vulgarmente llamados de *Crítica*, que son siempre el panfletarismo de los mediocres contra el triunfo ;

en lengua española, no hay Crítica ; no hay sino chirigota fofa y mercantil, de un pedantismo exótico, que recorre todos los grados de la imbecilidad ;

en España, si se exceptúa a Manuel Bueno, que no es un crítico, sino un Supremo Escritor de Arte, y, a Andrés González Blanco, que últi-

mamente ha culminado en libros bellos y profundos, lo demás, es el reinado del señor Gómez Baquero ; es decir, de la absoluta acefalía intelectual en cosas de Arte ;

en América, solo José Enrique Rodó, por su ciencia y su conciencia en esas cosas, merecería el título de crítico, si éste no estuviera de tal manera deshonrado por todas las candilejas de la mediocridad, que aplicarlo, es aplicar un San Benito y no un elogio, a un escritor que lo sea ;

de Bobadilla, no hablo, porque para mí, Bobadilla, no ha entrado nunca en la intelectualidad, ha permanecido siempre merodeando en torno de ella, lanzando guijarros a los que triunfan, y haciendo *Muecas* grotescas, empeñado en demostrar, que porque nació en un ingenio cubano, tiene alguno ;

no hay, pues, en español, ni crítica, ni críticos ;

pero hay espíritus cultivados y artistas, que se ocupan de cosas de Arte, con el culto exquisito y apasionado, que las almas sutiles y elevadas sienten por todo lo que se relaciona con el culto inmortal de la Belleza : Blanco Fombona, es uno de ellos.

Letras y Letrados, es más que una obra de Arte, una obra de combate por el Arte ;

porque ya lo he dicho, Blanco Fombona, no puede escribir sin combatir ;

no hago míos los odios ni los amores del escritor que nombro, pero sí he de admirar en esos artículos de combate, el estetismo rojo, y ese amoralismo negador del sagrado, que dan a aquellas páginas, el sabor de una polémica nietzschiana ; po-

lémica en que el autor de *Le Gai Savoir*, pudiese esparcir su verbo luminoso, lejos del determinismo exasperante de la ciencia, y el reinado arbitrario de los dioses ;

el entusiasmo, que es la admiración noble, y una virtud primitiva de las almas sin envidia, guarda en *Letras* y *Letrados*, las justas proporciones de una predilección exquisita y delicada por ciertos libros y ciertos autores, bastante a no aparecer como refractario a toda simpatía, o juez, hostil y miope ante todo mérito ;

pero, no es la nota de la benevolencia, la dominante en aquellas páginas, de un impresionismo irónico y raro, con puntos de vista de una óptica teórica, eminentemente personal, de una personalidad intelectual constitutiva y fuerte, apta por su cultura, para emitir juicios, poderosamente originales, sobre las obras y los hombres ;

la sensibilidad exquisita y a veces apasionada del Poeta, puede llevar a Blanco Fombona, a la injusticia, pero no lo lleva nunca a la adoración ;

la adoración es una señal de debilidad, por no decir de inferioridad de espíritu ; y Blanco Fombona, no tiene, ni aun en sus defectos, un átomo de inferioridad ;

el Icono-clasicismo, es todo lo contrario de la Idolatría ;

el hombre que se ocupa de destruir los ídolos, no tiene por qué preocuparse de fabricar nuevos ; toda Idolatría, es el culto a una Mentira ;

no hay sobre la tierra, ni fuera de ella, nada digno de ser adorado por el Hombre ;

es verdad que Blanco Fombona, hace conce-

siones inverosímiles a la mediocridad, que parece creer en la falsa ciencia de ese feto de Lombroso que es Max Nordau, y, nombra con aparente seriedad, entre la gente que escribe, a cierto señor Baquero, juez en un barrio de Madrid, y crítico *ácimo* en *El Imparcial* de aquella ciudad;

pero, ¿dónde acaba la admiración de Blanco Fombona, y dónde principia su ironía?

este libro de Blanco Fombona, hecho con artículos dispersos, publicados acá y allá, en épocas diversas y en Revistas europeas, tiene en su desorden encantador, una estrecha cohesión y una unidad de criterio, raros, en la generalidad de estos libros politemistas, formados con desdén por sus autores, para fines de librería, y, entregados a la avidez de un Editor.

Blanco Fombona, que es el primer Poeta contemporáneo de su país, y uno de los cuatro grandes poetas de América, es asimismo uno de los poquísimos, que dominan la prosa, con un imperio igual al de los secretos del verso; eso es raro, dígalo si no, Amado Nervo, cuyas prosas lamentables, son la más apasionada autoconspiración contra su fama de Poeta amanerado y endeble;

en este libro de Blanco Fombona, en el cual hay más de su temperamento que de su Arte, su prosa es más rica, más coloreada, más llena de músculo y de nervio, que en otros libros suyos, en que la sed de perfección académica, lo obsesiona, y entraba el vuelo poderoso de su fantasía; y como en este libro, obedece a su temperamento, sin convencionalismos ni artificios, en él, adquiere sin esfuerzo, toda su alta talla de escri-

tor, en un bello gesto de absoluta y genial sinceridad ;

¡ ojalá que en busca de la tradición clásica, que la perfidia de ciertos amigos le aconseja, Blanco Fombona, no llegue a ser nunca, un *escritor perfecto !*

ese día sería mediocre, y merecería sentarse en la Academia venezolana al lado de Gonzalo Picón Febres (padre), heredero directo de Don Manuel María Fernández, y rival afortunado del Doctor Limardo ; y que no siga el *Camino de Perfección* que es, por donde han triunfado últimamente todos los mediocres, en Venezuela ;

es conservándose así, inquieto e inquietante, agresivo y personal, como quedará siendo un grande escritor, porque ésa es la parte genial de su talento ;

es, conservando intacto su *Yo integral*, que se es un escritor genial ;

lo demás, es el aprisco académico ;

la recua obscura y resignada, marchando al triunfo colectivo, bajo el cayado del Precepto ;

eso... puede ser el talento ;

eso, no es nunca el Genio ;

y, Blanco Fombona, tiene el derecho de ser contado como algo más que como un Escritor de talento.

RAMON PALACIO VISO

(JARDÍN LÍRICO)

Abro el libro de un Poeta ;

armonías misteriosas y serenas melodías, aquí vibran ;

como el arpa de David, ellas calman los delirios de la mente ;

e iluminan con ternura, las penumbras dolorosas de la Vida ;

¡ bellos libros, olvidados por el tráfago incesante de los días !

en mis manos tiemblan ahora ;

y, me dan ese perfume de las cosas delicadas, ya remotas ;

¡ viejas rosas deshojadas, en el seno del Silencio !

sus perfumes son a esta hora, más queridos, más intensos ;

este libro de Poeta, alto y fuerte, me recuerda horizontes ya lejanos de mi muerta juventud ;

es un lienzo iluminado por el viejo sol poniente del Recuerdo ;

¡ perspectivas encantadas de la Patria, ya perdidas para siempre !...

los perfiles luminosos de los montes, que se esfuman en las vagas lejanías;

las turquesas de los cielos, los circundan con sus combas infinitas;

y, la sombra opalescente y violácea, de las selvas tan profundas... donde duermen grandes ríos, que semejan hondos mares, despeñados de los senos taciturnos del Abismo;

bellos campos florecidos de silvestres margaritas; la esmeralda de sus frondas, se estremece al reír de las zagalas;

el suspiro de la tarde, perfumado de geranios, va sembrando ópalos tristes en las blondas desnudeces de los campos;

todo canta en este libro, fuerte y bello;

multiforme;

en el fondo ríe Voltaire;

y, ¿el fauno ebrio que allí canta? Rabelais;

y, ¿esas manos canónicas que bordaron esa estrofa?

las de Góngora;

¿quién asoma el rostro astuto, tras las alas de ese verso?

pues, Quevedo;

viejas pompas castellanas de la lengua, como lucen sus tocados arcaizantes y brillantes, llenos de una aristocracia principesca, en las páginas, ya doctas, picarescas, o brillantes, de este libro;

de la vieja poesía, Reina exilia y ya provecta, toda el alma se pasea en los jardines, sabiamente cultivados, por la mano cuidadosa de este clásico hortelano de la Rima;

mucho jugo de los pámpanos antiguos de Cas-

tilla; sus dos leones se dirían que están ebrios con el zumo de esa vid;

¿es la sombra ensotanada del gran Lope, la que pasa en ese punto obscuro del jardín, Breviario en mano?

tal vez es Santa Teresa, que se inclina sobre un lirio, y lo deshoja, para enviar entre sus cartas, a San Juan, el de la Cruz, ese pétalo ya trunco, donde fueron de sus labios las caricias...

de sus labios, fatigados de besar el Cristo inerme y decirle con coraje, los decires de su amor;

hay de pompa versallesca y jardines de Watteau, también allí;

viejas damas empolvadas, y marchitas por el vicio, y señores pelucones, de alta estirpe libertina, forman cuadros boccaccianos, donde se oye alacremente el chispear de sus ingenios;

los abates presumidos, y los pálidos efebos, dicen cosas a las damas; y se inclinan sobre el nácar de los senos;

y, las ánforas de Hebe, se estremecen;

tras los tersos abanicos, brota un huerto de sonrisas;

¿quién perturba esos idilios?

¿es el canto de Cirano?

¿es la espada de Artagnan?

pasa el Rey...

... ...

... ...

De la Italia, vienen ahora, esas rimas musicales;

son de Fiésole, los campos, y el verdor de sus olivas;

son las rosas de Sorrento, lujuriosas como bocas

donde el beso del pecado puso el sello abrasador;

esas rosas, que sonrieron en la cuna al Tasso niño, y lloraron a su paso, cuando viejo y ya demente, sus estrofas les cantaba, con un gesto de guerrero, y vencido trovador;

son de Orvieto, los racimos de esa parra.

Metastasio canta allí; gandul ebrio con el vino del Sagrario;

y Boccaccio, le sonríe desde el huerto conventual;

vienen olas del Egeo, al remoto mar latino; traen las rosas de Anacreonte;

y, hay la sombra del Pireo;

y, los soles del Ática fulguran;

y, las nieblas del Támesis, se elevan como un velo de tedio;

no las amo; las silencio;

cierro el libro;

pienso y sueño;

libro raro, libro bello;

hoy, después de tanta angustia, la armonía de sus versos, mi letargo ha disipado;

¿qué música suena en ellos?

la música sin palabras; la música del recuerdo;

la de todo lo lejano, de lo ausente, y de lo muerto...

¡juventud que fué perdida!

edad fuerte, ¿qué te has hecho?

la vejez, toca a mis puertas;

y, los males en acecho;

cae la noche;

canta el mar;

y, en la sombra llora el cielo.

MANUEL ANTONIO MATOS

PROSAS MINISTERIALES

Yo no sé, si los venezolanos, comparten una admiración mía;

estaría celoso de que así fuera;

yo quisiera que esa admiración me perteneciera exclusivamente, y estoy seguro de que así ha de ser.

—¿Sabéis cuál es mi admiración?

yo, admiro hasta el fanatismo, a Manolito Chirino-Matos, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela;

¿qué queréis?

eso es en mí una *folia*, como otros tiene la *fobia*, de este viejo tendero, archifastuoso y teatral;

yo admiro a Chirino-Matos, en el mismo grado en que admiro a los loros, y a los monos; como la más perfecta caricatura del hombre sobre la tierra;

es verdad que amo más a un loro, porque habla con más propiedad que Chirino; y amo más a

un mono, porque guarda en sus maneras, más compostura que Manolo Matos;

pero, eso no quiere decir, que entre los animales hilarizantes, polichinescos y divertidos, Manolo Chirino-Matos, no ocupe en mi admiración, un lugar muy preferente;

en nuestra política, abigarrada y multicolor, yo no conozco nada más divertido, que este mulato viejo y perfumado, con sus maneras de cocinero de casa grande, y sus melenas de Cristo de Pasión, en pueblo chico;

lo admiro como animal pintoresco, más allá de toda admiración;

y, nadie, ni nada, me curará de este fanatismo manolesco y chirinesco, digno de todos los castigos, pero, que produce en mi ánimo, la voluptuosidad de una cosquilla;

en temperamentos hoscos y un poco esplinéticos, como el mío, esos seres así, *ciprianescos* y *clownescos*, como Matos, producen un efecto maravilloso de apaciguamiento, porque la risa es sana, la risa salva;

en esas horas, en que todo llora en nosotros, el Pasado y el Presente, y los jardines interiores, y los paisajes exteriores, se hacen tristes, como bajo una misma lluvia de recuerdos, la aparición de un ente así como Manolo Matos, es un encuentro de un valor inapreciable, que os invade de una alegría loca, y desbordante, os da un inmoderado e incontenible deseo de reír, y os torna de súbito en alegres todas las perspectivas entristecidas, y os borra como con una esponja de gozo, todas las pasadas melancolías del corazón y del cerebro;

estos seres, son como el Arco-Iris del Ridículo, que anuncian el momentáneo fin de la tristeza, en los horizontes siempre tediosos de la Vida ;

en cuanto a Manolo Matos, él es el Elixir Maravilloso contra el Tedio ;

la farmacopea política venezolana, no registra otro Específico igual, contra el aburrimiento de la Vida ;

la figura de Manolito, el CANCILLER NINON, sería capaz de hacer reír, la estatua del Comendador, apostrofada por don Juan ;

yo creo, que cuando Chirino-Matos, muera, al llegar con él al cementerio, se escuchará un rumor de carcajadas sonar en todas las tumbas ; serán los pobres muertos, asaltados de un acceso de hilaridad, y que al fin tienen un momento de diversión en la imperturbable Eternidad de su reposo ;

la política, sería de una tristeza agotante, sin protagonistas así, como Manolo Matos ;

¡ oh, la gratitud que debemos a estos queridos fantoches, con sus gestos menudos, que hacen reír la crónica, ya que con sus antenas de insectos, no pueden esbozar grandes gestos que llenen el escenario de la Historia ! ;

el pobre Chirino-Matos, dígase lo que se quiera, es un ser inofensivo ;

lo grotesco, reside en dosis enormes, en el alma de este beocio, iletrado y cándido, en cuyo cerebro, desprovisto de sentido común, no ha abierto nunca sus alas, la crisálida de una idea ;

tiene una alma de bailarina vieja, con la mente llena de bambalinas y *fanfreluches ;*

el cerebro de ese hombre, es un camarín de característica de zarzuela pobre, lleno de cosméticos rancios y tarros de pintura *à bon marché;*

con decir que a este *cabotín* desventurado, se debe el más raro descubrimiento militar de los tiempos modernos: el de la Vaselina como instrumento de guerra....

seis docenas de tarros de Vaselina, fueron hallados en su equipaje, cuando escapó fugitivo de Coro, en no sé qué revuelta, en que a sueldo de los países extranjeros, intentó hacer una guerra, contra su patria, este adorable Coriolano de estiércol;

los técnicos militares, no pudieron explicarse nunca, a qué usos *bélicos*, destinaba el fugitivo aquel untuoso elemento...

no riáis al pensar que Manolito Chirino, fué una vez General; os aseguro que lo fué;

¡el General *Matos*!

¿la unión de esos dos vocablos, no os suena a algo así como a música de los *Sobrinos del Capitán Grant?* ...

sin duda, porque Manolito Matos, y la idea del *vaudeville*, son inseparables.

Manolito, es una figura hecha para el *Simplicissimus* de Berlín, con su aire de Chambelán, de uno de aquellos Serenísimos, que la *Mascota* había inmortalizado en Lorenzo XVII, mucho antes de que el *Jugend* y la caricatura alemana, les diesen tan ruidosa y alegre popularidad;

este Canciller Ninon, bajo su uniforme de Ministro, debía tener el mismo aire terriblemente jocoso, que bajo su uniforme de general;

épatant, mes chers, épatant;

¿por qué no me ha sido dada la ventura de contemplarlo así, a mí que soy su admirador?

esa ventura, como la de oírlo perorar, me ha sido negada por la suerte avara, y moriré sin esta alegría, que ha fatigado tantas mandíbulas, en accesos de risa estrepitosos...

porque habéis de saber que Manolo Chirino habla;

su charlatanismo jocoso, y medio bozal, que es lo único que conserva de su antigua profesión de barbero en la Guaira, dicen que adquiere un relieve admirable de ridículo, cuando toma aires de solemnidad, en sus labios de negro catedrático, que dirían en Cuba;

su pomposidad de guajiro empenachado, virgen de toda noción oratoria, sería capaz de hacer reír las selvas, habituadas al grito de los loros;

en cuanto a sus desgraciados contemporáneos, que lo han oído, ellos recuerdan que una vez en la sala del Congreso, cuando hablaba Matos, se sintieron sorprendidos por una inexplicable lluvia que caía de los techos cerrados;

¿qué misteriosas goteras se habían abierto en los cielos rasos, vírgenes de toda hendidura?

¡ay! era que los caballos, pintados por Michelena en el *plafond*, únicos que habían comprendido el lenguaje de Matos, se habían sentido enfermos de incontinencia urinal; y se hacían agua a fuerza de reír;

a este hombre extraordinario, cosas extraordinarias le suceden, entre sus semejantes;

acaeció, que, perorando otra vez, en la Plaza

Bolívar, al terminar su discurso el caballo de la estatua del Libertador, relinchó para aplaudir;

el fraternal homenaje, no satisfizo a Matos, que trató de hablar desde entonces, lejos de sus cariñosos admiradores, porque aspira a ser comprendido por los hombre, este heroico Chambelán, hecho para ser contado por La Fontaine, y Samaniego;

pero, si Manolito Chirino, no es orador, Manolito Chirino, es un escritor, capaz de hacer amarillear de Envidia, los restos aún insepultos, del Señor Tello-Mendoza;

todo epíteto palidece, cuando se tropieza con la prosa umbilical de este *Canciller de la Rehabilitación*, empeñado en plagiar y en deshonrar, la prosa *ciprianesca*, que dió a Castro en el Poder, tan extraña nombradía;

y, como la América está privada de la gloriosa eventualidad de conocer la prosa matesca, refugiada por hoy en la escabrosa solemnidad de las notas oficiales, yo, encargado de revelar y popularizar en América esta gloria maestra, aún inédita, que es Manolito Chirino-Matos, me cuelgo al primer jirón de su prosa adorable, para entregarla a la admiración de los que sean capaces de comprender, las bellezas de esta literatura malgacha, bastante a hacer llorar de ternura, todos los orangutanes retardatarios de las selvas de Mozambique, que verán con orgullo en esa prosa, la expresión aún imperfecta de su dialecto incomprendido;

y, para eso, hago uso de una «Circular» que felizmente llega en copia a mis manos, y en la cual S. E. el Canciller Ninón, se encarga de

expectorar solecismos, a sus cónsules estupefactos ;

escuchad esta prosa espumeante y humeante de bestialidad, e inclinaos ante esta aparición de la Ininteligencia Absoluta, ante esta especie de cometa de las barbaridades, libre y enloquecido, sobre los cielos del más petrificado cretinismo ;

dice Manolo :

«Usted no debe olvidar, Señor Cónsul, que la *carrera consular es una ciencia hermética;* y no debe por lo mismo prestarse a *interviews*, con periódico alguno de la localidad» ;

¿conque la carrera es una ciencia, eh?...

¡ y, nada menos que hermética ! ¡ la Ciencia del Silencio ! *¡ Caveant, Consules !*

dice Chirino :

«Nuestro pasado *expectante,* nos ha enseñado que es preciso regularizar esa carrera» ;

¿ Qué entenderá Chirino, por un *pasado expectante ?*

aquí, el dinamómetro de toda conjetura se rompe ;

y más abajo aúlla Matos :

«Nuestra ciencia comercial demanda vuestro *concurso de fecundación* para esta obra» ;

¡ un concurso de fecundación ! he ahí un concurso que a nadie se le había ocurrido abrir antes de Matos.

Señores Cónsules ; ya lo sabéis, concurrid al concurso, Matos quiere ser fecundado ;

¿creéis que hemos acabado este calvario de la gramática y del sentido común? :

os engañáis de medio a medio ; Manolito es inagotable, oídlo aún :

«La *situación paradojal*, en la cual se ha encontrado el *elenco consular* hasta hoy, por *falta de consistencia*, fuerzan a *este mi gobierno*, a *crear nuevos* cónsules con el *título de carrera*, para poner con ellos los primeros jalones de nuestra *diplomacia exterior*»;

¡ vaya cardo ! como dicen los andaluces ;

¡ ven acá ! Manolo adorable, ven acá, has culminado ¡ oh ! monumento de genio mugidor y escribidor, que tu boca no se cierre, ni tu pluma se fatigue de deshonrar la palabra !

Manolito Superlativo ; Chambelán monumental ; eres una criatura aparte, la más rara vegetación nacida en las asentaderas de la humanidad ;

oye, Manolo, voy a soltarte, pero no quiero terminar sin hacer saber a la América, cómo firmas tú ¡ oh ! vetusto y riente molusco galoneado ;

termina la circular matera así :

«*ordenando* a Ud. una pronta acusación de esta nota, se suscribe de usted atento S. S. EL GENERAL MATOS» ;

ya había yo visto las tarjetas de visita de Manolo, así : *General Matos ;*

pero *eso*, como firma, y al pie de una nota oficial, desconcierta toda crítica ;

en ese mar de ridículo, se ahoga todo comentario ;

yo, prescindo de hacerlo ;

¿qué dirán los colegas estupefactos de Manolo Matos, en las otras cancillerías de la América latina ?

en cuanto a las de Europa, me consta, que tienen tan justa idea de nuestro atraso mental, que un hombre así como Matos, pintoresco y churri-

gueresco, con aires de Mariscal Haitiano, les parece el producto más natural de nuestras zonas, por más que Manolito, rompa el molde alambicado de los simios cancilleres del difunto Emperador Soulouque ;

viendo recientemente, una Patente de Cónsul, firmada por Chirino-Matos, en esta forma : REFRENDADA — *El General Matos*, un Jefe de Cancillería, preguntaba a un americano, con una ironía desnuda de toda sutilidad :

—*Mais est-ce que là-bas il n'y en a pas plus que de généraux mattos ?* (1).

—*Mais non, il y en a même quelques hommes, sérieux*—le dijo el otro ;

el Jefe de Negociado, sonrió maliciosamente, y no fué posible convencerlo de que en Venezuela, había aún muchos hombres serios, y quedó convencido de que todos eran *mattos ;*

¿habrá quien después de leída la Circular transcrita, o de ver cualesquiera otras formas de producción matista, se atreva a negar que este Canciller venezolano, intelectualmente hablando, es lo *más notable* que hay, en nuestra diplomacia americana ?

Matos, representa una aristocracia ; la del Ridículo ;

sin arrancarlo de esa aristocracia, yo lo introduzco en la República de las Letras ;

su cabeza de grulla extática, hará gran sensación allí ;

ese viejo pavo, no ha escrito nunca, pero, ha

(1) En italiano, *matto* quiere decir loco.

graznado siempre las más destempladas absurdidades ;

os he hecho oír uno de sus graznidos más inocentes ;

en la época feliz en que le ha tocado actuar, en su corral nativo, él tiene derecho a abonar con su estiércol literario, el *verde valle que lo vió nacer;*

todos, hasta la canalla mental, tan rica en Matos silvestres, reventarán de risa, a la aparición de este pavo vetusto, petrificado en las cimas de la más indecorosa Imbecilidad ;

su época, no lo ha revelado al mundo ; lo ha escupido sobre él ;

no creáis que este abyecto aborto literario, represente un momento mental de su país ;

representa simplemente una época oficial ; y, nada más.

CIPRIANO CASTRO

SUS VERSOS

¡ Pobres poetas de América !

no ganan para sustos ;

cuando no les sale un enemigo furioso, como el pacífico e inenarrable *General* colombiano Uribe Uribe, les sale un rival terrible, como el no menos heroico *General* venezolano Cipriano Castro ;

escapados apenas a la excomunión que el *automóvil verbal* de *Coccobolo*, lanzó contra ellos, en una de sus epístolas — terribles como el desierto, por lo largas y lo vacías — cuando he ahí, que *Ciprianito*, vomitado por Venezuela, sobre Europa, no pudiendo ya llamarse Dictador, se llama pura y simplemente, *Poeta ;*

sí ; el genio poético de *Ciprianito*, florece en el destierro, al lado del rosal de sus nostalgias ;

la Poesía, para enriquecerse de este prodigio, ha necesitado que la política lo arroje de su seno ;

desterrado del Capitolio, *Ciprianito* aspira a trepar al Helicón, siquiera sea en calidad de Pegaso ; todas sus cuatro patas se estremecen de júbilo a esta sola idea ;

¿cómo ha podido el mundo imponerse de este voto conmovedor de *Ciprianito ?*

por un reportero francés ;

en una *interview* con él, *Ciprianito*, después de recitar muchos versos, dijo al reportero, admirado de que aquel hombre se supiese de memoria la Antología venezolana :

—«*No se sorprenda usted, es que si yo no hubiere sido lo que soy, habría sido Poeta : y a veces hago versos...*

¡ Horresco Referens !...

gracias, ¡ oh mi Destino ! ¡ gracias de que yo no soy poeta ; es verdad que hice versos en mi primera juventud, pero, tan malos, que si no existiesen los de Bobadilla, los míos serían los más malos que se han escrito en español ;

curado de este mal, puedo decir con toda verdad, *yo no soy poeta ;*

así, no estoy amenazado de la fraternidad literaria de Cipriano Castro ;

hay gentes que no pueden hacer nada mejor contra la Poesía, que ejercerla ; no se puede emplear mejor venganza contra un arte que deshonrándolo.

¡ *Ciprianito* poeta !...

a la altura a que está la poesía, en ciertos medios, la pretensión de *Ciprianito*, no es exagerada ;

es verdad que él, no había sido un Poeta a lo Dante, Goethe, Shakespeare o Hugo ;

pero, sí habría sido uno como Bobadilla en Cuba, Delpino y Lama en Venezuela, o Forero Salazar en Colombia ;

no necesitaría gran esfuerzo para igualar y aun

superar a Bobadilla; en cualquiera *poesía* del *Vórtice;*

o decir como Delpino y Lama en los *versos* de su coronación;

«Salve *chiruli* del Guaire
que en una mesopotamia de cantore
fuiste, un ruiseñor que *echa* aire
tu desgaire me *torturea;*»

o como Forero Salazar:

«En hacer una paloma
hay mucha facilidad,
pero, en hacerle el pico y que coma
ahí, está la dificultad.»

si; ahí está la dificultad, en hacer versos como ésos; pero *Ciprianito* los habría hecho;

felizmente, que esta genialidad, no le dió a Ciprianito cuando era Amo de Venezuela, porque si se le ocurre entre todos los otros, este monopolio del disparate en verso, arruina como a un turco desvalido, a Gonzalo Picón Febres (padre);

afortunadamente, la *gloria* de este gran poeta, no ha sido aún emulada por *Ciprianito*, y la América, vela por esa *gloria*, esperando tener conocimiento de la existencia de ese genio;

yo, lo revelo al Continente, al lado de *Ciprianito;* es una justicia que se le debe;

la escuela de Delpino, no muere sin sucesores; y creo que esta revelación, hará regocijar las bellas letras, tanto como la aparición de Castro en Poesía;

éstos dos autores, tienen en Venezuela, la satisfacción de ser los únicos que no tienen plagia-

rios ; ¿quién sería osado a disputarles sus producciones? ése es el solo valor que ha faltado a los venezolanos ; y, es que se necesita más valor para afrontar el ridículo, que para afrontar la muerte ;

yo, no me fatigaré de excitar la juventud, a que lea esos dos poetas ;

es verdad que Castro, no ha escrito nada, dando con eso una prueba de superioridad sobre el otro ; después de leído éste, se verá que ha imitado servilmente y utrajantemente a Castro : no ha escrito tampoco nada.

Castro, no puede ser robado en Poesía, pero se conforma con robar ; es una cosa invencible en él ; ni los poetas se le escapan ;

os diré una anécdota, que os hará ver la cleptomanía literaria de Castro, única que hoy le queda por ejercer ;

era en 1906, y en los días del matrimonio del Rey de España.

Gumersindo Rivas, Director del *Constitucional* de Caracas por aquellos tiempos, hacía entonces un viaje ostentoso y ruidoso por Europa, y no podía faltar de ir a las fiestas reales, y fué, y no es absurdo suponer, que sin invitación alguna ;

llegado a Madrid, manifestó al Cónsul General de Venezuela, el deseo de verme ;

ambos hallaron lejos mi casa, por más que estuviese situada en el Barrio de Salamanca, y me buscaron en un Hotel de la Puerta del Sol, donde yo comía ;

aquel día, almorzaba yo con Palacio-Viso, cuando entraron Gumersindo, y mi colega el Cónsul General ;

mis relaciones personales con Gumersindo eran ya antiguas, y las habíamos conservado a través de todas las vicisitudes de la política, por ser absolutamente superficiales y ceremoniosas.

Gumersindo, podría ser abyecto, pero no había sido nunca malo; y la abyección de su periódico, no era toda imputable a él;

¿eran de Gumersindo todos los ditirambos escritos a Castro en el *Constitucional*?...

¿eran portorriqueñas las plumas que allí degradaban la prensa, prestándose a los más bajos menesteres?

¿eran portorriqueños los que allí deshonraban la palabra, poniéndola de rodillas?

Gumersindo, venía de Venezuela, y eso hizo que me fuese agradable verlo; no así le sucedió a Palacio-Viso, que en su calidad de descendiente de Bolívar, no perdonaba al Redactor del *Constitucional*, que hubiera comparado a Castro con el Libertador.

Gumersindo, habló de lo que él podía hablar: de *su* periódico, de *su* automóvil, de *su* querida, de *su* prestigio, de *su* amistad con Castro; con el *Jefe* como él lo llamaba;

y, para mostrar la deferencia especial de Castro por él, díjome:

—Me estima tanto el General, que ya al venirme me dijo: Gumersindo, dame un papel para escribirte un autógrafo; le di el papel y me hizo este verso:

y, Gumersindo me alargó la mano con un papel, algo sucio por las peripecias del viaje y de la exhibición; y, en el papel, escrito de puño y letra de Ci-

priano y con el título : *Improvisación para mi querido Gumersindo :* había este verso :

«Estos bigotes que veis,
mucho la patria les debe;
los ha chamuscado el fuego,
los ha cubierto la nieve.»

doblé el papel, y se lo devolví a Gumersindo, repitiéndole la estrofa :

—¡ Qué memoria ! ¡ qué memoria ! — dijo éste.

—Ya lo creo que es memoria — respondíle—, pues esos versos los aprendí cuando tenía ocho años y, nos los he olvidado todavía.

—¡ Cómo !

—Sí, hombre, ésa es una composición de Don Ricardo Carrasquilla, llamada *El Granadero*, y la cual saben hasta las piedras, en Colombia.

—Pero, el General...

—El General, que ha pasado casi toda su vida en Colombia, se aprendió esos versos, y lo ha mixtificado a usted con ellos.

Gumersindo calló, y, la entrevista tuvo fin ;

poco tiempo después, aquí en París, un gran poeta amigo mío, que sabía la mixtificación, me dijo, desternillándose de risa, que esos versos los había visto publicados en francés, y con el nombre de Castro, por las asiduidades de Gumersindo ;

así ejercía Castro la Poesía ; así, con los mismos métodos que el Poder ;

¿qué será del Parnaso si se dedica a ella ?

si se dedica a robar versos, todos los poetas de América deben ponerse en guardia ;

pero, si se dedica a escribir versos, sólo Bobadilla debe temer la competencia.

EMILIANO ISAZA

SU GACETA OFICIAL

Hacen mal los *putumayos*, en acusarme de falta de patriotismo, porque yo no amo el poder de *Coccobolo*, y no declaro que *Coccobolia* (1) va a la cabeza del mundo civilizado;

esa acusación, y la envidiable impopularidad, de que gozo en *Coccobolia*, me entristecen hasta las lágrimas;

la idea de no ser amado de mis compatriotas coccobolantes, y aun de aquellos que no lo son, ensombrece mi ánimo, hasta el grado de inclinarme resueltamente hacia el suicidio...

no compartir la popularidad con *Coccobolo*, Rafael Orduz, Carlos Arturo Torres, Lorenzo Marroquín y Esteban Huertas, me apesara hasta la desesperación;

---

(1) Este fué el nombre, con que Vargas Vila, distinguió a Colombia, durante el despotismo selvático, de Rafael Reyes (alias Coccobolo).

este pesar, comienza a dar al traste con mi salud, y acabará pronto con mis días, si la Virgen de Chiquinquirá, o la de otra advocación por el estilo, no hace el milagro de devolverme el amor de mis conciudadanos, que ha sido el solo sueño de mi vida;

y, sin embargo, la idea de morir como aquel Gran Traidor, que fué Don José Manuel Marroquín, rodeado del amor y del respeto de mis compatriotas, no es mi aspiración;

lo digo con franqueza;

yo, no he hecho méritos para esa clase de muerte;

yo, no tengo embocadura, para esa clase de *gloria*...

la Traición, me es antipática;

el Despotismo, me es odioso:

persisto, en amar la Integridad Territorial, de la tierra en que nací;

no me siento capaz de venderla;

no soy bastante vil, para ser amo de mis compatriotas; ni seré nunca, bastante servil, para tolerar los amos de ellos;

¿cómo queréis, que en esas condiciones, puedan amarme?

para consolarme de este desamor, que será mi muerte, suelo a veces volver mis ojos, hacia el Arca de Noé, es decir hacia el Gobierno de *Coccobolia*, y me distraigo, con los gestos y con los gritos, de los animales pintorescos o inmundos, que en ella llevan plumas, en las manos, o en el sombrero;

y, hay entre ellos, uno, que me divierte enor-

memente, y es el hipopótamo, es decir, Don Emiliano Isaza ;

este paquidermo, ventrudo y mofletudo, ahito de adverbios y de hostias, es de toda mi predilección ;

ese anfibio, inofensivo pero taimado, con sus gestos de liturgia asnal, tiene el privilegio de apaciguar mi ánimo, sobreexcitado por la visión de las garras sangrientas de *Coccobolo*, el tigre insatisfecho ; los discursos kilométricos de Uribe Uribe el papagayo del Arca, o los gestos impúdicos del mono Holguín, polucionando de ridículo, todo cuanto le está cerca.

... ...

Don Emiliano Isaza, en quien hablar es solamente una función laríngea, ajena a todo trabajo cerebral, toma a veces la palabra, como tomaría cualquiera otra cosa, y nos favorece con unos discursos, que el mismo *Coccobolo*, se queda tamañito, en su oratoria de pesebre ;

la elocuencia de todas las especies, refugiadas en el Arca, se suma y se esfuma, en los labios violáceos de aquel mamífero, sonoro y plácido, capaz de abonar por sí sólo, todas las islas del Pacífico, reduciendo a nada la fabulosa producción del guano ;

ese hombre, no lava las caballerizas de Augias, pero, las llena ;

no es, de su oratoria pastosa y pantanosa de artiodáctilo, que quiere hablar, sino de su literatura oficial, uno de cuyos más bellos troqueles cae entre mis manos ;

son sus prosas presupuestívoras, las que me encantan.

Don Emiliano, se hace la ilusión de creer, que además de vientre tiene cabeza, da con ella en el muro, y se la exprime con el solo designio de escribir ;

¿qué de raro puede tener, que Don Emiliano, aspire a ser escritor, en una época y en un Gobierno, en que *Coccobolo* es reputado tal, y Don Jorge Holguín, se disputa con Marcelino Vargas, la palma de la Intelectualidad?

Don Emiliano Isaza, es gramático, y eso quiere decir, que Don Emiliano Isaza, es un Grande Hombre... en Colombia ;

porque en aquel país, la idea de la Gramática y la de la Grandeza, son inseparables ;

es por la Gramática, que allí se llega de un vuelo, a la celebridad ;

y, es por ella, que han llegado los más ineptos de los hombres al Poder ;

sed un cazador de adverbios, y seréis allí eminentes ;

dedicad vuetra vida a coleccionar palabras, haced un Diccionario, y aunque lo dejéis incompleto después de cuarenta años de labor intermitente, y hayáis sido estériles para la Libertad, sin valor siquiera para serle funestos, indiferentes a los problemas y a los dolores de los pueblos, petrificados en un egoísmo miope, os declararán la más alta gloria, no ya de Colombia, que fuera poco, sino del mundo...

hacer un Tratado de Ortografía, y el cretinismo

nacional, o el analfabetismo de los pretorianos ebrios, os llevará al Poder ;

haced una Gramática, y seréis de súbito Ministros ;

por esa escala de la Gramática, subieron al poder, Caro, que fué un tirano letrado, que se conformó con oprimir su patria, y José Manuel Marroquín, el tirano vil, que cansado de oprimirla, resolvió venderla ;

y, por la Gramática, Don Emiliano Isaza, entró en el pantano ministerial, y vive en él ;

pero, no todas las coces, ni las cosas de Don Emiliano, van hacia el Diccionario, ni hacia la Gramática.

¡ Don Emiliano, se ocupa también de Instrucción Pública !...

porque habéis de saber que *Coccobolia*, tiene, Instrucción Pública ;

y, Don Emiliano, es su profeta ;

¿ queréis formaros una idea, de los *adelantos* de la Instrucción Pública, en *Coccobolia*, bajo la omnipotencia occipital de Don Emiliano? ;

leed la Revista del Ramo, de la cual tomo al azar las siguientes rosas, caídas del testuz *emiliancesco* :

Decreto por el cual se concede un privilegio a la Universidad Nacional, regentada por los Reverendos Padres Jesuitas.

Reproducción de la Bula, en la cual el Papa, permite comer carne a los alumnos, durante la cuaresma, si están en vísperas de examen.

Decreto, declarando vacante una beca, en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dirigido por el Reverendo Padre Camargo (por

haber demostrado el alumno tibieza en los ejercicios religiosos del establecimiento).

Decreto, adjudicando una beca en el Instituto Salesiano, dirigido por los Reverendos Padres, ídem y concedida al alumno Orjuela, para alentarlo en su manifiesta vocación al sacerdocio, y su amor a la Santa Orden de Don Bosco.

Decreto, sobre el auxilio concedido al Colegio de María Auxiliadora, para la fabricación de su Capilla.

Idem, para el Instituto Teresiano, y *la introducción de una pila bautismal* (¿para qué?).

Idem, sobre auxilios al Colegio Lasalle, para el desarrollo de la Sagrada Institución.

Idem, sobre las condiciones precisas para optar a beca, en la Escuela de Minería de San Antonio de Padua: 1.ª SER HIJO DE PADRES CATÓLICOS, Y PERTENECER A ESA MISMA RELIGIÓN. *Comprobante: la Fe de bautismo, y una atestación del cura del lugar.*

Idem, reglamentario de la Instrucción Primaria, ordenando que tengan primacía, para optar a la Dirección de Escuelas Superiores, y cualquiera Instituto docente del Gobierno, los sacerdotes o seminaristas, con las primeras órdenes, sobre los Institutores laicos, cualquiera que sea su jerarquía;

y, os hago gracia de otros decretos;

así se divierte, amén de otras menos honestas diversiones, S. E. Don Emiliano;

¿negaréis ahora conmigo, que *Coccobolia* prospera?

¿no sentís como yo, una ráfaga de contrición tocaros el alma, al ver la injusticia mía, y mi re-

belde obstinación, a confesar las excelencias de *Coccobolo*, los *coccoboliatos* y el *coccobolismo*, en todas sus manifestaciones?

si hay quien niegue aún el progreso de *Coccobolia*, que se acerque al estercolero cretinizante, que rebulle con su mano don Emiliano Isaza, y si no se convence: ¡ Anatematizado sea!

aprovechemos esta ocasión, para rendir homenaje al Arca, y a sus huéspedes;

es de desearse, que el diluvio no acabe nunca;

¿qué será del mundo, si esos animales desembarcan?

en cuanto a mí, no le tengo miedo, ni a la zarpa de *Coccobolo*, ni a las pezuñas de Don Emiliano, ni a Don Jorge Holguín, colgado de la cola;

yo, no le tengo horror, sino al papagayo;

la sola idea de un discurso de Uribe Uribe, me espeluzna;

aquellos flujos blancos de la barbaridad *coccobolesca*, me horripilan;

siento, que moriría oyéndolo;

moriría de risa, como aquel filósofo, que vió un asno comer higos en un plato.

MONSIEUR

SUS CRÍTICAS

Lleno de candorosa fatuidad, y de un cretinismo ultrasensible, he ahí que *Monsieur* entra en escena.

Monsieur, es un Aristarco ; *Monsieur* es un Imbécil ;

pero *Monsieur*, es un Imbécil ultra-atlántico, lo cual agrava un poco su imbecilidad, pero la hace un algo más soportable, que la de los imbéciles engomados que padecemos aquende el mar, venidos directamente de las Antillas remotas.

Monsieur, es un viejo censor Centro-americano, feliz de su reputación local, y locamente ensimismado con ella.

Monsieur, es un adorno literario de su parroquia, y acaso una gloria de su familia ;

pero, ¡ ay ! *Monsieur* es un inédito fuera de los límites estrechos de su solar nativo ;

eso hace inconsolable a *Monsieur*, y por consiguiente, lo hace irreconciliable con toda grandeza.

Monsieur, es viejo como la peste.

Monsieur, es de los tiempos de Guardiola en Honduras, y de Carrera en Guatemala.

Monsieur, es conservador ; *Monsieur*, es corresponsal de la Academia ;

voilà a Monsieur.

Monsieur, es clasicista.

Monsieur, es moralista ;

y, por eso *Monsieur*, se enoja en nombre de esas dos cosas venerables : la *Gramática* y la *Moral ;*

¿contra qué se enoja *Monsieur?*

Monsieur, se enoja, contra «El Camino del Triunfo» ; *libro corrompido* y *corruptor ; manual de perversidades ;* en el cual, *hay veneno bastante para intoxicar*, seis *generaciones de hombres ;*

y, como «El Camino del Triunfo» es una obra mía, he ahí que *Monsieur* se indigna contra mí, que he *levantado en el Continente, cátedra de Inmoralidad ;*

porque *Monsieur*, cree en la Moral, y, como todos los hombres que no la practican, *Monsieur* defiende la Moral ; pero la Moral católica, desde luego, porque *Monsieur* no cree en la Moral hebrea, en la Moral de Confucio, ni en la Moral de Mahoma ; no cree siquiera ni en la Moral de Lutero ;

la Moral sermonaria de *Monsieur*, es una Moral de cura ;

he ahí por qué *Monsieur*, no ama «El Camino del Triunfo», *calumnia meditada y tenaz contra la educación que se imparte en los seminarios católicos ;*

y, he ahí a *Monsieur*, que parte furioso, y la embiste contra la Estética, la Ética y la Poética, y aun la Política de mis libros, porque esta última a su decir, es la más lamentable de todas y es la que *envenena* mis obras, con *una lenta, pero segura infiltración de anarquismo mal disfrazado bajo sutiles elegancias;*

merci, Monsieur; mille fois merci;

¿parezco tener el aire de ir a engolfarme en una polémica con *Monsieur*, a propósito de mis libros?

pues, nada más lejos de mi intención, ni de mis hábitos;

yo, no discuto, ni defiendo jamás las obras mías;

y, no había de ser por la respetable mediocridad de este filólogo decorativo y vetusto, que yo había de amnistiar el triste oficio de la crítica y de discutir con ella;

¡por Jove Capitolino! os aseguro que no;

conozco el percal de que están hechos estos críticos, que se prenden a mis libros, como si fuesen un aereoplano, para elevarse con ellos; única manera de ser vistos a distancia;

yo, los dejo en tierra, cariacontecidos y chasqueados, viendo alejarse el globo vencedor;

eso, aumenta su Envidia, y, agrava su tristeza; eso basta para mi alegría;

lo que es prendidos de mis pies, no ascenderán a los cielos de la celebridad;

eso no;

yo, me reservo el derecho de escoger mis adversarios;

y digo adversarios y no críticos, porque un es-

critor de ideas y de combate como yo, no tiene críticos, sino adversarios;

la irreverencia sistemática de esos espíritus pecóricos, por todo lo que es fuerza y es belleza, por todo lo que es personalidad, es decir Originalidad y Unidad de una Vida y de una Obra, los hace encabritarse contra mis libros, en un gesto desesperado de Impotencia conmovedora;

¡ debe ser horrible, el tormento de odiar el Sol; ¡ tan alto, tan luminoso, y tan lejano!...

estos papagayos del Diccionario, ebrios con el vino de su propio cretinismo, no son buenos, sino a repetir, deformándolas, las viejas lecciones académicas, ya caídas en desuso, y a profanar con sus manos de sepultureros, olientes a cenizas, las grandes rosas furtivas que el poder del Genio, hace crecer en las divinas soledades del Verbo;

esas ostras parlantes adheridas a los viejos pontones del Clasicismo y del Romanticismo, son incapaces de ver y de oír nada, de lo que fulge o suena, cerca a su ceguera y su sordera de moluscos petrificados;

no tienen, ni tener pueden, conciencia alguna de los fenómenos ambientes que se desarrollan, en el lívido y maravilloso horizonte de combates, que los rodea;

el ala roja de las Victorias, en la cual hay el estremecimiento sagrado de los siglos, nada dice a su vegetación de humanidad parasitaria;

no ven que todo vive, cambia y se renueva en torno de ellos;

que la vida marcha, orientada hacia claros amaneceres, llenos del infinito resplandor del Alba;

que el espectáculo de las cosas humanas, es mudable, e instable, como la superficie de la mar ;

que el rostro de la vieja Verdad, se rejuvenece perpetuamente, en una inquieta y divina juventud de diosa ;

que nuevos paisajes mentales llenan las perspectivas de las almas ;

y, nuevos sueños, decoran con sus vuelos inquietos, las vastas decoraciones de nuestros horizontes interiores ;

que las cimas de la humana mentalidad, se hacen cada día más vibrantes, más altas, más luminosas y más puras ;

que nuevos dioses han nacido sobre nuevos cielos ;

pero los viejos moluscos, nada ven, nada oyen, nada sienten, fuera del inextinguible rencor que palpita en sus corazones sin auroras, con un ritmo impotente ;

su ignorancia glutinosa, no tiene admiración sino para los lugares comunes de la vieja dialéctica escolar, las formas de dicción esquemáticas y arcaicas, las vulgaridades descoloridas del estilo académico, los libros, las cosas, y los paisajes sin alma ;

el artista que ennoblece y agiganta el aspecto cotidiano de la vida ;

el Visionario tenebroso, alto y profundo, que con las dos alas de su espíritu, abiertas en cruz, llena el mundo de las almas, con el tenebroso pavor de lo desconocido ;

el Indagador, fascinante, y magnificente, que lleno de la vasta y heroica visión del mundo de las ideas, se avecina en grandes vuelos líricos y pasionales a la Belleza Inmortal, y, arranca las más

bellas rosas del Enigma, en el jardín cerrado del Misterio ;

el pastor luminoso de las estrofas estelares, que lleva el rebaño orgulloso de sus frases, a beber su inspiración, en las mismas fuentes de luz, en donde bebe el sol ;

el Innovador, que rompe la inmutable fijeza de los círculos de hierro que aprisionan las imágenes en ataraxia marmórea, y les da alas y las echa a volar libres bajo los cielos de oro, de la vibrante fantasía, llenas de sonoridades ;

el Revelador, el Renovador, el Genio libre, o, en una sola palabra : el GENIO, he ahí el destinado a los insultos de esa plebe del intelecto, tumultuosa, en los bajos fondos de la incomprensión ; a las furias de la opacidad mental, de esos degenerados del espíritu, oscilantes entre la más crasa ignorancia, y, el más asalariado cretinismo ;

¿vale la pena de reaccionar contra ellos?

¿de indignarse con ellos?

¿precaverse de ellos?

no lo creo ;

la candidez infantil de unos ; el abajamiento óptico de otros ; el lamentable nivel mental de todos, los hace especímenes raros, inverecundos, pero inofensivos, de una especie de coleópteros, enconados contra la luz ;

esta langosta mental, sin fuerza de ser voraz, no puede hacer mal sino en los prados muy tiernos del intelecto ; nada puede contra los grandes árboles de la genialidad, a cuya sombra se cobijan millares de espíritus pensantes ;

esos sembradores de la abyección intelectual,

no pueden extraviar sino los espíritus muy jóvenes o muy débiles, los cuales pueden desconcertarse alarmados por el ronco gritar de los unilaterales de la crítica y del sofisma, empeñados en enturbiar la clara visión de la Vida, y llevar la actividad y, la actualidad literarias, hacia el obscuro pecorismo de las tradiciones académicas ;

en cuanto a los escritores, a los proveedores de luz y de fuerza, a los conductores del pensamiento contemporáneo, la ineficacia de ese apostolado inferior contra la Libertad y contra la Belleza, resalta en toda su grotesca deformidad ;

por lo que a mí respecta, y a pesar de ser el preferido de sus diatribas, apenas si como tema de distracción, suelo ocuparme de ellos ;

que yo sea en mis libros, genial o absurdo, fascinante u odioso ; que merezca ser quemado en la plaza pública como se ha hecho en algunas partes con mis escritos, y mis retratos, o merezca ser puesto en placas al frente de las calles, como se ha hecho con mi nombre en otras partes, para honrarme, eso el veredicto de la posteridad, y no la mezquindad infusoria del presente, será quien pueda decirlo ;

el desdén por mi época, es la característica de mi Obra ;

yo, no me ocupo de recoger, sino de sembrar ;

la cosecha, si la hay, crecerá sobre mi tumba, y acaso sus flores cubrirán, más que adornarán la losa que la cubra ;

un laurel, si es que lo han de coger mis manos, no serán sino las de mi esqueleto, saliendo por entre los intersticios de mi fosa ;

yo me conformo por ahora, con los guijarros que se me lanzan ;

yo, sería un espíritu débil si la visión del Triunfo me deslumbrara ;

¿acaso no sé lo fácil que me sería obtenerlo?

pero, ese triunfo contemporáneo, ¿será el Triunfo?

triunfar sobre la decadencia de una época, que puebla de ídolos de barro su Estadio Estético, como Roma en su decadencia abría sus templos a las divinidades más absurdas y los poblaba con ellas... ¿eso sería triunfar?

yo sería, el más ingrato de los hombres, si me quejase de desconocimiento, o de injusticia de mi época ; no, ella me ha dado en renombre y en celebridad, cuanto puede darse a un hombre vivo ;

yo, no hablo, pues, sino del triunfo de mis ideas :

yo, no me quejo ;

yo, aludo ;

aludo, a la lentitud con que las ideas libertadoras, que han informado mi Vida, y mi Obra, toman plaza en los espíritus ;

aludo, a que de mis libros se toma o se discute la forma meramente literaria, mientras las ideas vivificantes y vivificadoras, que contienen, permanecen inertes, retardan su hora de contagio, o son ahorradas sistemáticamente hasta de la diatriba adversaria ; y eso porque se tiene miedo de pensar ;

aludo, a que esos discípulos que se me conceden, lo son de mi literatura, y no de mi política ;

aludo, a que se imita mi estilo, pero, no se tiene el valor de imitar lo único verdaderamente admirable, que hay en mí : mi Vida Pública ;

aludo, a que el literato tiene en mí, más sectarios que el político;

aludo, a que yo, que tengo tantos imitadores en literatura, no tengo imitadores en política;

¿a qué imitar mis libros y no imitar mi actitud heroica ante el Despotismo?

eso sería glorioso;

yo, veo aparecer a diario, jóvenes llamados a igualar y aún a superar mi literatura;

pero, ¿dónde está aquel que ha de sucederme políticamente?

el revolucionario inabordable, el Panfletario inapaciguable, ¿dónde está?

se tiene miedo al insulto, al destierro, a la miseria, a la calumnia, a todos estos claveles rojos, que crecen sobre mi frente y que son mi gloria;

he ahí el por qué de mis tristezas;

yo no amo mi obra literaria, sino porque es una parte, o mejor dicho, una forma de mi obra política; fuera de lo que contiene de ideas yo no le tengo grande amor;

es verdad que en mi Vida, el Arte y la Libertad, se han unido indisolublemente; pero, yo no amo mi vida, sino por la parte que en ella he consagrado a la Libertad, que ha sido toda, porque mi Arte, no ha sido sino la más bella rosa de mi pensamiento, ofrecida por mi mano, a esa diosa sin creyentes...

¿qué me puede importar a mí, que mi literatura tenga sucesores, si el sucesor de mis cóleras de mis odios, de mis anatemas, el Gran Libelista contra la Tiranía, no aparece?

¿dónde está aquel proscrito adolescente, que

yo sueño, coronado con los cardos del insulto, rendido de la fatiga del combate, flagelador y vengador, que ha de decirme : «Maestro, ya puedes dormir tranquilo el sueño eterno ; yo, soy la crisálida de tus ideas ; el alma de tu Verbo está en Mí ; yo tomo tu cayado, y sigo tu camino ; duerme, Maestro, duerme ; el rumor que yo he de levantar arrullará tu sueño ; yo también haré cantar la tempestad...» ?

sin este David, adolescente, ¿qué será de mi honda y de mi piedra, el día que la fuerza del brazo comience ya a faltarme? el triunfo de Goliat ;

no tengo patria, no tengo hogar, y el crepúsculo asoma ya en el horizonte, con todas sus negruras...

moriré en el lecho de un extraño, ¿eso qué importa?

no he pedido a la vida, sino un metro de tierra libre, en que desplegar al viento mi bandera... ;

la Muerte, se encargará de darme, en quién sabe qué lejano lugar, los dos metros de tierra en que extenderme, para dormir mi último sueño, pacificado por la muerte, los brazos cruzados sobre el pecho, ya inmóviles los labios, después de haber arrojado la última saliva sobre el rostro del último de mis enemigos.

RAFAEL REYES

PROSAS ORATORIAS

Los tiempos, son mediocremente propicios a la ironía ; hay demasiadas tristezas en el ambiente moral, para poder desalterar el ánimo, con los decires de una sana jocosidad ;

pero, es la condición deplorable de esos despotismos sin grandeza, que nos agobian más allá del mar : unir el ridículo y el horror, en dosis inverosímiles ;

lo bufo, adquiere proporciones heroicas, en el hamidismo musulmán, de esas bajas satrapías ;

la comicidad analfabeta, parecía agotada por Cipriano Castro, cuando he aquí que según las nuevas hilarizantes que nos vienen de Colombia, Rafael Reyes, el superhombre de *San Carlos* viene, no a hacerle competencia, sino a eclipsar por completo al despampanante *Ciprianito*.

Coccobolo (1), se improvisa orador, y despotri-

(1) Nombre, con que Vargas Vila apodó a Rafael Reyes, tirano colombiano, ex Presidente de aquella República.

cando a maravilla, en los campos vírgenes del relincho, llena con su sonoridad, los médanos costaneros, y los llanos superandinos, donde la yeguada apacible de sus coterráneos, pasta y rumia en la calma abacial de esa dictadura turca;

¿no recordáis cuando meses atrás, *Coccobolo*, no hallando ya que monopolizar en el país, resolvió monopolizar la industria bananera, de la cual vivían tantas familias honestas de las comarcas del litoral, y bajó desde Bogotá para desposeer los legítimos cultivadores, y arrojarlos de sus hogares, lanzándolos de sus plantíos, a las salvajes intemperies de los desiertos y del hambre?

en la hora de ese despojo salvaje y moscovita, *Coccobolo*, se sintió tocado de elocuencia, y con la audacia habitual de hombre primitivo, improvisó una Conferencia, sobre las excelencias del banano, y las imperiosas necesidades del despojo;

fué una cultísima y espiritual ciudad de la costa, a la que cupo la gozosa sorpresa de escuchar al bárbaro dilettante, llamado por su estulta facundia a eclipsar las inagotables disertaciones del pacífico *General* Uribe Uribe, sobre el banano, en relación con la bendita paz estomacal, que es el versículo inevitable, de todos los sermones ambulatorios del *leader* verbal del *coccobolismo;*

uno de los chambelanes, que acompañaban a nuestro jocoso sacamuelas presidencial, había hecho para él, un discursillo más o menos anodino, y de seguro malo, esmaltado de los inevitables tópicos, sobre los beneficios de la paz, y las incalculables ventajas de la servidumbre sobre la libertad, pero, he ahí, que el terrible bárbaro, sintiéndose

inspirado, da de mano al emplasto chambelanesco, y tomando el freno de la retórica en los dientes, se desboca en pleno campo oratorio, como un potro joven, que ha sacudido el peso del jinete ;

de aquel relincho oficial, no puede dar nadie cuenta en los diarios locales, porque habría sido jugar la vida, en nombre de la gramática, y ese estéril sacrificio no atrajo el corazón de los diarios, todos encadenados al Silencio...

pero, un taquígrafo extranjero, perdido entre la concurrencia había tomado al pie de la letra, la horripilante oración ; y fué así, cómo diarios yanquis la dieron al público, ávido siempre de alguna emoción hilarizante ;

¿recordáis aquel párrafo en que decía : «El banano, Señores, es la más alta expresión de cultura lateral que la Providencia nos haya dado. Nuestra tierra, tan rica en productos minerales, produce sin trabajo este arbusto sebáceo, llamado con el café, a ser el Rey de nuestra agricultura cosmopolita y comercial, y a abrirnos con su empuje las puertas hacia el mar, por medio del comercio estético, entre las criaturas humanas ; única ley que rige el negociado de los hombres. Las necesidades sexuales, que imponen a diario el culto del banano, para la mejor armonía de la naturaleza, nos imponen el dedicarnos a su explotación en las profundas venas de la tierra, para no imitar así la *esterilidad que heredamos de nuestros* mayores, *esterilidad que engendró*, el culto de la guerra, que felizmente ha terminado en Colombia.»

Coccobolo, sobrevivió a ese discurso, y sus oyentes también ;

he ahí, que *Coccobolo* hace ahora, una nueva plancha oratoria, si no más sonora, al menos más divertida que la otra ;

en uno de los cien colegios religiosos que infestan la Capital de la República, organizaron las monjas, un festival, para obsequiar con él a su *Excelencia* (mote con que se distingue allí, al hombre de la selva, en virtud de un decreto que un ex liberal, hecho guarda *suizo* del *coccobolismo*, hizo expedir al serrallo legislativo en pleno).

Coccobolo, en su brutalidad, tiene algo de infantil ; lo enamora la idea de ponerse en evidencia ; toda fiesta lo deslumbra ;

su naturaleza selvática, tiene acceso de voluptuosidad, al contacto con la civilización ;

demasiado viejo para aprender a leer, se hace sin embargo leer por gentes de su familia, libros de viajes, y narraciones de caza, que exaltan su imaginación, y exacerban su temperamento dado a la aventura ;

tiene la pasión de la novela romántica, y callejera de Montepín, y goza enormemente con ella ; pero estas lecturas de *concierge*, que sus familiares le hacen, forman en su mente de viejo chimpancé, tal barullo, abigarrado e indescifrable, que lo enloquece, y es entonces, que él resuelve darle salida, ora en conversaciones con sus amigos, ora en confidencias para sus memorias, dictadas a un secretario, que luego, por pudor, las extravía ;

los jesuítas, que tienen ahí, con el monopolio de la enseñanza el privilegio de la pillería, aconsejaron a las monjas, que para *épater le gogo*, es decir para echar polvo a los ojos de S. E. le hicieron

dirigir por una alumna, un discurso en inglés, aunque la alumna, supiera tanto, como S. E. la lengua de Shakespeare.

Coccobolo fué avisado del honor y del discurso, y encargó el Ministro de I. P., que es un borrego letrado, ahito de clasicismo español, pero virgen de todo idioma sajón, la confección de la respuesta ;

este chambelán de Lorenzo II, no se dió por vencido, y acudió a un su colega, poliglota de profesión, que ha aprendido todas las lenguas, para prostituirlas todas en la adulación, y, lo encargó de elaborar el *Speech* presidencial :

ensayóse a su excelencia en los misterios de la elocución ; amaestrósele en la actitud oratoria ; prohibiósele el grito canallesco, y el gesticular de gañán que le son habituales ; hizósele lección de compostura y amaneramientos académicos, y púsósele durante quince días, al trabajo de silabear aun sin comprender, el sensacional discurso ;

llegado el día, vistióse a su excelencia, cruzósele sobre el pecho la banda de la Orden Piana, sometiósele a la tortura de los guantes, y fué llevado, así como un retablo, al salón del Colegio en referencia ;

poblado estaba el recinto de curas y de damas, público obligado de estas fiestas ; y para que no faltara nadie, el elemento *intelectual* estaba representado por la Asamblea Nacional, sobre la cual, el fotógrafo del harén, enfocaba ya su terrible Kodak, dispuesto a hacer una plancha, por cada cabeza de ganado lanar, de las que forman el rebaño parlamentario, sin exceptuar las no escasas de ganado vacuno, que pululan en él ;

pero, la gran plancha, no la iba a hacer el fotógrafo, sino el Presidente.

S. E. estaba en vena de discursomanía, porque habéis de saber que *Coccobolo*, tiene el tic de los cuentos y de las anécdotas; sin provocación ninguna, os dispara una anécdota, con la misma ferocidad, con la cual un mal poeta, os dispara un soneto; las cacerías inverosímiles son el fuerte de *Coccobolo;* es hombre que para dar un pésame, empieza por contar una cacería:

—Cuando yo estaba en el Putumayo...

y, ésta es su frase obligada, prólogo de todas sus anécdotas.

—¡Amigo mío! He pensado mucho en usted con motivo de la muerte de su señora. Cuando yo estaba en el Putumayo, una vez que *cazábamos truchas...*

y, por ahí, se desboca el Presidente, hasta parar en su *libro:* su libro, es una relación de cacerías, escrita por Juan Coronel, un negrito que murió loco en Chile, y que fué una especie de avatar del Doctor Castro Viola su coterráneo, en esto de dignidad política; y en cuya alma de servidumbre, perdieron otro *fotógrafo*, las odaliscas parlamentarias de *Coccobolo;*

y, volviendo a éste, que después de fatigar a un padre carmelita, que le servía de auditorio, con la espeluznante narración de una *pezca* de *avestruces*, en los pantanos de la Mocoa, había ocupado su puesto, echando ojeadas conquistadoras al bello sexo—inofensivas desde luego, en la ataxia locomotriz de su sesenta y cinco años—, escuchaba el discurso, que, una niña bella, como la Inocencia,

le endilgaba en una lengua que ignoraba, tanto como la vida;

el Ministro poliglota, que hacía de maestro de ceremonias, había puesto sobre la mesa, una copia del discurso de la niña, para que el Presidente la siguiera, y otra de la respuesta presidencial;

terminado el *Speech*, de la hermosa adolescente, le tocó ponerse en pie al Presidente; tosió, escupió, atusóse el lacio bigote, y tomando el primer papel que halló sobre la mesa, empezó a leer:

«*Ladies and gentleman's.*

»Con el temor natural a una virgen, me presento ante vosotros; mis pocos años y, mi inocencia me servirían de excusa, si la debilidad de mi sexo, no me amparase contra vuestras críticas»;

los miembros de la Asamblea Nacional, que entendían tanto, de inglés, como el propio don Emiliano Isaza, o uno de los cien polizontes que rodeaban el sillón presidencial, rompieron en aplausos estrepitosos al oír la palabra *crítica*, creyendo que era una violenta invectiva, que el Presidente lanzaba contra sus contrarios, y era necesario aplaudir, hasta romperse las pezuñas, unas contra otras, porque para algo, eran la claque sonora, del *coccobolismo;*

cierto liberal, clásico y zumbón, único ser pensante de la Asamblea, con su altísimo intelecto, sintió renacer en sí, todo el espíritu picaresco de sus mejores años, se mordió el bigote para no silbar, y golpeó con el bastón ruidosamente, como en sus buenos días, de estudiante universitario, cuando con Juancho Uribe y el *negro* Cuartas, hacían palidecer los malos oradores de las Cámaras;

los frailes, continuaron en oír medio dormidos,

el discurso presidencial, sin parar mientes en eso de la virginidad del Presidente, ni de la debilidad de su sexo, porque no lo entendían ;

pero el profesor de inglés, el Ministro poliglota, los diplomáticos, y otras pocas personas, que hablaban inglés, no salían de su asombro, oyendo aquel desbarrar, al cual no podían servir de pretexto *los pocos años y la inocencia* de ese tigre, hecho de súbito, virgen y blanco, como una primera comulgante ;

el Ministro, que comprendió el error que el Presidente había cometido, tomando para leerlo, el discurso de la niña, y no la respuesta escrita para el caso, quiso subsanarlo tirando a S. E. de los faldones del frac, como quien dice del rabo, para advertírselo ;

pero el Presidente, que había ya mordido el freno, y corría *emballé* aguijoneado por los gritos de su bestialidad, que lo espoleaba, no quiso oír nada, y lanzó en forma de coz, un terrible terno al Ministro, que quedó estupefacto.

Coccobolo, continuó en leer la perorata escolar, pero, al llegar a ciertas frases en que se le nombraba, por su apelativo de *General Reyes*, comprendió el error, miró despavorido a todos lados, y se sentó ;

los de la Asamblea, y los de la policía, creyendo que eso había terminado, aplaudieron según consigna ; los frailes sonrieron satisfechos ; los diplomáticos, reían para dentro ; los que comprendieron que *Coccobolo*, estaba indignado, temblaron hasta lo más profundo de su corazón ;

¿a quién iría a fusilar?; ¿sobre quién caería la ley de la alta Policía nacional?

las carnes fofas de don Emiliano Isaza, el Ministro de I. P. temblaron como las de un eunuco, condenado al azote;

su colega el poliglota, parecía hecho de azogue, y le parecía sentir ya la requisitoria fiscal de Inocencio Cucalón, pidiendo su cabeza; miró temblando al boqueta Sicard, y pensó en Victoriano Lorenzo, y cuando vió al edecán del Presidente, que se acercaba, se desmayó sobre el seno del Ministro de Relaciones Exteriores; el espantoso olor a *patchoulí*, de que estaba impregnado el *nouveau diplomatique*, le hizo el efecto de un frasco de sales vigorizadoras, y volvió en sí;

resultado del incidente:

prisión de dos estudiantes, a los que se culpó de haber reído durante el discurso;

confinamiento a Mocoa, de un periodista, que hizo velada mención del hecho; y crisis ministerial;

el Ministro poliglota, fué desterrado con una misión en Europa, y ya lo tenemos por aquí, vestido de mono sabio, dispuesto a eclipsar el verboso rastacuerismo tocológico, de cierto colega suyo.

Coccobolo, se resignó a ese fracaso, que, como todos los suyos, fué declarado un triunfo por la turba palaciega;

hoy, son correspondencias privadas, y diarios americanos, los que refieren el *triunfo* virginal de Reyes.

Coccobolo, orador, está llamado a sorprender

la Historia, decapitando el sentido común, como si fuese la Libertad ;

no tenía sino un rival, en su incontinencia verbal, y lo destinó al Congreso Científico de Chile ;

y, allí ese Lucano de la verborrea, continuó en hacer la competencia a Nerón, en su locura discursiva.

¡Qualis artifex pereo! dijo Nerón al morir ;

qué papagayo ha muerto, dirá la Historia, el día feliz en que *Coccobolo* calle para siempre ;

la Libertad y la Palabra humana, estarán de plácemes ;

ya no habrá quien las deshonre.

FIN